En busca del socialismo perdido

Biblioteca Ludovico Silva Nº 4
© Fundación para la Cultura y las Artes, 2017
En busca del socialismo perdido

Al cuidado de: Nelson Guzmán

Traducciones: Nelson Guzmán, María Isabel Maldonado
Mariana Uzcátegui, Rene Lichtenstern, Isabel Huizi Castillo
y Jesús Adolfo Guarata

Corrección: Eduardo Viloria Daboín

Colaboradores: Mariana Uzcátegui,
Zhandra Flores Esteves, Rubén Peña Oliveros e Isabel Huizi.

Diagramación: David Arneaud

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: Nº lf23420113203167
ISBN: 978-980-253-514-9

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa
Zona Postal 1010, Distrito Capital,
Caracas-Venezuela
Teléfonos: (58-212) 541-70-77 / 542-45-54
Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com
Gerencia de Publicaciones y Ediciones

Ludovico Silva

En busca del socialismo perdido

Fondo Editorial Fundarte

Presentación

El lenguaje de la filosofía, y los intersticios de una historia llamada Venezuela.

Para el país es crucial revivir su memoria histórica. Esta es una época de efervescencia donde comienzan a emerger de las cenizas de nuestra remembranza viejos anhelos que yacieron moribundos por centenios. Venezuela es hija de la violencia, tenemos un tronco común con los otros países centro y suramericanos: la lengua castellana.

Europa cinceló en América una cultura del terror. Portugal importó su Monarquía desde el viejo Mundo hasta esta geografía exuberante. A Brasil al igual que los pueblos colonizados por España se le impusieron el oprobio, el olvido y la muerte. Nuestros dioses y mitos originarios fueron triturados bajo el lema de la civilidad.

América no ha conocido más dignidad que sus armas. Nuestros dioses han sido nuestros amos y han persistido en nuestra memoria más allá de todas las vicisitudes. Cada realidad nacional conoce sus difuntos. Los hombres que fueron dejados

a la orilla de los ríos masacrados han emergido de distancias ignotas para seguir diciéndonos que la lucha no ha terminado. *Doña Bárbara*, *Las Lanzas Coloradas* nos muestran lo que subsiste de la Venezuela profunda. Los *Maisanta* de Andrés Eloy Blanco y de José León Tapia nos legan una historia de grandes dolores. Sencillamente había que inventar o errar como lo dijo Simón Rodríguez. Las fiebres tropicales asolaron el país creando una fantasmagoría en nuestro proceso de identidad.

La lechina, la disentería y la tuberculosis nos habían señalado un destino, el sufrimiento. En apariencia había poco tiempo para la filosofía. Es por esto que nuestros argumentos históricos comienzan con las voces del negro Miguel de Buría, de José Leonardo Chirinos. Nuestros días son hijos del idealismo, de la revuelta de Gual y España, como de los sueños de Bolívar y de la Junta Patriótica. De Venezuela se apoderó el anhelo de ser libre.

Como país nos ha tocado remontar la gran distancia histórica de no haber sido Virreinato. Venezuela fue un territorio pobre, sin una agricultura bien establecida. Además sus grupos indígenas no fueron los más desarrollados de América. Sin embargo las luces nos rodearon. La literatura política entró con fluencia por las costas venezolanas. Nosotros fuimos ilustrados antes de vivir el industrialismo. Desde el entusiasmo y con la voluntad inquebrantable de ser libres diseñamos nuestra historia. A golpes de cañonazos, de batallas sangrientas fabricamos la civilidad. La lanza de Pedro Zaraza estaba proponiendo la posibilidad de vivir en paz.

Venezuela se había sublevado contra el caudillismo. Se tuvo conciencia de que debíamos encontrar otro modo de vida. Nuestros pioneros se lanzaron por los caminos intentando desde las ciencias clasificar al país. Lisandro Alvarado tuvo conciencia de la biodiversidad que éramos. Hubo que vencer las distancias entre los pueblos. Se trató en lo material de lograr la identidad

cultural, comenzaba nuestra búsqueda. Comprendimos que Andresote en su condición de mestizo podía convivir con lo hispánico. Allí estaba la Venezuela incipiente dispuesta a filosofar.

Con la fabula del Dorado Venezuela intenta generar su filosofía. Se comienzan a vivir épocas de confabulaciones. Las matanzas fueron anteriores a la filosofía, el odio no se hizo esperar. Las ambiciones cosificaron la razón. La filosofía se había vuelto ontología histórica. El paso de los Andes no fue sólo el ensueño de Bolívar, sino que dimensionó el principio del fin de una España que había saqueado a América. La historia no podía olvidar su génesis y estructura, somos hijos de Bello, de Rodríguez, de Miranda. Somos hijos de la Guerra Federal. Asimismo venimos de la noche de tinieblas de una izquierda que en los sesenta fue masacrada por la traición de Betancourt. El pacto de Punto Fijo determinó lo que debía ser el mapa del país, parecía haber expirado la posibilidad de refundar la patria libre. Los sueños tan solo fueron trastes montunos

Los hombres habían penetrado corazón adentro en su propio interior. Las calles continuaron pintándose de los mismos escombros, el salitre se apelmazo de rojo. La lepra y el dolor de la derrota sentenciaron que los textos y sus voces debían alumbrar de nuevo el camino. Se había fraguado la posibilidad de retornar a las multitudes el poder. La filosofía debía recomenzar su camino, se debía volver a la reconstrucción de nuestros pasos. América Latina con la revolución cubana dio pasos decisivos. Emergieron de nuestras memorias los olvidos.

Comenzaron los momentos de las voces de la indiferencia. De nuestro cimarronaje había emergido una realidad antropológica. Los grandes textos de América comenzaban a señalar nuestro camino. La antropología retomó su conciencia histórica. Nuestra tiniebla se había empinado. Nuestro destino reclamaba un

manifiesto, dialogaron el tabaco y el azúcar. Se escrutó la realidad psicológica de nuestras figuras seculares. La ventisca y la soledad nos siguieron tatuando. Debíamos resituar el país. Merecíamos nuestra historia, a nadie más que a nosotros correspondía realizarla. Los dolores insepultos de América Latina no se podían calmar fácilmente. Asturias para Guatemala reclamó su dignidad. El Gabo en Colombia reconstruyó historias perdidas. En Argentina la nostalgia se hizo vida, desde la Recoleta, Borges añoró las pasiones del compadrito, hubo estremecimiento. Muchas historias anudadas en nuestras gargantas.

Voces equidistantes estaban allí de nuevo para nosotros. Los jóvenes estrujados por los balazos en Venezuela no permanecerían impunes, quedarían entre la bruma de los tiempos reseñados en un celaje silencioso por nuestros sobresalientes escritores. La rebeldía había excitado las palabras de León Perfecto, de Salvador, la zaga de nuestras historias no claudicó. Adriano Gonzáles León había denunciado la represión en páginas inmemoriales. No existía otra opción que asumirnos.

Ludovico trabajó igualmente en la búsqueda de las causas de nuestro des-olvido. Se escrutó en el interior del lenguaje. Como los antiguos griegos, de nuevo la poesía fue alumbrada por el vino, cantaron los rumbos perdidos. Diálogos de sal y de arena. La lengua absuelta de Margot Benacerraf – en Araya – nos había recogido a través del lente cinematográfico. Las letras eran de pólvora, teníamos compañía en lo más preclaro de la filosofía. Los chubascos de Manicuare y de Araya nos siguieron hasta el foso de los tiempos. Rilke, Kafka, Mallarme, Rimbaud nos habían prestados sus cítaras para recrear nuestras vidas.

Venezuela continuaba buscando su rumbo. La poesía era parte de nuestro lenguaje. Ludovico emprende nuestra modernidad filosófica. Como sacristanes, no habíamos podido borrar de nuestra vida la liturgia cristiana. Ludovico comenzó lanza en

ristre una tarea que para el momento era imposible, rehabilitar a Marx. Hasta el momento no habíamos hecho otra cosa que repetir incondicionalmente los textos de los manuales.

La conclusión era una sola, los manuales soviéticos extraviaron la interpretación original de un pensador que fue anestesiado por el sectarismo del comunismo ortodoxo. Era la hora de formular una nueva heurística. Se trataba de rehabilitar a Marx. Había que re-estudiarlo. El dogmatismo había resaltado la existencia de un Marx joven y un Marx maduro. Nada peor para el pensamiento que una trocha tan viciada. Es allí cuando Ludovico retoma desde nuestro país a pensadores como Sartre, Adorno, Horkheimer para emprender la ruta por las aguas encrespadas de un escenario intelectual del cual su alma típica había sido tomada por el sectarismo.

Ludovico emprende la fina tarea de rehabilitar a Marx para los propios marxistas, a su juicio no había sido infausta la pretensión W. Reich cuando desde las trincheras del freudo-marxismo retoma las líneas antropológicas de un autor tenido sólo en cuenta hasta el momento en la economía. En América Latina fueron épocas de flujo y reflujo del movimiento revolucionario. Se vivía la hora caprichosa de las dictaduras. Voces como las de Eduardo Galeano denuncian y muestran las heridas de nuestro continente. Venezuela era el modelo más confiable de democracia representativa, había seguido al pie de la letra las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional.

Ludovico le enmienda la plana a marxistas como Althusser en su escritura fragmentaria. Hasta ese momento Marx era un autor poco leído en sus textos originales. Los círculos intelectuales estaban más influenciados por el estructuralismo, por el marxismo estructural, por la escuela de Marburgo que por el propio pensamiento del autor del *Capital*.

Ludovico redime de las tinieblas el derecho que el pensamiento antropológico tiene en Venezuela de recuperar sus imaginarios, de su mano leímos a Frank Fanon, a Aimé Césaire, a Althusser. No quedaba otra vía que reunir pensamiento con poesía, con antropología. Debíamos saber que *In vino veritas* era el poema de nuestra propia vida. Las voces seguían estando allí, no se habían desgarbado. La obra poética, novelística y cuentística de Sartre recuperaba nuestro propio absurdo. Antoine Roquentin bebía de nuestras nostalgias. La naturaleza nos ofrecía formas desproporcionadas. Los guijarros de la playa eran los nuestros, sus formas de soledad nos recordaban pasajes de nuestra cotidianidad todo se había vuelto lacerante, infundado. La memoria no era más que esos trapos de olvido, lugares de esperanza confinadas. También Albert Camus nos había hecho comprender que éramos extranjeros de nuestras propias exigencias.

La vida era un desparpajo donde teníamos que empujar hasta el infinito. Como en los antiguos mitos griegos, el trabajo debíamos recomenzarlo hasta la eternidad A Ludovico le toco asumir dos tareas de importancia capital. La primera la lucha contra los refritos de su patio, y la otra su faena titánica por desterrar de nuestras universidades los manuales que nos ahorraban leer a Marx en el original. Ludovico planteo retomar a Marx en su originalidad, en su estilo literario. Su tarea fue pedagógica, se trataba de reencontrar el buen sentido. Había que re-estudiar la ideología, sus aristas. La escuela althusseriana con Alain Badiou – a la cabeza – hablaba de una ideología revolucionaria. A esa monserga se opuso nuestro filósofo y lo hizo sobre todo teniendo en cuenta que la categoría ideología no era otra cosa que conciencia crítica, praxis transformadora.

Con Ludovico se redefinen de nuevo las pretensiones del marxismo, habíamos retornado al viejo concepto insoslayable de totalidad, de praxis. Hay en nuestro autor una nueva

hermenéutica marxista. La lectura ludoviquiana interroga las hondas huellas de las palabras. Ludovico entiende la necesidad que tiene el estudioso marxista de retomar la tradición del saber de occidente. Se re-problematizan categorías que no habían sido tomadas en strictu-sensu como obstáculos o piedras angulares del saber. El arte con su peculiaridad lingüística no tenía cabida en el modelo mecanicista de base-superestructura, resultaba insuficiente. La estructura filosófica del dualismo causal no bastaba, había sin duda una autonomía del arte que correspondía al espíritu y a la cual había que reasignarle su puesto.

Ludovico retoma la categoría bachelardiana de ruptura epistemológica, otros saberes entran en la reflexión marxista. Ludovico era sin duda un hijo representativo de la escuela de Frankfurt, su filosofía, su forma ensayística de expresión retoman la importancia de nuestro mundo, de nuestra cotidianidad.

De las páginas de Ludovico emerge Ramos Sucre redivivo. En su prosa resurge el vivaquear de poetas de inmenso numen como Silva Estrada, Caupolicán Ovalles y del narrador Orlando Araujo. Orlando Araujo nos sumerge en lo hondo de un país casi desconocido en sus metáforas. Pasiones y más pasiones rozan el espinazo de lo que somos como venezolanos. Para esa época comenzábamos a comprender lo que había sido nuestro piedemonte andino. Se comenzaba hacer el recuento antropológico de nuestra historia local. El Tigre de Guaito se enfrenta al caudillaje trujillano.

Como lo narro José León Tapia, en Trujillo, los Araujo lucharon hasta la saciedad por el poder. Los hombres en Venezuela comprendieron el carácter de su filosofía intuyendo su propio pasado. En esa avalancha comienza nuestra propia comprensión como pueblo. Habíamos padecido el escorbuto, la malaria y habíamos subsistido. La Guerra Magna nos acrisoló para lo venidero. Venezuela comenzó tardíamente la modernidad.

Nuestro valor esencial seguía siendo la guerra. La ruralidad continuaba en nuestras almas, el trópico nos había preparado en la voluntad de poder, el plomo y los máuseres traquetearon en la Cumaná de 1929. La guerra civil y la voluntad de los caudillos nos rondaban.

Presentación Campos continuaba preservando el orden memorial de nuestros imaginarios. Las lanzas seguían siendo coloradas debido a que no se había dejado de combatir en nuestra historia. Los céfiros de la confrontación siempre nos rozaban, en el siglo XIX el café, el cacao y la empresa emancipadora, y en el siglo XX las oleadas migratorias que marcharon hacia nuestro país luego de la caída de la Republica española. Europa a raíz de la guerra Mundial encontró una vez más en nuestro vientre de tierra fértil el solaz para curar sus heridas y también para acrisolar la filosofía.

La impronta en nuestra historia de voces como la de García Bacca, Juan Nuño, Federico Riu y Ludovico Silva ha sido impostergable. La sabia mano del maestro García Bacca convoca a la rigurosidad del pensamiento. Se funda una tradición filosófica en la UCV. Los pensadores más destacados de la antigüedad y de la modernidad son sometidos al escalpelo del maestro David García Bacca. Platón, Aristóteles, Kant, Hegel y Marx comienzan a formar parte de nuestro itinerario de saberes.

Con esa tradición continúan Juan Nuño, Federico Riu y Ludovico Silva. Ludovico nos lega un Marx lozano. La gran erudición de Silva vuelve atractivo para la lectura heterodoxa un Marx anti-manualesco. Se comienza en nuestro país por primera vez a estudiar a Marx desde sus propios escritos. Ludovico se planteó grandes desafíos, reconstruir la comprensión intelectual de este autor desde los *Manuscritos de Paris*, desde *La ideología alemana* y desde *La Sagrada familia*. Olímpicamente la tradición soviética no había considerado importante revisar la historia

intelectual de Marx.

Se había dejado de lado al Marx joven considerando que no era importante retomarlo por su profunda factura hegeliana. Continuaban privando los prejuicios althusserianos. Se continuaba tratando a Marx como perro muerto. Ludovico nos pone sobre la mesa nuevas pistas para la comprensión del autor de *El Capital*, una de ellas su estilo literario. El otro punto importante es que no existe un joven Marx divorciado de un Marx maduro como había sido la pretensión de Althusser.

Finalmente, felicitamos la decisión de Fundarte de editar esta selección de textos de la obra ensayística del Maestro Ludovico Silva: *Antimanual para marxistas, marxiólogos y marxianos*, *En busca del socialismo perdido*, *La plusvalía ideológica*, *Belleza y revolución*, *Teoría del socialismo*, entre otros. Con mucho orgullo he llevado adelante la tarea de coordinar la edición de estos libros que hablan de la vigencia del pensamiento político y filosófico de Ludovico Silva.

Es necesario hacer el debido reconocimiento al apoyo prestado por la familia de Ludovico Silva. Y a la Prof. María Isabel Maldonado por haberme acompañado en la realización de las traducciones.

Nelson Guzmán
Caracas, febrero 2011.

Prólogo

Es importante conservar cuando se habla de socialismo el ideario de una sociedad libre, sin represiones, tolerante. Ludovico Silva en su libro *En busca del socialismo perdido* discute las hondas raíces internacionales que ha tenido la represión. La revolución rusa en 1917 vio en acción a un hombre como José Stalin, quien encarnó una voluntad de hierro. Esa visión obtusa del mundo traería muchos contrasentidos y mucha sangre. El socialismo no es por ningún respecto totalitarismo, como tampoco lo es mesianismo. No quiso nunca Ludovico atacar al Estado soviético, sino al burocratismo representado por los socialismos reales, es por ello que este libro no es una égloga; sino un análisis materialista de la historia.

Venezuela ha sido un caso muy particular, durante muchos años. El partido comunista de Venezuela se dedicó a loar al Estado soviético, lo cual lo volvió una agrupación política dogmática. Ludovico se reclamó –en su lectura– de un Marx heterodoxo. En Venezuela las heridas parecen no haber restañado, los años sesenta encarnaron la masacre de la democracia representativa. En Venezuela la juventud fue fustigada, los desaparecidos no se hicieron esperar, cultivamos una democracia sin derechos humanos. Los signos emblemáticos de la represión fueron: el porteñazo, el carupanazo y la guerrilla totalmente masacrada. El

país sintió la muerte muy cerca, la esquina del miedo comenzó a apoderarse de los espíritus.

La profunda discusión en la cual sigue insistiendo Ludovico es la necesidad perentoria de que el Estado como instrumento de represión de clase desaparezca. Las discusiones socialistas y los acuerdos deben darse a la luz pública. El socialismo no puede encarnar una sociedad dividida en clase. Las élites de los partidos dominantes han secuestrado la toma de decisiones. La sociedad socialista debe ser absolutamente democrática, anti ideológica. Ludovico continuaba defendiendo la tesis de que es incorrecto hablar de ideología; hay que hacerlo más bien de conciencia revolucionaria. El ideario de una sociedad capitalista es la competencia. Se ha sostenido que la sociedad socialista es totalitaria; a este respecto Silva introduce la diferencia entre las formulaciones de Marx y los modelos ejecutados por los extintos socialismos reales. El esfuerzo de Ludovico es que comprendamos que el marxismo encarna una utopía revolucionaria de libertad, de equidad, de justicia.

Ludovico coincidió con Sartre, con Roger Gauraudy, en su repudio contra la invasión de Checoeslovaquia y Hungría; asimismo defendió el movimiento polaco Solidaridad. Una sociedad no puede silenciar la protesta en nombre del socialismo. Ludovico pensaba que los manuales no podían encubrir al espíritu libre. Las reflexiones de este hombre nos nutren de su erudición filosófica literaria y de una intuición extraordinaria de lo que sería el futuro. Para la época elogió a movimientos obreros socialistas como Causa R, muy lejos estaba en los giros patronales que sufriría este movimiento político al ponerse de lado de los que han saqueado el país por cientos de años.

Ludovico sabe que el espíritu es libre; consideraba perversa la política soviética; la cual proscribía la lectura de Bujarin y Trotski. Asimismo comulgaba con las ideas de rechazo en 1964 por parte del Che del realismo socialista soviético. Ludovico sostiene que

con Gorbachov hubo un refrescamiento de la historia; se empezó a tocar la burocracia soviética, se arremete contra los casos de corrupción. Todo aquello constituyó un replanteamiento donde la dictadura del proletariado se convirtió en totalitarismo de partido.

El socialismo iba a girar hacia el humanismo; las armas nucleares se presentaban como un peligro inminente para la humanidad, el mundo estaba al borde del sumidero. Los grandes centros de poder tenían el poder nuclear suficiente para destruir grandes ciudades en tan sólo unos minutos; el mundo amenazaba con volverse una flama que exterminaría la vida. Las luchas de dos grandes racionalidades peligrosas podían llevarnos a la hecatombe. El dominio y el control continuaban amenazando.

La historia nos ha demostrado que las economías en total dependencia del Estado nos dan un ejemplo espantoso para el futuro. No tiene ningún sentido atacar a la pequeña propiedad; ello elimina al mercado y marmoriza la economía, hace objeto de reprimendas al pequeño propietario y le quitan dinamismo al intercambio económico, una sociedad planificada autoritariamente es un fracaso; es insostenible la construcción de un mundo donde no exista una independencia de las artes. Hay que resaltar que Ludovico aplaudió la perestroika por significar el avance hacia la conciencia moderna al salir del primitivismo de la guerra. A pesar de que el espesor de los tiempos nos ha sumido en épocas de guerra, la fe del socialismo es sacar a la humanidad de la idea de seguir fortaleciendo el desarrollo nuclear.

Ludovico no deja de darse cuenta de la contaminación espacial, las sociedades deben marchar hacia la total transparencia; las decisiones de un Estado deben ser colectivas. Los errores del capitalismo como del socialismo de Estado han sido sacar del juego a los pueblos. Los imperios han conculcado la soberanía de los pueblos pequeños, entre ellas el derecho de estar informados. Tuvo nuestro filósofo la esperanza que la Glasnost fuera la luz

para todo aquello que estaba oculto, se debía crear un nuevo tipo de sociedad que regulara la vida; debía desaparecer la sintomatología de la alienación, las medidas cruentas del viejo socialismo represor habían tomado su fin. Se debía crear un tipo de sociedad inclusiva y participativa.

Ludovico Silva fue un autor de una búsqueda profunda de eso que la modernidad ha llamado la buena vida, la existencia feliz. El marxismo habló de la abolición de la propiedad privada como camino de encuentro de la felicidad. Sin embargo a su juicio no había una sola vía de encuentro del socialismo, la utopía socialista fue un camino de redención. Lenin había clamado en su hora menguada. en su testamento póstumo, para que no se dejara avanzar a Stalin hacia el poder, ello debido a su brutalidad y a su autoritarismo. La historia terminó por darle la razón. El socialismo soviético concluyó siendo la dictadura del partido comunista soviético, se impuso allí el individualismo, gobernaron las roscas y la injusticia.

El socialismo debía ser una bella época de la humanidad, momento de todos los reencuentros. La sociedad debía marchar hacia la abolición de la propiedad privada, debía extinguirse la producción mercantil y el hombre debía estar signado por su profundo humanismo; la alienación debía tener su término. La misión del hombre era conseguir su redención. La prehistoria de la humanidad concluiría con el fin del capitalismo, la historia debía comenzar con el socialismo. La sociedad industrial produjo la putrefacción, de lo que se trataba era de conseguir su redención.

La sociedad productora de valores de cambio debía encontrar su fin, se debía volver a los valores de uso. El socialismo no era otra cosa que humanismo, había que reintegrarles la humanidad a los hombres y había que hacerlo de una manera materialista. Lo anterior no era la condición de un líder carismático, de un Dios, sino de un cambio científico de lo social. Ya no se trataría de vender la fuerza de trabajo por un salario, el hombre había

sido liberado de su condición de paria.

El socialismo marxista tuvo como propuesta central la eliminación de las clases sociales, se trataba de romper con la vía utópica al socialismo, la nueva clase social que llevaba el peso sobre la historia era el proletariado, su visión de clase era la totalidad, no concebía al mundo de manera fragmentada. De Marx a estas épocas otros sectores han aparecido en el complejo mundo de la sociedad moderna, a esos sectores progresistas –los movimientos de mujeres, los movimientos étnicos, los gremios– les corresponde hoy también la búsqueda del humanismo; cuyo eje central son el amor y el deseo de convivencia mutua. La felicidad y los altos triunfos en la vida nos corresponden a todos, se comienza a fundar una nueva ética donde lo importante es lo universal y lo particular.

El hombre debía marchar hacia la conquista de un mayor tiempo libre, esto lo sería proclive a través de los medios técnicos y por la nueva conciencia de clase que tenía la nueva sociedad, ese tiempo sería dedicado al goce; a la formación del espíritu social de los hombres; se trataba de superar la alienación. El hombre debía incrementar sus capacidades creadoras, el trabajo debía emanciparse de la alienación; se trataba de tener un trabajo y tiempo libre suficiente. En la sociedad socialista el tiempo libre se podía incrementar, lo que hacía posible que el obrero se desarrollara en el estudio en el arte y en la ciencia. Los hombres no debían sucumbir ante lo inmediato, una revolución debía llamar a pensar en las fuerzas revolucionarias que producían los cambios, la superestructura no cambiaba por sí misma, se necesitaba al principio de la subjetividad como praxis para empezar este largo camino.

La historia nos ha dado sus lecciones con respecto a los cambios sociales. A las transformaciones materiales siguen las transformaciones espirituales, sólo que estas se producen luego de un largo camino. La lucha contra los valores en la construcción

del hombre nuevo lleva en sí mismo un proceso de resistencia cultural, la inmediatez es fuertemente resistente, no es fácil derrumbar de un día para el otro los hábitos y las tradiciones culturales en el socialismo totalitario. Ludovico luchó contra los dicterios de la propaganda capitalista calificando de atrasada e inhumana a la sociedad socialista real. Como Marx, Ludovico se apoderó de las armas de la crítica para atacar los dogmas, los panfletos, creía en la necesidad de que los socialistas fuesen cultos y esto sería posible como proyecto colectivo en la fundación de las nuevas sociedades. Ludovico al igual que el Che y Marx comprendieron que la humanidad definitiva del hombre sería alcanzada cuando éste dejara de venderse como una mercancía.

Los grandes pensadores socialistas cuando discutieron el concepto de revolución lo hicieron reteniendo el criterio de que una revolución implica respeto y continuidad en lo que tiene que ver con las grandes obras culturales del occidente cristiano y pagano. La publicidad deformante de las grandes cadenas televisivas alientan la idea de que el socialismo arrasará toda la tradición cultural de occidente, no hay en esa afirmación más que totalitarismo y fanatismo, muy por el contrario el socialismo libertario es la hora diáfana de los pueblos del mundo.

María Isabel Maldonado Sotillo

A Beatriz, como siempre, pero esta vez no ya «en nombre del vino», sino del amor y la fuerza necesarios para transformar el mundo hasta alcanzar la maravillosa utopía del socialismo perfecto.

Este breve libro, cuyo título es de olor proustiano, se terminó de escribir poco antes de las elecciones (Presidenciales y Congresales) que se realizaron el 4 de diciembre de 1988. Ese mismo día, a las seis de la mañana, falleció su autor. Sí, Ludovico se nos fue ese día de comicios pero, además de su extensa obra publicada en vida, nos dejó esta obra póstuma que, hoy día, comienzos de 1991, goza de gran actualidad.

En efecto, gracias a su pasión por la libertad espiritual y material, centrada en la obra más decidora de Marx —sus bien conocidos *Grundrisse*— Ludovico, quien nunca pudo soportar la «dictadura estalinista» y la de sus sucesores, en los que apenas, por breve lapso, se atisbaba un «deshielo»; Ludovico, lo reitero, se sintió fuertemente atraído por la *Perestroika* y la *Glasnost*, al conjuro de las cuales Gorbachov proponía, con gran énfasis y convicción, la absoluta necesidad de reestructurar y modernizar la vetusta economía soviética y, *simultáneamente*, hacer transparente la oscura toma de decisiones en la cúpula del Partido Comunista y del Gobierno; es decir, y a este aspecto le atribuye Ludovico vital importancia, la democratización de la sociedad regimentada y la adopción de un conjunto de medidas dirigidas a aumentar la participación ciudadana en los asuntos públicos y asimismo ampliar la gama informativa y cultural de

la URSS.

Tales declaraciones, escritos y acciones del hoy día Premio Nobel de la Paz (año 1990), llenaron de entusiasmo a Ludovico quien, desde adolescente, andaba en busca de «la maravillosa utopía del socialismo perfecto» (Ludovico *dixit*). En esas dos mágicas palabras-fuerzas, veía Ludovico, ¡por fin!, el inicio de una auténtica revolución socialista, y la realización de uno de los sueños de Marx: el libre y claro fluir del espíritu en plena libertad.

Ludovico no pudo leer y reflexionar acerca de los dramáticos acontecimientos ocurridos en la URSS y en la Europa Oriental, durante los dos últimos años (1989 y 1990). Yo, que lo conocía mejor que a mis manos, puedo afirmar que sus tesis, contenidas en este libro, prolongan hasta el presente su visión del socialismo, como sistema de relaciones transparentes, sin enajenación y lucro a ultranza. A diferencia de lo que muchos llaman «el derrumbe del socialismo y del marxismo», Ludovico veía en la Perestroika, con su «vuelta al mercado», una hija directa de la NEP (Nueva Política Económica) de Lenin, y su correlativa libertad espiritual y de participación, en la Glasnost.

De este modo, estamos seguros, Ludovico estuviese reflexionando y escribiendo sobre la reposición del marxismo en sus premisas originales: la utopía concreta (realizable) de un socialismo futuro, tal como Marx aspiraba a definirlo en sus *Grundrisse*, publicada por primera vez (en alemán) en la Moscú de 1939. La edición en ruso de estos borradores fundamentales, sólo apareció con la «desestalinización» que inició Jruschov, rápidamente interrumpida.

Los recientes sucesos que han estremecido a Europa Oriental y a la propia URSS, bajo las amenazas de ciertas repúblicas agitadas por el separatismo, abrirían para Ludovico la posibilidad (tal vez la probabilidad) de que «pueda hacerse realidad el viejo sueño de Marx hoy resucitado por la Glasnost: el "desarrollo universal

de las individualidades", que sería la definitiva superación de la vieja era, y condición *sine qua non* para la revolución socialista en ciernes» (L.S., p. 44).

Este mensaje de optimismo es el que pone ahora Ludovico, con este libro póstumo, en manos de las «estirpes condenadas a cien años de soledad», esas que constituyen la inmensa mayoría del planeta Tierra, donde llevan miles de siglos enceguecidos por la explotación de las minorías, por el hambre, la desesperanza y la frustración del «socialismo realmente existente».

Héctor Silva Michelena

Advertencia

El título de este pequeño libro está inspirado, como lo habrá ya imaginado el culto lector, en el de la famosa obra de Marcel Proust: **A la recherche du temps perdu**. *Pero debo advertir que no se trata aquí propiamente de un socialismo «perdido»; se trata más bien del rescate del verdadero socialismo, olvidado en la era estaliniana, de hombres como Marx, Lenin, Bujarin o Trotski. Durante la era mencionada, tanto Marx como los otros nombrados pasaron prácticamente al olvido; en el caso de Marx, olvido de obras capitales como los* Grundrisse, *donde se contienen los pilares de la utopía concreta o realizable de Marx.*

Si comienzo por un parágrafo sobre Venezuela no es sino por el motivo metodológico, que allí explico, de que la mejor manera de enfrentarse a problemas generales es entrar por algún agujero particular. No me mueve, por supuesto, ningún ánimo propagandístico, aunque este libro haya sido escrito poco antes de los comicios del 4 de diciembre de 1988. Pero debo advertir que este libro tiene, aparte de pretensiones universalistas, un interés venezolano muy especial por cuanto va dedicado, con la mejor de las voluntades, a ayudar a mis amigos socialistas venezolanos a que ofrezcan una visión nítida al pueblo de lo que debe ser un auténtico socialismo.

Aquí parto de algo concreto y específico: la nueva experiencia soviética de la Perestroika y la Glasnost, y trato de caracterizar el significado de ambos términos del modo más claro y hondo posible; a veces acudiendo a los escritos mismos de Gorbachov, a veces ocurriendo a otros autores, entre los cuales el primero es, por supuesto, Marx. Si hago mayor énfasis en la Glasnost es porque la considero de igual o mayor trascendencia y primacía que la misma Perestroika, aunque ésta se refiera al aspecto material de la productividad y la glasnost al aspecto espiritual, el de las conciencias. Nada necesitamos nosotros tanto como una revolución de nuestras conciencias. No podemos aspirar a transformar las deficiencias de nuestra economía a base de puro pragmatismo; es preciso que creemos en nosotros mismos a hombres nuevos, cualitativamente libres, eso que en el Anexo del final de este libro llamó el Che Guevara «el hombre del siglo XXI».

Sirva también este ensayo para quitarme de encima un epíteto que me lanzaron con frecuencia los amigos del PCV: el de «antisoviético». Nunca lo fui realmente, pese a mis críticas ácidas al «socialismo real». Mucho menos ahora cuando todo hace prever el surgimiento en la U.R.S.S. de una revolución socialista auténtica.

Ludovico Silva

PRIMERA PARTE

Las bases de la perestroika y la glasnost

1. *Introducción al tema. Ojeada a Venezuela*

Aunque este pequeño libro no tenga nada que ver *directa* o *inmediatamente* con mi país, Venezuela, considero necesario, por una simple cuestión de método, comenzar con una breve alusión a este país en el que escribo, pues de algún modo u otro, más tarde o más temprano, tendrá que sentir el impacto –que ya es mundial– del extraño y difícil fenómeno que actualmente está ocurriendo en un país tan importante como la Unión Soviética. La enorme y casi utópica reestructuración que ha iniciado en la URSS el joven y audaz dirigente Mijaíl Gorbachov y que tiene el doble aspecto de «perestroika» y de «glasnost», ya es conocida en nuestro país, aunque por el momento sólo podamos decir que, salvo uno que otro caso de individuos aislados, lo que se conoce de ella es apenas lo que, con su deformante mediocridad habitual, nos han venido trasmitiendo las agencias de noticias. Por esa y por otras razones el conocimiento que nuestra clase política e intelectual, salvo los aludidos casos individuales, tiene hasta ahora de ese inmenso fenómeno es francamente superficial, casi anodino. Los políticos y los periodistas a menudo hablan de «perestroika» sin tener una idea más o menos clara del contenido histórico de ese término que ya se ha popularizado, y con frecuencia lo confunden con el fenómeno paralelo de la «glasnost», el cual, aunque complementario del otro, abarca un universo particular muy específico y distinto. La ignorancia se manifiesta, a veces, de modo grotesco, como en el caso de cierto político que estaba alejado de la lucha partidista y que de pronto anunció su retorno triunfal con la siguiente proposición: «Vengo a proponer que en este país hagamos una perestroika». No parece sino que la perestroika fuese un juego de salón: «vamos hoy a jugar a la perestroika». Aunque tal vez nos podamos explicar (si

bien a duras penas) la frase de ese político si recordamos que fue pronunciada en plena campaña electoral. Esa campaña, millonaria como pocas y casi completamente pedestre desde el punto de vista doctrinario, todavía dura mientras escribo estas páginas; aunque, por supuesto, habrá concluido para cuando este ensayo sea editado. Eso es lo que menos me interesa para los fines de este ensayo, pero no está de más decir que semejante campaña ha tenido la virtud de adormecer o entontecer al público, de modo que mal puede esperarse que ese público tenga hoy tiempo y ánimo suficientes como para abordar el estudio serio de cosas aparentemente tan alejadas de nosotros como la reestructuración de la sociedad soviética. Salvo, como ya dije, los pocos casos particulares de personas bien informadas, cada individuo de nuestro país se dice actualmente para sus adentros: «¿Qué demonios me interesa a mí lo que esté ocurriendo a tantos miles de kilómetros, allá en Rusia? A mí lo que me interesa es saber quién ganará las elecciones aquí y qué será lo que tendré que hacer cuando se conozca el resultado, ya que estoy tan ahogado por la carestía de la vida, el hambre, los precios, la corrupción, la falta de vivienda, la ausencia de dinero en mis bolsillos y en los del Estado; los ricos que son cada vez más ricos y los pobres que son cada vez más pobres, etc.: que, en suma, mi actual situación no está como para ponerme a estudiar qué es eso de la perestroika y la glasnost». A fe mía que en cierto modo quien así piense no carece de razón, o al menos de justificación, pues sus problemas realmente urgentes son los mencionados, y no precisamente aquellas cosas que están sucediendo en lejanos y remotos países como la URSS. Nadie escapa a esos problemas urgentes, y mucho menos yo mismo, escuálido intelectual que nunca ha sabido cómo se hace dinero y que, al igual que muchos de sus colegas, es un marginado social, un sujeto sospechoso. Y como decía gráficamente Ortega y Gasset, «cada cual tiene por dentro una máquina de preferir»; de modo que yo, en estas elecciones, me he inclinado a apoyar a un candidato que de antemano sé que no resultará ganador: Teodoro Petkoff.

A mí me gustan las causas perdidas y las causas imposibles, y si he mostrado mi apoyo a Teodoro Petkoff ha sido por una doble razón. En primer término porque, siendo mi formación la de un marxista que confía en la realizabilidad del socialismo auténtico, encuentro que casi el único político venezolano que ha escrito libros en los que se perfila una idea más o menos clara y concreta del socialismo auténtico, es Teodoro. Tanto mejor si, como ahora, su partido originario, el Movimiento al Socialismo (MAS) va en fusión con el antiguo Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); el líder de este partido era Moisés Moleiro, un auténtico marxista que también ha escrito libros esclarecedores. Pero que conste que, en contra de lo que yo mismo quisiera, no he mostrado apoyo a partidos, sino a uno que otro dirigente. Ni ahora cuando escribo, ni mañana cuando ya se conozcan los resultados, pondría mi mano al fuego por ningún partido político, así este partido se llame MAS o MAS-MIR. Y esto no lo digo porque crea en ese burdo rumor que se ha corrido acerca de un presunto pacto post-electoral entre el MAS y el partido Acción Democrática, cuyo candidato es el más probable ganador. Aun reconociendo que no es una idea imposible, yo la rechazo de plano, porque a pesar de los pesares sigo siendo tan ingenuo y esperanzado como para creer en la integridad de algunas personas, entre las cuales se encuentran unos pocos dirigentes que hoy aúpan la candidatura de Teodoro. Por último, aunque Teodoro declaró públicamente hace años que «el MAS no es un partido marxista», yo me atrevo a pensar que una cosa es el partido y muy otra dirigentes como Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez o, ahora, Moisés Moleiro. O yo estoy loco y veo fantasmas, o los libros de Teodoro son libros marxistas; y lo mismo digo de los libros de Moisés. Incluso opino que el más profundamente marxista de todos los libros de Teodoro es su obra más reciente: *De la voluntad del optimismo*, título inspirado en Gramsci y editado por Centauro a comienzos de este año de 1988. Para una persona que, como yo, ha consagrado buena parte de su tiempo al estudio detenido de la obra de Marx, ello

resulta algo de primera importancia. No aspiro, por supuesto, a que en esto se muestren de acuerdo conmigo los militantes del MAS ni mucho menos los de otros partidos políticos nuestros que se autodenominan «socialistas». *Para mí, la sola idea de un socialismo desarrollado exento de todo ingrediente marxista, es un absurdo, un contrasentido*. Aquí está la raíz del problema; pero es un problema particularmente complejo y delicado, cuyo tratamiento sólo llevaré a cabo en la segunda parte de este libro. Finalmente, en cuanto a Pompeyo Márquez, me limitaré a contar una simpática anécdota suya, muy decidora, por lo demás. Hace algo más de dos años asistí en el Palacio de Miraflores a un almuerzo en homenaje a los ochenta años de Arturo Uslar Pietri. En medio del apretujamiento de gente, de pronto sentí que una mano me tocaba el hombro. Al darme la vuelta para ver quién era, me encontré con el rostro a un tiempo sañudo y tímido de Pompeyo. Y éste no acertó a decirme, muy al oído y como en susurro, sino lo siguiente: «Ludovico, tú sabes muy bien que yo soy *marxista*...».

Ya he dicho que, en lo personal, actualmente apoyo a líderes concretos y no a partidos. Pero ello no me impide ver ciertas cosas que son objetivamente importantes. La más importante es, por los momentos, lo que podríamos llamar la orientación general de los votos; tanto los votos grandes (por el candidato) como los votos pequeños (por el partido). Escribo entre finales de octubre y comienzos de noviembre de 1988, y las elecciones generales tendrán lugar dentro de poco más de un mes, el día 4 de Diciembre. Sólo puedo hablar, por tanto, de lo actualmente observable o, dicho de otra manera, de aquello que se desprende de las últimas encuestas. Ya se sabe que muchas encuestas son amañadas y que a menudo tienden a favorecer al partido que las manda a elaborar. Sin embargo, hay resultados y tendencias que se están repitiendo y agudizando a medida que se acerca el momento final. En los dos partidos grandes o con opción de triunfo (o sea, el socialdemócrata Acción Democrática y el socialcristiano Copei)

se observa una marcada tendencia a votar más por el candidato respectivo (tarjeta grande) que por el respectivo partido (voto pequeño). En cambio en un partido sin opción de triunfo, como el MAS, se observa la tendencia contraria: mientras el voto grande, por Teodoro Petkoff, permanece en su antiguo nivel de un 5% aproximado, el voto pequeño, por el partido, tiende a aumentar cada vez más, de una forma como no se había visto nunca en los procesos electorales anteriores, en los cuales el candidato ganador generalmente era apoyado por una votación también grande para su partido. Es más, la votación partidista era tan grande que en más de una ocasión el partido socialdemócrata, aun siendo el perdedor de la candidatura, resultaba ganador en el voto pequeño, y así se erigía en la principal fuerza política del Congreso Nacional, los municipios y las Asambleas Legislativas. Es lo que se ha llamado la «aplanadora»; o sea, la hegemonía de un partido a la hora de legislar. El ex-presidente Rafael Caldera (Copei), por ejemplo, tuvo que gobernar *a pesar de* un Congreso en cuya composición política era mayoritaria la fracción de los socialdemócratas. Lo importante del actual crecimiento del voto pequeño a favor del MAS y el MIR es que bien puede alterarse esa ya legendaria hegemonía. Si la tendencia hoy observable se agudiza o al menos se mantiene igual, es indudable que la composición doctrinaria y política del Poder Legislativo, especialmente en el Congreso de la República, se verá radicalmente alterada. Desaparecerá la «aplanadora», y las decisiones sobre las leyes ya no podrán ser tomadas unilateralmente por el ganador en las tarjetas grandes, que muy probablemente será Carlos Andrés Pérez, candidato socialdemócrata que hoy, a un mes de las elecciones, le lleva una ventaja de 18 puntos al candidato socialcristiano; ventaja que sólo muy difícilmente será superada o igualada. Pero en fin, siempre hay que esperar lo inesperado, y ya que los socialcristianos tienen de su parte a Dios y a los ángeles, nada de raro tendría que ejecutasen un milagro...

Sea cual fuere el resultado, el ganador tendrá que enfrentarse a uno de los más sombríos panoramas de nuestra historia social y económica contemporánea. Y quien quiera que sea tendrá que contar, a la hora de legislar, con la no despreciable fuerza política del MAS-MIR. Dije antes que yo nunca pondría las manos al fuego por ningún partido; pero ello no implica que si el MAS-MIR logra aglutinar una fracción parlamentaria importante en lo cuantitativo y lo cualitativo, la pelea política será ahora muy distinta. Si a mí me gusta el mensaje de la campaña electoral de Teodoro es porque sólo en él veo a un líder que le habla clara e inteligentemente al pueblo de sus problemas más urgentes, sin caer jamás en la demagogia de las falsas promesas en que caen otros líderes de las más diversas tendencias. Y si después de las elecciones Teodoro y sus mejores hombres saben orientar correctamente al partido que les sirve de base, no hay duda de que nuestro pueblo contará con una fuerza importante consagrada a la defensa de los intereses y derechos de ese pueblo.

Ciertamente, el MAS-MIR no es el único partido político venezolano que se autoproclama socialista. Pero en esto del «socialismo» hay muchos bemoles; para la gran mayoría, se trata de un concepto confuso. Ya dije antes que parte de mi apoyo a Teodoro se debe a que encuentro en sus libros (así como en los de Moisés Moleiro) lo que más se aproxima, a mi juicio, a un concepto estricto de lo que debe entenderse por socialismo, auténtico socialismo. No digo que en tales libros esté todo dicho; sólo afirmo que son «lo más aproximado» a mi idea del socialismo. Repito que no concibo surgimiento de un verdadero socialismo, en ninguna parte del mundo, sin un rescate y una relectura a fondo de todo aquello que Marx dejó escrito sobre ese tema; me refiero, por supuesto, sólo a aquellas partes de la obra de Marx cuya validez ha resistido a la erosión del tiempo. Ahora bien, no es una casualidad el hecho de que en ninguna parte, hasta el momento, haya surgido un socialismo *realmente marxista*, sino a lo sumo aproximaciones que se quedan en eso:

en aproximaciones. La razón más importante para que esto haya ocurrido así es simple de enunciar: la única obra escrita por Marx dedicada –entre otras cosas, claro está– a definir el socialismo a que él *aspiraba*, que era un socialismo *futuro*, consiste en un voluminoso manuscrito, de muy difícil lectura, que sólo ha sido estudiado a fondo por poquísimas personas. Es la obra que se conoce como los *Grundrisse*, y cuyo título completo es *Grundrisse der Kritik der politischen Öekonomie* (Líneas fundamentales de la crítica de la economía política), publicada por primera vez (en alemán) en Moscú, en 1939. Yo no sé si Stalin habrá leído ese libro, pero en todo caso su olfato de zorro, o acaso el de sus consejeros académicos, hicieron que impidiera la aparición de esa obra en ruso; cosa que no vino a ocurrir sino después de la célebre «desestalinización» iniciada por Nikita Jruschov, desgraciadamente interrumpida, descaracterizada y sustituida por una nueva era de aún más profundo estalinismo en la URSS. No voy ahora a entrar en más detalles sobre este difícil asunto, ya que le dedico buena parte de los parágrafos sobre la perestroika y muy en especial sobre la glasnost, apertura espiritual que encierra un concepto del desarrollo libre de los individuos que está plenamente basado en la teoría que desarrolla Marx en los *Grundrisse*, cosa que espero haber demostrado *exabundantia cordis*; y lo mismo digo de la segunda parte de este ensayo, especialmente cuando enumero una serie de tesis que pongo como condiciones para un futuro socialismo; condiciones que a menudo tomo de Marx. Ahora bien, volviendo a nuestra metodológica ojeada a Venezuela, hay que decir que en su último libro, Teodoro Petkoff menciona muy poco el nombre de Marx, cosa que yo atribuyo más a una cuestión de estrategia política que a un presunto cambio de convicciones. Para mí, Teodoro es un marxista, al igual que Pompeyo o Moisés. Yo sé que no faltarán quienes digan que estoy tratando de «justificar» a Teodoro; pero lo cierto es que Teodoro no necesita de nadie que lo justifique; él es un político maduro que tiene sus ideas bastante claras y que tarde o temprano –esa es mi esperanza– triunfará en su empeño

socialista, que es un empeño auténtico, no mampuesto, asumido desde el punto de vista de Marx (eso pienso yo al menos) y no de cualquier marxismo, sino de un marxismo heterodoxo, no atado a dogma alguno y sin compromisos con regímenes en los que se ha falseado el socialismo y se ha degradado el nombre de Marx. Precisamente por eso pienso que a estas alturas, pese a la intensidad de la campaña electoral, que no deja tiempo para casi nada, con toda seguridad Teodoro ya se habrá formado, o estará formándose, una idea precisa acerca de la importancia del fenómeno que está ocurriendo en la URSS. Supongo (pues de esto no he hablado con él) que su actitud inicial habrá sido la misma mía, a saber, la de desconfianza. Y es que había que ser desconfiados, ya que la URSS es un país que, desgraciadamente, nos ha acostumbrado a que en su seno surjan «deshielos» que luego son seguidos por endurecimientos respectivos. Pese a esto, yo pienso –y acaso tal vez Teodoro también, no lo sé– que la actual coyuntura histórica de la URSS empieza a revelarse, cada día con más hechos cumplidos, como algo cualitativamente distinto de los anteriores y falsos «deshielos». Para decirlo más fuertemente, yo pienso que en la Unión Soviética está empezando a realizarse —¡por fin!— *una auténtica revolución socialista*, expresión que emito con toda la responsabilidad intelectual del caso y a sabiendas de su peligrosidad. Esto, en buena parte, se debe al rescate, no sólo del Marx desconocido sino también y en primerísimo lugar al rescate de Lenin, el hombre que en 1917 inició en Rusia una auténtica revolución socialista que se vio brutalmente interrumpida y descaracterizada por Stalin, casi inmediatamente después de la muerte de Lenin, en 1924. El mismo Lenin lo previó, cuando en su testamento pidió que se evitase el ascenso de Stalin porque éste era «demasiado brutal». No está demás decir que ese testamento durante la era estaliniana (es decir, hasta el ascenso de Gorbachov y su equipo) permaneció oculto, celosamente escondido y oficialmente declarado «inexistente». Gorbachov se encargó hace meses de organizar una enorme exposición en Moscú donde apareció el

testamento original y muchos otros manuscritos de diversos autores hasta entonces censurados, como Bujarin y Trotski, ambos mandados a asesinar personalmente por Stalin, en 1938 y 1941 respectivamente. Entre otras cosas, en el aspecto económico, la perestroika, con su «vuelta al mercado» (ya veremos en qué consiste) es hija directa de aquella Nueva Política Económica (NEP) que emprendió Lenin. Pero sobre Lenin hablaré en un parágrafo especial, en la segunda parte del libro.

Decía que en Venezuela hay partidos distintos del MAS-MIR que se autodenominan «socialistas». Vale la pena echarles también una ojeada, aunque sea muy rápida. Está, por ejemplo, la Liga Socialista (LS), de cuyos líderes puedo afirmar, con conocimiento de causa, que son auténticos socialistas y auténticos marxistas, lo que para mí es cosa importante. Pero la Liga tiene un grave problema: no ha podido superar su condición de pequeñísimo ejército compuesto de puros oficiales, pero sin peso político específico, que ha tenido que reducir sus aspiraciones a la posible elección de uno o dos miembros al Congreso; el principal de ellos, su cabeza más visible, que es la de mi buen amigo David Nieves, a quien sin duda le interesa resultar elegido congresista, pues esto implica la inmunidad necesaria para seguir repeliendo el carcelazo que Carlos Andrés Pérez le prometió hace tiempo, a fin de que pagase la supuesta complicidad en el ya viejo asunto del secuestro del industrial norteamericano Niehous. Claro está que, aparte de este argumento, David Nieves ha demostrado ya en el Congreso su gran capacidad de combatiente y defensor de las causas de los oprimidos, lo cual hace que su presencia allí sea beneficiosa. Yo no dudo de que, si resulta nuevamente electo, sumará su fuerza individual a ese grupo de que antes hablé de nuevos diputados —en su mayoría del MAS y del MIR— cuyo número habrá de alterar la composición orgánica del Congreso. Ojalá que todos los partidos vagamente llamados «de izquierda» se integren a ese bloque parlamentario, y así al menos en el Congreso realicen la unidad política que nunca se pudo lograr para la campaña electoral.

El Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), fundado hace dos décadas por el maestro Luis Beltrán Prieto y un cierto número de dirigentes que provenían de Acción Democrática pero que se independizaron con motivo de la elección de candidato en aquellas elecciones que ganó Rafael Caldera por escaso margen, también se llama a sí mismo «socialista»; y es más: se proclama directamente como «Partido Socialista de Venezuela», lo cual ya son palabras mayores. Debo ser sincero con mis amigos, muy especialmente con la gran figura del maestro Prieto, y por ello mismo tengo que decir que no encuentro por ninguna parte el «socialismo» del MEP. No basta con ser una fuerza política que se ha dedicado con empeño a combatir en defensa de los intereses populares, para poder llamarse «partido socialista». En Venezuela, como en muchas otras partes, el uso laxo y fácil del vocablo «socialismo» ha dado lugar al más lamentable confusionismo. Ya veremos que hasta Carlos Andrés Pérez se llama «socialista». Aunque ello puede muy bien deberse a falta mía de información, yo no conozco ningún libro o folleto escrito por algún dirigente del MEP donde se asome una definición del socialismo; al menos, una formulación rigurosa que justifique al MEP para llamarse «partido socialista de Venezuela». Siempre leo en la prensa los densos artículos de líderes como Jesús Ángel Paz Galarraga o del mismo maestro Prieto. En el primero encuentro formulaciones muy interesantes, planteamientos sobre nuestra política que hacen la crítica radical de los desaciertos en que han incurrido los dos grandes partidos (AD y Copei) a lo largo de estos últimos treinta años, que constituyen nuestra «era democrática», según suele decirse. También el maestro Prieto fustiga con su palabra escrita todas las injusticias y torpezas de ambos tipos de gobierno. Pero eso no autoriza a nadie para llamarse «socialista». En todo caso, se trataría de un socialismo aguado, un socialismo sin Marx. (Lo que yo entiendo en sentido estricto por «socialismo» y por «comunismo», aparecerá en dos parágrafos de la segunda parte de este ensayo).

No hay que olvidar al Partido Comunista de Venezuela (PCV). Por obligación, o por definición este partido debería ser socialista y marxista, Y sin embargo, actualmente no es ni lo uno ni lo otro. El PCV era una fuerza importante y cualitativamente distinta hace treinta años, después de la caída de Pérez Jiménez. La historia es conocida: surgieron las guerrillas en un mal momento y de forma apresurada, sin estar madura la situación y fueron derrotadas, lo que ocasionó en el PCV su progresiva desintegración. Cuando se le separó el ala del MAS, el PCV quedó muy empequeñecido, falto de importantes cuadros dirigentes y con una sola y triste misión de mantenerse como un fiel representante de Moscú en Venezuela. Esto lo llevó a convalidar el absolutismo totalitario que por entonces imperaba en la URSS. En algunos de mis libros, especialmente en el *Anti-Manual* (1975), yo realicé diversas críticas fuertes a esa política soviética. Ello me ganó la animadversión de los viejos amigos del PCV, quienes se acostumbraron a llamarme «antisoviético», a pesar de que yo había advertido en el prólogo de mi libro que la crítica despiadada de los manuales soviéticos de marxismo (que por lo demás eran también muy menospreciados por el propio Lenin) no implicaba en modo alguno un ataque a la URSS como nación, ya que ella nunca había dejado de representar para nosotros y para el mundo entero el más importante bastión para aplastar toda clase de fascismo emergente. Pero todo esto es ya cosa del pasado. Lo que interesaría saber es en qué medida ha afectado a la estructura doctrinaria del PCV el reciente fenómeno de la perestroika y la glasnost. Yo he pedido a algunos amigos que me quedan dentro del PCV que me envíen todas sus publicaciones al respecto. Y me encuentro que las publicaciones que recibo regularmente nada dicen al respecto, y en cambio sí me transmiten fielmente las diversas publicaciones hechas en la URSS durante estos últimos meses, y que traen muchos materiales interesantes sobre la reestructuración de la vida soviética. Esto, sin duda, me es muy útil, pero no me ha aclarado hasta el momento algo que yo desearía saber: si la línea del PCV seguirá limitándose a ser

correo de la URSS, o si el PCV ha decidido en su seno discutir las reformas radicales de Gorbachov para aceptarlas o no. Hace algún tiempo, al término de una conferencia que pronuncié sobre el sentido de la perestroika y la glasnost, le pregunté a mi buen amigo del PCV el Dr. Gallegos Mancera sobre esto, y él tan sólo alcanzó a decirme tímidamente que ya dentro del PCV había habido una primera ronda de discusiones sobre el fenómeno soviético. Pero públicamente nada han dicho, como no sean las viejas expresiones de solidaridad con la URSS a que ya nos tienen acostumbrados. Yo les deseo que estudien a fondo el fenómeno y tomen posición sobre el nuevo sentido del socialismo, que subvierte casi todo lo existente y rompe muchos dogmas hasta ahora poco menos que sagrados. El PCV, para ser socialista y marxista de veras, tiene que oxigenarse y emprender serios estudios, tanto que la parte desconocida de la obra de Marx como de lo que está ocurriendo en la Unión Soviética, no es miel sobre hojuelas, ni es un asunto tan simple como parecen creerlo ciertas agencias de noticias.

Hay que tener en cuenta el caso muy especial de la CAUSA R, un partido obrero que no gusta mucho de las declaraciones de principios y, por tanto, no se llama a sí mismo «socialista», sobre todo después de la muerte de su líder primordial, Alfredo Maneiro; un luchador que venía de la época violenta del PCV, se convirtió en líder de la CAUSA R y murió siendo un marxista convencido, cosa que a mí me consta por los trabajos de seminario –escritos o hablados, sobre esto último– que me presentó en sus últimos tiempos, cuando era mi alumno en la Universidad Central. Ocurre que yo llamo a la CAUSA R de la misma forma en que llamo al movimiento polaco Solidaridad: movimientos sindicales *objetivamente socialistas*.

Pero esto merece capítulo aparte, y por eso le dedicaré el próximo parágrafo. No podía finalizar esta metodológica ojeada a Venezuela sin hacer alusión a cierta especie rara de

socialismo, que es el de la llamada Internacional Socialista; que no me interesaría ahora si no fuese porque uno de sus principales dirigentes es Carlos Andrés Pérez, el candidato socialdemócrata en nuestras elecciones. Yo no acabo de comprender qué clase de «socialismo» es ése de la Internacional. Que yo sepa, esa Internacional está integrada sobre todo por socialdemócratas, no por socialistas ni mucho menos por socialistas marxistas. Aunque parezca postura extremada, ya ese hecho para mí descalifica a ese movimiento. Concretamente, Carlos Andrés Pérez jamás ha sido socialista ni ha asumido los riesgos que tal postura implicaría. El caso más patente es el de sus relaciones personales con los socialistas nicaragüenses.

Pérez, siendo gobernante de Venezuela, envió armas y dinero a los sandinistas que llevaban cerca de veinte años combatiendo para derrocar el régimen de Somoza. Una vez derrocado el dictador, Pérez viajó a Managua, donde fue lógicamente muy bien recibido. Pero algunos meses después, cuando los sandinistas comenzaron a hablar de su «revolución socialista», Pérez cambió de actitud. Comenzó por negarse a asistir a la celebración pública del primer año de la toma del poder por parte de los sandinistas. ¿Qué pasó? No es muy difícil adivinarlo: le asustó eso de «*revolución socialista*». Es lo que en mi país se llama matar al tigre y después tenerle miedo al cuero. Y poco a poco se fue fundiendo Carlos Andrés Pérez en el enorme caudal de la insidiosa propaganda sandinista elaborada en los Estados Unidos. Y cayó en la misma falacia que difunden los gobiernos del norte, que indiscriminadamente le calzan el epíteto de «comunistas» a todos los que combaten por su soberanía. Pérez debería saber que no hay razón alguna válida para llamar comunistas a los revolucionarios socialistas que esgrimen la bandera de Sandino. En Nicaragua, el Partido Comunista no sólo le tiene animadversión a los sandinistas, sino que en la última consulta popular demostró ser una fuerza casi inexistente, que apenas logró sacar uno o dos diputados.

Tal vez haya quien me diga que, por mi condición de marxista, no estoy sino resucitando la viejísima polémica entre marxistas y socialdemócratas. Pero no está entre mis intenciones resucitar esa polvorienta polémica. Me interesa más lo que ha dicho recientemente un socialdemócrata venezolano muy destacado, Demetrio Boersner, en su reciente libro *¿Qué es el socialismo democrático? La social democracia en Venezuela*, editado por Nueva Sociedad en este mismo año de 1988 y precisamente con prólogo de Carlos Andrés Pérez. En un momento dado (pp.783), el autor se pregunta si la socialdemocracia es «anticomunista». Para Boersner, el «anticomunismo» se caracteriza por ser «una actitud de oposición radical al comunismo *desde posiciones conservadoras*». Pero a continuación aclara: «Desde 1917 para acá, quienes se definen como "anticomunistas" son personas que rechazan al sistema propugnado por los partidos comunistas, no sólo por ser autoritario y políticamente opresivo, sino sobre todo por lo que tiene de revolucionario, de expropiador, de nivelador.

La socialdemocracia en general, y un partido como Acción Democrática en particular, no comparten este tipo de "anticomunismo" reaccionario, defensor de privilegios oligárquicos. *La socialdemocracia se opone al comunismo por otras razones*». Me extenderé más en la cita, porque resume admirablemente una situación y porque al final deja ver el techo de vidrio bajo el cual está parada la tesis; una tesis ante la cual provoca decir: ¡ojalá que fuera verdad tanta belleza! Continúa el autor: «La socialdemocracia se opone a los partidos comunistas, no por ser revolucionarios, *sino por ser insuficientemente revolucionarios* (sic). Los comunistas, sin duda, han realizado avances hacia una mayor igualdad y justicia en la distribución de los bienes entre los seres humanos. En cambio, han sido incapaces de dar a los pueblos un aceptable grado de libertad para pensar, hablar, escribir y elegir. (...) La revolución iniciada por los comunistas debe continuar y ser mejorada mediante la inserción del precioso elemento de la libertad y la flexibilidad

democrática. En estos tiempos, luego del interesante ensayo yugoslavo y de las importantes reformas chinas, *en la propia URSS está en marcha un movimiento hacia la "renovación" y la "apertura" del sistema, es decir, su democratización* (subrayado mío, L.S.). Si ese movimiento tuviese pleno éxito, ello significaría el comienzo de una evolución del régimen comunista hacia una forma de socialismo democrático. *Los socialdemócratas debemos hacer lo posible para propiciar ese cambio, pero conservar una actitud realista y crítica ante lo que está ocurriendo* (subrayado mío, L.S.) (...) La socialdemocracia no es "anticomunista" sino que mantiene frente a los comunistas una actitud crítica y objetiva. Ella es —eso sí—, profundamente *anti-estalinista* y *anti-neoestalinista*».

La cita es muy elocuente, y yo estaría dispuesto a aceptar su contenido si no fuese porque su autor cometió el doble error de confundir o usar impropiamente ciertos vocablos, y por otra parte, olvidar decir algunas cosas que a mi juicio son esenciales. En primer término, no hay que confundir comunismo con socialismo. Al comienzo de la segunda parte de este libro intento un deslinde lo más claro posible entre ambos conceptos. Baste decir por ahora muy apretadamente lo siguiente. En primer término, cuando la socialdemocracia habla de apoyar (críticamente) «el comienzo de una evolución del régimen comunista hacia una forma de socialismo democrático» –es la referencia a la perestroika y la glasnost–se olvida de que esa «evolución», que yo prefiero llamar revolución pese a lo arriesgado del vocablo, en el momento actual *está siendo realizada por el Partido Comunista de la URSS*, cuya maquinaria tradicional ha sido completamente reestructurada por Gorbachov. Además, si uno observa a profundidad la tendencia subterránea de la perestroika y la glasnost, tendencia que implica un progresivo desmantelamiento del viejo poder omnímodo del Partido y del Estado burocrático, verá que esta revolución se dirige a la instauración de un régimen *socialista*, cuyo desarrollo es precondición para el surgimiento de una

sociedad *comunista*. En sentido estricto, el socialismo apenas está empezando a existir, y el comunismo es algo que *nunca ha existido*. Esta reflexión o distinción falta a los socialdemócratas. Pero si argumentase que ella apoyará «la evolución del comunismo hacia el socialismo democrático», aparte del error de la confusión de términos, olvidaría un hecho importantísimo; a saber, que *ese socialismo será marxista o, mejor dicho, estará basado en Marx* y en el estudio de esa obra desconocida de que he hablado antes. Y esto último sí es verdad que no estarían dispuestos a aceptarlo los socialdemócratas, quienes, si fueran realmente sinceros, admitirían de una buena vez que su enemigo real no es el «comunismo» de todos los PC del mundo, sino el pensamiento de Marx, el marxismo. Esta es la verdadera razón por la cual existe la vieja polémica entre comunistas y socialdemócratas. No es porque unos sean «comunistas» (Boersner admite claramente que los socialdemócratas no son esencialmente anticomunistas) sino porque unos son *marxistas*. De todos modos, en honor a la verdad y para comprender mejor las cosas, no olvidemos que el marxismo auténtico es algo que jamás se ha realizado; lo que han realizado algunos partidos comunistas es más bien una caricatura tanto de Marx como del socialismo. La URSS actualmente está en profunda transición que conducirá a un gigantesco parto histórico. Esa transición necesita *todavía* del Partido Comunista, que sin embargo desde ya ha sido completamente transformado y democratizado, así como la glasnost está logrando a grandes pasos la transformación de las conciencias y su liberación; pero a mí no me cabe la menor duda que la tendencia profunda es a la desaparición del Partido como «aparato ideológico», así como la desaparición del Estado en cuanto aparato clasista (el Estado se define por su composición de clase).

Por cierto que no soy el único en Venezuela que vincula a la perestroika y la glasnost con el marxismo, así como tampoco soy el único en afirmar que lo que está ocurriendo en la URSS es una auténtica *revolución* socialista (un capítulo del libro de

Gorbachov se titula: «La perestroika es una revolución»). Lo digo para que las mentes maliciosas, que nunca faltan, no vayan a pensar que mi dedicación al estudio de Marx me lleva a ver marxismo allí donde no lo hay. Un escritor nuestro que no es ciertamente marxista y además está vinculado a nuestro partido socialdemócrata (AD), José Francisco Sucre Figarella, acaba de publicar un libro titulado *Del marxismo a la Perestroika* (Monte Ávila, Caracas, 1988), que consiste en buena parte en la reedición de un viejo libro suyo, pero que ahora viene «puesto al día», actualizado con una interesante reflexión sobre el nuevo fenómeno soviético.

Sucre Figarella tiene la indudable ventaja de no hablarnos en el pedestre lenguaje partidista de sus compañeros de partido; él habla como escritor, como teórico y, además como hombre cuya larga experiencia diplomática en diversos países europeos le presta cierta autoridad y conocimiento de causa. En suma, no es parroquial. Comienza por decirnos: «Que las ideas de Gorbachev (él prefiere escribirlo así, y no «Gorbachov», nota de L.S.) – Perestroika y Glasnost– hayan despertado gran interés en la opinión mundial se explica por sí solo. Lo que pase en la URSS, como gran potencia que es, resulta un factor determinante en el proceso histórico contemporáneo» (p.87). Asistimos, no a un fenómeno cualquiera, sino a «la máxima confrontación dentro de la sociedad soviética» (p.88). Sucre Figarella afirma que, desde el punto de vista académico, «no hay nada nuevo en la Perestroika», pero unas líneas después nos dice casi lo contrario: «Gorbachev está tomando partido contra un orden de cosas que podría (la toma de partido, L.S.) conducir a *cambios radicales* en el sistema» (Ibíd.). Acaso quiera referirse, cuando afirma que en la perestroika «no hay nada nuevo», a que ésta está directamente inspirada en la revolución leninista. Pero esto tampoco sería cierto, pues aunque es indudable la inspiración en Lenin, hay muchas cosas novedosas —sobre todo en el aspecto de la glasnost—; pero no voy a discutir esto ahora, ya que lo hago

con mayor detalle en el parágrafo de la segunda parte consagrado al rescate del leninismo. Por otra parte, el autor al hablar de la perestroika, nos dice que ésta implica unas «condiciones que configuran lo que puede llamarse, sin mayores eufemismos, *una situación revolucionaria*» (Ibíd., subrayado mío, L.S.). Más adelante añade que «ya está fuera de toda duda el legítimo cuestionamiento de importantes fundamentos del sistema soviético» (Ibíd.). Lo cual quiere decir que lo que se realiza en la URSS es, por de pronto, la superación radical, revolucionaria, del sistema imperante durante la larga etapa estalinista, o sea, desde la muerte de Lenin hasta ahora. También Sucre Figarella vincula al nuevo fenómeno con el marxismo, aunque lo hace de cierta manera enrevesada o barroca que hay que despejar. Dice literalmente: «La idea que a los marxistas les gusta tanto mirar la Historia como un proceso a través del cual se pueden establecer los cambios dialécticos de una sociedad, adquiere una importancia decisiva en el pensamiento de Gorbachov. Quiere ser un buen dialéctico, ¿pero lo puede ser en la realidad? En otras palabras, ¿puede aplicar su método a la sociedad soviética con absoluta honestidad y total conciencia de sus implicaciones? Desde que se comienza a leer las primeras páginas de su libro, se tiene una impresión: su autor quiere encubrir formalmente una realidad crítica admitiendo la posibilidad de que evolucione, sin que ello signifique un cambio dialéctico, aun cuando, *en el fondo, lo que está admitiendo es que resulta inevitable cambiarla sustancialmente para mejorarla*» (p.89) (Subrayado mío, L.S.).

Decía que estas frases iban a resultarle al lector barrocas o un tanto enrevesadas, y lo son, al menos para mí. Por varias razones. Primero, porque no es exacto o correcto decir que el marxismo (al menos el de Marx) mire a la historia «como un proceso a través del cual se pueden establecer los cambios dialécticos de una sociedad». Puede ser que Engels haya dicho eso o algo parecido, pero Marx no lo dijo jamás. Todo su «método dialéctico» no consistía en otra cosa que en analizar la historia

según el principio de la lucha de clases, que es una cosa muy distinta. Sin embargo, Sucre Figarella es aquí un tanto oscuro; tal vez haya querido decir esto último, y en ese caso suscribo su afirmación de que ese método de analizar la historia forma parte esencial del nuevo pensamiento soviético, expresado en Gorbachov. En segundo lugar, yo no he visto que en ninguna parte Gorbachov diga que quiere «ser un buen dialéctico». Lo que sí dice es que quiere realizar una revolución. Si a esta revolución el amigo Sucre Figarella quiere llamarla «cambio dialéctico» con el añadido de que se trataría de «el paso de la cantidad a la calidad», ya de eso Gorbachov no tiene la culpa. Si admitimos que es un buen estudioso de Marx, tendremos también que admitir que descarta, como Marx mismo, esas formulaciones engelsianas sin valor científico, como las tres famosas «leyes de la dialéctica».

Atreverse a pensar así en la URSS era poco menos que una herejía; y es que el pensamiento de Marx estaba ocultado y deformado o, como escribiera Herbert Marcuse en su *Soviet Marxism*, «convertido en ideología», entendiendo esta última palabra en su sentido estricto de formación social encubridora de lo que ocurre en la estructura material de la sociedad. Finalmente, cuando Sucre Figarella responde a su propia pregunta: ¿podrá Gorbachov ser realmente dialéctico, marxista?, su respuesta la divide en dos partes, la segunda de las cuales –por eso la subrayé– contradice abiertamente a la primera. De todos modos, el balance es positivo para Gorbachov y el marxismo, pues el autor admite, por una parte, que el cambio es una revolución que adelanta Gorbachov, y por otra, que está relacionada con Marx y es, además, «inevitable» (p.89).

Si al principio dije que esta ojeada a Venezuela la hacía más que todo por una cuestión de método, ello se debe a lo siguiente. Mi profesor de Filología Románica en Friburgo de Brisgovia, el muy grato, amigable y eminente Hugo Friedrich, nos enseñaba el mejor método para analizar una obra literaria en su conjunto, en

su generalidad. El método consistía básicamente en comenzar el análisis, no por los aspectos más generales, sino por algún aspecto particular. Por ejemplo, si se trataba de tener una idea rigurosa acerca del Petrarca como poeta, lo mejor era empezar por analizar al detalle alguna pieza suya, un soneto por ejemplo. Es más: dentro de esta pieza particular uno debía buscar una suprema particularidad, que era lo que Friedrich llamaba el *kempunkt* o «punto crucial», y que en el caso de los sonetos petrarquescos generalmente era identificable en la palabra *ma* («pero») invariablemente situada en alguno de los tercetos y cuya presencia obedecía siempre a un motivo especial de esta poesía. Siempre me ha parecido provechoso este método filológico, que no se lanza de inmediato a abordar los problemas más generales sino que prefiere llegar a ellos a través de algún escotillón particular.

Por eso he partido de una ojeada a Venezuela como método para abordar problemas de gran generalidad y universalidad como el de la nueva revolución socialista en la URSS, las características de la perestroika y la glasnost, la necesidad de rescatar ciertos aspectos de la obra de Marx, etc. Creo que un tema tan trascendente y tan mundial como lo que está ocurriendo en la Unión Soviética amerita un buen método de análisis. A mí me ha parecido que discutir la existencia real o no de algún socialismo auténtico en Venezuela, tal vez precisamente por ser un tema tan particular, brinda la ventaja de ofrecernos las condiciones para emprender el examen de temas más generales.

Como lo prometí al aludir a la CAUSA R, dedicaré algunas páginas del próximo parágrafo a un tema que sigue siendo particular, que es el de los «movimientos sindicales objetivamente socialistas», pero que al mismo tiempo nos abre la puerta hacia los problemas más generales.

2. *Los movimientos sindicales objetivamente socialistas*

Ni el movimiento sindical polaco «Solidaridad» ni la CAUSA R, de Venezuela, se han declarado jamás «socialistas», y creo que en ambos casos por la misma razón: por un rechazo instintivo a toda etiqueta política o a toda «declaración de principios», ya que tanto las unas como las otras pecan siempre de cierta solemnidad que los mencionados movimientos repelen, como decía, de un modo casi instintivo. Hay una diferencia: La CAUSA R, a diferencia de «Solidaridad», se ha constituido en partido, con su candidato presidencial y todo: el joven dirigente Andrés Velásquez. Ignoro si como partido se habrá puesto a sí mismo alguna etiqueta. En todo caso, y a pesar de la enorme lejanía que hay entre Polonia y Venezuela y de las circunstancias históricas tan diferentes, creo que se puede arriesgar una definición que toca por igual a ambos movimientos. El asunto tiene importancia para los fines de este libro, no sólo porque así continuamos con el método de acercarnos a los temas generales a través del examen de los casos particulares, sino también porque, en lo que respecta a Polonia, allí «Solidaridad» tiene planteado un serio problema que de una u otra manera afecta a la URSS, ya veremos en qué forma.

A pesar de ser hoy partido político, la esencia de la CAUSA R siempre ha sido la de un movimiento sindical, un movimiento cuyas luchas hasta ahora se han centrado en lograr para nuestra clase obrera las mejores condiciones de vida posibles. Sus triunfos han sido notorios, aunque hasta ahora concentrados en la amplia región de Guayana y de sus complejos industriales, como el del hierro en sus diversas líneas de producción en la Siderúrgica del Orinoco (SIDOR), o el del aluminio (ALCASA, VENALUM) y otros productos minerales. Para un futuro inmediato resultará muy importante, valga el ejemplo, la forma en que se maneje

la industria del aluminio, que está en plena expansión y seguramente terminará siendo manejada por la empresa privada, o acaso mixta (los dos posibles gobernantes nos amenazan con una serie de medidas de privatización ya que se ha juzgado el Estado venezolano como mal empresario, carente de eso que tanto gusta a los empresarios privados que se han formado en los Estados Unidos: el mito de la «eficiencia»; lo que uno pone en duda no es la eficiencia en sí misma, que es algo bueno, sino a quién o a qué intereses puede servir esa eficiencia). Ya para comienzos de esta década de los ochenta, la CAUSA R asomaba como importante fuerza sindical, aunque, para su desgracia, era objeto de desconocimientos oficiales en sus triunfos entre los obreros y de discriminación política. Pero la gran tenacidad *revolucionaria* del movimiento y de sus líderes logró, con el peso de los años, imponerse como la principal fuerza sindical de la región. En las últimas elecciones del sindicato SUTISS, la CAUSA R logró una abrumadora mayoría, muy por encima de Copei, AD y los partidos de izquierda, que no llegaron entre todos a reunir más de 500 ó 600 votos, en tanto que la CAUSA R obtuvo cerca de 5.000 sufragios. Dada la contundencia de este triunfo, decidieron lanzar un candidato a la Presidencia, con la promesa concreta de seguir la lucha por la clase obrera hasta extenderla a todo el país. Esto ha hecho que los grandes partidos tradicionales, especialmente Acción Democrática, hayan fabricado algunas pautas publicitarias en las que adrede se busca desprestigiar a la CAUSA R, mediante métodos no muy limpios ni honestos como la presentación de cheques forjados supuestamente cobrados por el líder del movimiento. Recuerdo un aviso grande, desplegado a página entera en un gran matutino caraqueño, donde se le hacían semejantes acusaciones a la CAUSA R. Como ésta carece del dinero que manejan los grandes partidos, tuvo que limitarse a hacer una aclaratoria a la prensa señalando la falsedad y deshonestidad de la acusación, y presentando como responsable directo de la misma a un conocido abogado que, no sólo comanda la campaña de AD, sino que —¡*hélas!* — es de Ciudad Bolívar y

asegura que AD allí es mayoría, incluso mayoría sindical. De los cheques presentados como prueba, sólo uno existió realmente, y si fue cobrado por Andrés Velásquez no fue para embolsillárselo, sino para resguardar un dinero que pertenecía a los obreros y que él hace tiempo les entregó formalmente.

Pero lo verdaderamente importante para ellos no es ganar las elecciones generales (que ellos saben ya están perdidas) sino, ganadores o no, cumplir con su promesa de hacer todo lo posible por extender su lucha en pro de la clase obrera a todo el país. Ahora bien, esto ¿no es revolucionario? ¿No es esto algo objetivamente socialista y hasta marxista? Si hay algo que distinga a los socialistas marxistas es su claridad de objetivos en lo que respecta a la clase trabajadora. Los de la CAUSA R saben insuflar en los trabajadores *conciencia de clase*, que según decía Marx era el perfecto opuesto de la *ideología*, en el sentido estricto ya anotado (el lector puede consultar mi libro *Teoría y práctica de la ideología*, Cap I, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1971 y posteriores ediciones). Si algo no han sabido hacer bien nuestros partidos socialistas es precisamente crear esa conciencia de clase entre los sectores obreros y las clases marginales, que también son explotadas. No quiero decir que partidos como el MAS y el MIR no hayan realizado en el pasado una intensa labor de lucha para lograr que todos los explotados cobren conciencia de sus derechos. Pero les faltan dos cosas: en primer lugar, un método psicológico efectivo para realizar la delicada labor de crear conciencia allí donde el sistema ideológico ha puesto una caparazón de inconsciencia, que se traduce, como todos sabemos, en una constante propaganda, subliminal o no, destinada a engendrar lealtades hacia el mercado de mercancías y los demás «valores» de la sociedad capitalista. Esas lealtades son sembradas por debajo de las conciencias de los explotados, y por eso tan urgente la necesidad de partidos o movimientos que sepan elevar a las conciencias de aquellos lo que actualmente opera en su psiquismo como un mandato del mercado y una

suerte de obligación —impuesta por la incesante propaganda— a aceptar la ideología del Capital, según la cual la fuerza de trabajo no debe producir para cubrir las necesidades humanas sino las necesidades del mercado. Terreno aún más virgen lo constituyen las clases marginadas. Aparentemente y por definición formal, esas clases están fuera del aparato productivo, y por ello mismo no pueden ser objeto de la explotación del mismo modo que los asalariados. Pero *realmente están dentro del aparato productivo*, porque a sus hogares llegan los medios de comunicación de modo masivo y logran insuflarles sus mensajes ideológicos. Se crea en estas clases una forma peculiar de explotación que hace años llamé en un libro *la plusvalía ideológica*, que consiste en la extracción de trabajo psíquico excedente; extracción que no se queda en el reino de las ideas o representaciones del mundo, sino que incide como *un refuerzo importante en la producción de la plusvalía material*, ya sea en la forma absoluta de ésta, ya en la relativa. Ahora bien: hasta ahora nadie se ha ocupado de hacerles ver claramente esta situación a las clases marginales.

Los partidos y los movimientos socialistas no han sabido hacerlo (la CAUSA R por el momento se reduce al ámbito de la clase asalariada), y no por falta de voluntad, sino por no partir de instrumentos teóricos adecuados. Así, los marginados han caído tradicionalmente en las frenéticas manos de los partidos millonarios, cuyos militantes suben a los cerros, regalan comidas y bebidas y les prometen a los marginados todo un paraíso futuro con tal de que los apoyen con su voto. Una prueba de que a estas clases les falta conciencia de clase es la que se dio imprevistamente hace veinte años, cuando en los cerros caraqueños, y sin siquiera hacerse propaganda alguna, el dictador Pérez Jiménez alcanzó una alta votación. El descontento está allí, frente a nosotros: es sólo cuestión de examinarlo y orientarlo con todo el cuidado del caso. Si, como hemos visto, la clase obrera de Guayana le ha respondido positivamente a los amigos de la CAUSA R, ¿por qué no pensar que todas las fuerzas socialistas juntas podrían realizar

ese trabajo de concientización a lo largo y ancho del país entero? Es cuestión, pienso, de olvidarse de las elecciones y emprender una labor conjunta de base, un trabajo de zapa, que se extienda desde el fin de las elecciones hasta el momento del inicio de la nueva campaña electoral; es decir, trabajar durante cuatro años y medio. No veo otro camino para lograr el triunfo socialista en Venezuela. Y habrá que actuar como la CAUSA R: siendo *objetivamente socialistas*, y no tan sólo socialistas de nombre.

El mundialmente conocido movimiento sindical «Solidaridad», en Polonia, encabezado por un obrero electricista y electrizante llamado Lech Walesa, a quien le fue concedido el Premio Nobel de la Paz que nunca pudo ir a recibir, es otro caso, si bien muy distinto históricamente, de lo que he llamado movimientos sindicales objetivamente socialistas. Con la consideración de este fenómeno polaco entramos de lleno en el ámbito de nuestro ensayo, ya que nos servirá de puente para una primera ojeada a los problemas de Europa Socialista. Si no me equivoco, tan sólo dos personas en Venezuela le han brindado decidido apoyo a «Solidaridad» desde el principio: Teodoro Petkoff y yo mismo; primero en artículos de prensa que aparecieron al comienzo de los 80 y que fueron recogidos en libro (en el ya mencionado de Teodoro: *De la voluntad del optimismo*, 1988, y en mi volumen *Ensayos temporales*, 1983). Ya sé que mucha gente ha hablado aquí sobre el fenómeno polaco, pero no de la manera como lo hemos hecho nosotros. Yo he sido más radical que el propio Teodoro cuando, desde mi artículo «Polonesa socialista» califiqué de socialista al movimiento sindical polaco. Para aquel entonces, Teodoro no lo llamó socialista, pero sí lo defendió por cuanto representaba una defensa de la clase trabajadora polaca; defensa que se hacía en contra del régimen oficial polaco. No sé si hoy lo llamaría socialista. Citaré por extenso fragmentos de mi artículo, y espero que el lector advierta que fueron escritos en una época en la que ni siquiera se soñaba con cosas como la perestroika y la glasnost. «La

imagen misma del socialismo —escribía yo— está en constante evolución, y es deber nuestro seguir los casi imperceptibles pasos de esa evolución para no caer en apreciaciones dogmáticas. El socialismo actual es autoritario, es burocrático, es brutal, es antilibertario, está en pugna con la conciencia y la dignidad del individuo humano en cuanto tal. Todo esto es cierto si lo tomamos como juicio global de un determinado período de la historia. *Pero eso no quiere decir que esos socialismos no puedan evolucionar hacia formas superiores de producir la vida, en las que gradualmente se vayan extinguiendo todas las lacras que afean el rostro del grandioso proyecto original de Marx*. Debemos pensar que tales sociedades no son actualmente sociedades realmente socialistas, sino sociedades de transición hacia el socialismo. El mundo entero, que es un mundo todavía capitalista, es un mundo en transición hacia el modo socialista de producción. Se trata de un larguísimo y harto doloroso parto... Por eso nos resultan tan raros y extraordinarios casos como el de Checoslovaquia en 1968, que fue brutalmente aplastado por la URSS, o como el caso actual de Polonia, que no podrá ser aplastado por la URSS (aunque sí proscrito por el gobierno polaco; nota de 1988), porque la situación histórica es distinta y porque se ha producido una de esas evoluciones de que hablaba y que nos es tan difícil captar a nosotros los contemporáneos. Dicho de una manera sencilla y directa, *Polonia con su movimiento obrero está dando un paso histórico fundamental en la transición hacia el auténtico socialismo*» (pp.150-151).

Hay que aclarar algunas expresiones dichas por mí en ese entonces. Yo afirmé, por ejemplo, que «Solidaridad» no sería «aplastada por la URSS». En realidad no lo fue, al menos en el sentido en que sí lo fue el movimiento democratizador checoslovaco en la llamada Primavera de Praga. Pero no hay que olvidar que, para ese entonces, la política de la URSS hacia los países del Pacto de Varsovia era muy distinta a la de hoy, con Gorbachov y su revolución. La política de la URSS era impositiva y autoritaria, y no paraba mientes en eso de

intervenir militarmente en cualquiera de los países del Pacto para «corregir desviaciones» o «aleccionar disidentes». Es lo que hizo de modo brutal y grosero en Checoslovaquia. En cuanto a Polonia, también dejó sentir su influencia negativa, aunque las decisiones «feas» se las dejó a sus gendarmes del Partido Comunista Polaco. Hoy en día, la política de Gorbachov es la de no intervenir en los asuntos internos de esos países, como no sea por la vía de *la diplomacia y la persuasión*; nunca autoritariamente. Es muy importante, a la hora de juzgar las transformaciones actuales de la sociedad soviética, este elemento de la diplomacia persuasiva, nunca antes visto en la URSS. Gorbachov evita *imponer* su criterio pacifista a los desmanes de gobiernos como el checoslovaco, que celebró hace poco la fecha de la independencia de su país del Imperio Austrohúngaro (1918) de una manera muy «ortodoxa»: lanzando bombas lacrimógenas o chorros potentes de agua a los «disidentes» que manifestaban pacíficamente por las calles reclamando la libertad perdida. Y lo mismo ocurre con las represalias del gobierno polaco contra los millones de obreros de «Solidaridad», a los que persiste en proscribir e ilegalizar. Gorbachov evita una injerencia directa en esos asuntos; prefiere que tanto checos como polacos resuelvan por sí solos sus problemas internos. Lo cual no impide, de vez en cuando, la realización de un «toque técnico», una visita para preguntar cómo andan las cosas, etc.

Estas visitas las ha extendido hasta países hoy tan problematizados como Yugoslavia, lo cual no deja de constituir un avance importante, dada la tradicional distancia que desde hace décadas ha habido entre la URSS y Yugoslavia. En el caso polaco, la visita de Gorbachov, aun sin constituir presión alguna, sirvió para que el gobierno polaco se decidiera a sentarse en la mesa de las negociaciones frente a los representantes de «Solidaridad», empezando por Walesa. De estas negociaciones, hasta ahora sólo se sabe que, aunque con numerosos tropiezos debidos a la intransigencia del gobierno, se están realizando, lo cual ya es algo. A veces uno llega a pensar si no sería mejor que la URSS se valiera de su tradicional predominio sobre es-

tos países, para imponer la perestroika y la glasnost. Pero es un error pensar así. Gorbachov tiene que llevar su diplomacia hasta el final, y a la larga resultará mucho más beneficioso el dejar que esos países decidan su propio destino.

Algo parecido ha ocurrido con la diplomacia anti-nuclear empleada por Gorbachov frente a la agresiva política de los Estados Unidos; éstos se han visto obligados, en un primer e importante paso, a desmantelar toda su cohetería de corto y mediano alcance en Europa, comenzando por Alemania Federal. Ahora todo dependerá de cómo afronte este problema del desarme nuclear el nuevo gobierno que en estos días sucederá al de Ronald Reagan. Gorbachov, sin duda, insistirá en su diplomacia persuasiva y quién sabe si, por un milagro, logre su máximo objetivo: el desarme total en el plano nuclear. En lo militar, ya ha dado buenos ejemplos, como el de la retirada de las tropas de Afganistán, que es un paso importante para la opinión mundial. En lo político interno, aparte de la reestructuración del PCUS, la nueva política económica de la perestroika y las nuevas condiciones espirituales permitidas por la glasnost, hay hechos como la reciente decisión, tomada en presencia del Canciller de Alemania Federal, Helmut Köhl, de liberar antes de diciembre de este año de 1988 a todos los presos políticos de la URSS.

Pero volvamos a nuestro asunto polaco. Pienso que, a pesar de la ya descrita diplomacia de Gorbachov, éste debería intentar por alguna vía legítima y no autoritaria influir en el gobierno polaco para una solución favorable a los intereses de «Solidaridad», que son los mismos intereses de la clase obrera. La perspicacia de Gorbachov está en la obligación de descubrir en Solidaridad eso que llamo «movimiento sindical objetivamente socialista»; y la realización de ese socialismo en Polonia, que nada tendría de estalinista ni de *ancien régimen*, es algo que por fuerza y por convicción debe interesar en grado sumo a todos los conductores de la perestroika y la glasnost. Pero en el caso polaco hay una circunstancia muy particular. Desde hace siglos, los rusos están

en deuda con los polacos. Prácticamente desde los tiempos de Iván el Terrible, se ha convertido en tradición el que cada cierto tiempo el pueblo polaco sea invadido por las tropas rusas. Marx, por cierto, advirtió en numerosas cartas y escritos diversos este fenómeno y lo denunció con pasión, como si él mismo fuera un polaco. En 1863, cuando ocurrió una insurrección polaca contra los anexionistas rusos, escribió una encendida *Proclamación en favor de Polonia*, y en 1867, año de la publicación de *El Capital* (vol. I), escribió un incendiario *Discurso sobre Polonia*, que pronunció ante un auditorio de obreros. Si a estos documentos añadimos las numerosísimas referencias al caso que hace en su epistolario con Engels, tendremos un minucioso recuento de las intervenciones rusas en Polonia. Un solo caso, patético, lo dice todo: el gran pianista y compositor polaco Federico Chopin. Hijo de francés y de polaca, desde niño se acostumbró a los modales finos de la aristocracia espiritual (ya que no material, porque era una familia relativamente pobre).

En sus cartas juveniles a su amigo Titus, le habla de la soldadesca rusa que tenía la pretensión de imitar los modales finos de los buenos aristócratas de Varsovia, y no demostraban otra cosa que prepotencia y vulgaridad. Cuando Chopin viajó a Viena, donde por primera vez se presentó en el extranjero, compitiendo, por cierto, nada menos que con el *Prometeo* de Beethoven, después de un tiempo tuvo que regresar. Pero cuando llegó en su coche de posta a Stuttgart y leyó la prensa, se enteró de una nueva invasión rusa a su país. Impotente como era para la lucha física, enfermo desde joven, no escogió otro medio que tomar el camino de París, no sin antes arrojar contra el suelo, indignado, el periódico. Ya en París se mezcló con revolucionarios polacos y, aunque siempre conservó la aristocracia de sus modales y sus gustos, igualmente conservó el fervor revolucionario por su patria, y compuso numerosas mazurcas y polonesas que son extraídas de lo más genuino del genio popular polaco.

El movimiento conducido por Walesa ha sabido resistir durante años el difícil estado de la proscripción y la represión. En sus comienzos, logró reunir a 12 millones de obreros, más los estudiantes que espontáneamente se les sumaron a esos trabajadores procedentes en su mayoría de los astilleros de Gdansk, patria chica de Walesa. Pese al Premio Nobel y a la entrevista con el Papa Wojtyla, tuvo que regresar a su puesto de electricista para poder mantener a su familia. Rechazó una oferta gringa muy típica: un millón de dólares a cambio de cortarse el bigote y promocionar una crema de afeitar. Se quedó con su bigote. Hoy, el movimiento, tal vez inspirado en lo que ocurre en la URSS, ha querido resucitar y ya ha logrado aglutinar unos 8 millones de obreros. Todo dependerá, como dijimos antes, de esa difícil mesa de negociaciones con un gobierno que no quiere ceder en su intransigencia y en su vetusta ortodoxia. Pero es un movimiento objetivamente socialista, pues lucha por lo más caro para cualquier socialista auténtico: los derechos de los trabajadores. Walesa evita ser llamado «socialista» o «capitalista» como le dijo a cierto fastidioso periodista, «porque esas son palabras demasiado largas...».

Cuando reviso este retoque final a mi ensayo, leo en la prensa las más recientes declaraciones de Gorbachov, que transcribiré sin comentarios: «Ya es tiempo de que los ciudadanos dejen de hablar de las reformas de la perestroika y de que comiencen a actuar. La sociedad se ha comprometido en reuniones durante demasiado tiempo. Las reuniones, las consignas y las críticas deberían ser seguidas de los actos. Es esencial traer de vuelta al individuo a la esfera económica y a los procesos políticos, *y eliminar la alienación individual* de la propiedad de la producción y de los procesos culturales» (30 de octubre de 1988).

3. *«Perestroika» y «Glasnost»*

Siguiendo con nuestro método de analizar situaciones particulares antes de formular la utopía, vamos a tocar ahora el tema de las recientes reformas, o revoluciones, que están teniendo lugar en la URSS. En la segunda parte hablaremos de otros países socialistas del Pacto de Varsovia. Por cierto, quiero adelantar algo sobre eso de la «utopía»; yo no formularé al final de estas páginas un proyecto utópico irrealizable, sino concreto. Karl Mannheim llamó a esto «utopía relativa», en oposición a la «absoluta» o irrealizable; el polaco Kolakovski la llamó «utopía revolucionaria» y Herbert Marcuse, pocos años antes de su muerte, la bautizó como «utopía concreta». Yo me he leído el libro de Mijail Gorbachov sobre la Perestroika (*Perestroika: el pensamiento de un estadista cabal*, Cali, Colombia, 1987) y me he encontrado con las siguientes definiciones: la «perestroika» es la reestructuración o apertura en el orden material y la «glasnost» es lo mismo, pero en el orden espiritual, el de la conciencia. En cuanto a la perestroika, escribe Gorbachov: «La Perestroika no es un capricho por parte de algunos individuos ambiciosos o de un grupo de líderes. Si fuera así, ni exhortaciones, ni reuniones plenarias, ni siquiera un Congreso del Partido hubieran podido reunir al pueblo para el trabajo que estamos haciendo ahora y que involucra cada día más al pueblo soviético» (p.15). Esto es muy importante, por cuanto las agencias noticiosas nos transmiten la idea de que la perestroika es una idea particular de Gorbachov, debido a su juventud (tiene 56 años) y a sus «acerados dientes». Lo mismo ocurre con la «glasnost», y aquí quisiera hacer énfasis. La glasnost es la reestructuración espiritual, de la conciencia: la libertad de opinión, la venta de libros de toda clase en las librerías, la libertad de los científicos y los poetas. Recientemente, con motivo del VII Festival de Teatro, estuvieron en Caracas unos

teatreros soviéticos y declararon lo siguiente: «Nosotros no sabemos qué hacer con la glasnost. Antes, al menos, sabíamos *lo que teníamos que hacer*. Ahora podemos hacer lo que nos da la gana, y eso nos plantea un problema muy difícil». Es una manera humorística de decir que ahora sí tienen libertad, y que la libertad es difícil, mucho más difícil que la opresión. El Che Guevara, en su libro *El socialismo y el hombre en Cuba*, insistía mucho en esa creación de conciencia revolucionaria. Para él, lo primero era «crear al hombre del siglo XXI» y para él, los poetas y los artistas (de su tiempo, 1964) cubanos estaban retrasados con respecto a la revolución. Les reprochaba amargamente seguir los dictados del «realismo socialista» soviético. En una conferencia (ver Anexo) que yo di en el Aula Magna de la UCV, con motivo de los 11 años del asesinato del Che (pues fue un asesinato de la CIA, perpetrado a través de un boliviano llamado Gary Prado), dije estas cosas, y la delegación soviética se retiró; por su parte, los miembros del PCV me dijeron: «¿Por qué ha dicho usted estas cosas?». A lo que yo respondí: «Pregúntenselo al Che. Yo no he hecho más que citarlo».

Por eso yo le confiero tanta importancia a la Glasnost como a la Perestroika. Ahora se puede leer a Bujarin, a Trotski, y uno se los encuentra en las librerías. A este respecto, mi amigo el historiador Manuel Caballero ha dado unas declaraciones donde dice que «la perestroika es una rehabilitación de Nicolai Bujarin». De acuerdo. El libro de Bujarin *Materialismo histórico* está dentro de la línea de Gramsci, y también dentro de la línea de Trotski. También estoy de acuerdo en lo que dice Caballero, a saber: si el sucesor de Lenin hubiera sido Trotski, las cosas habrían sido muy diferentes, pues Trotsky no sólo era astuto y zorro como Stalin —creó el Ejército Rojo— sino que además era INTELIGENTE, y un gran escritor, cuyas apreciaciones sobre el arte y la política tienen hoy en día plena validez. Lenin escribió en su testamento: «No quiero que mi sucesor sea José Stalin, pues Stalin es de temperamento demasiado brutal». Pero Stalin

se adueñó del poder. Y no contento con eso, empezó a fusilar gente. A Bujarin lo fusiló en 1938, y a Trotski lo mandó a matar por un tal Ramón Mercader en Coyoacán, México, en 1941. En lo que difiero de Caballero es en su afirmación de que la perestroika o la glasnost no podrían nunca consistir en una rehabilitación de Trotski. Aparte de que los libros del «profeta armado» ya están en las estanterías de la URSS, yo pienso que Gorbachov, como hombre inteligente, sabrá rehabilitar un hombre que, junto con Bujarin y Gramsci, deslastraron al marxismo de toda esa pesada carga dogmática de las «tres leyes de la dialéctica», de origen engelsiano. Para ellos no habría, como en efecto no lo hay, materialismo «dialéctico», sino materialismo histórico. Marx, en su *Prólogo* a *El Capital*, habló de «mi método dialéctico», pero esto no quería decir —lo dice la misma palabra «método»— la construcción de un «sistema» *ad usum philosophorum*, como el que pretendió crear Engels en su *Dialéctica de la Naturaleza*. Por otra parte, en principio, la perestroika no es un asunto exclusivamente soviético.

Lo cierto es que la Glasnost se está efectuando realmente. Un dato significativo: un grupo de rockeros fue en estos días a Leningrado a cantar para celebrar la glasnost y la perestroika. Esto es una manera juvenil de expresar la voluntad de Gorbachov acerca de un desarme nuclear, que hasta ahora se ha logrado realizar sólo con los misiles de no largo alcance; es decir, los emplazados en Europa. Pero creo que Gorbachov, si es consecuente en el aspecto diplomático de la perestroika y si cambia la agresividad política y diplomática de los Estados Unidos, terminará por lograr la eliminación de *todas* las ojivas nucleares (que se calculan en unas 50.000), incluyendo los misiles interoceánicos y también, de paso, esa extravagante «guerra de las galaxias» iniciada por Ronald Reagan, y a la cual los soviéticos suelen responder con la consigna: «paz en las estrellas». Pienso que la URSS ganará al fin la batalla diplomática; ya había escrito Marx: «La humanidad no se traza jamás planes cuya meta no pueda alcanzar». El

socialismo auténtico, que para mí es el socialismo basado en Marx, es una meta perfectamente alcanzable, aunque ello por ahora suene en ciertos oídos a utopía absoluta.

A menudo se ha considerado a Marx un «economicista». Es posible que haya algo de razón en ello, porque Marx se dedicó preferentemente a analizar una sociedad, la capitalista, que es *fundamentalmente económica, basada enteramente en la economía*. Pero en obras suyas como los *Elementos para la crítica de la economía política* aparecen otras determinaciones –como la religión o las relaciones provenientes de la nobleza de sangre– que resultan a veces más básicas que la economía. Tal vez por eso escribía Lukács hacia 1923, en su libro *Historia y conciencia de clase*: «Lo que diferencia esencialmente al marxismo de la conciencia burguesa no es el énfasis en los factores económicos en la explicación de la historia, sino el punto de vista de la totalidad». No voy a explicar aquí la diferencia entre la «totalidad» de Marx y el postulado de Hegel: «Sólo el todo es la verdad». (El lector puede consultar mi libro *De lo uno a lo otro*, UCV, 1974). Hay mucha confusión en esto, en parte porque el propio Lukács al principio renegó de su libro, y éste por desgracia (pues fue uno de sus mejores libros) no vino a reaparecer sino en edición francesa, varias décadas después y con un sospechoso prólogo exculpatorio de Lukács: sin duda, había atacado a un dogma, y se creyó obligado a autocobrarse la «culpa».

La perestroika incluye básicamente los siguientes aspectos: 1) Mijail Gorbachov había sido elegido Secretario General del Partido poco antes del llamado «proceso de abril». Con Gorbachov, que nació en 1931 e ingresó al PCUS en 1951, se interrumpió la tradición gerontocrática o «arcontado» del poder soviético: el último «viejo» había sido Constantin Chernenko, aunque habría que hacerle justicia a Yuri Andropov, verdadero iniciador de la perestroika y que propiciaba el retiro soviético de Afganistán, que Gorbachov cumplió. 2) Cuando Gromyko

presentó la candidatura de Gorbachov ante la plenaria del PCUS, lo definió con frase bifronte: «De sonrisa amable y dientes de acero». 3) En el Pleno de Abril de 1985, al decir de Gorbachov, no se acordó «un lavado de cara sino un cambio drástico». 4) Se trataba, dice Gorbachov, «de hacer una revolución» y de «darle un nuevo rumbo a la sociedad socialista y al país». 5) La política de transformación iniciada en el Pleno y consolidada en el XXVII Congreso del PCUS, 1987, aprobó lo que según Gorbachov, era tal vez «el programa más importante de reformas económicas radicales que se ha intentado en nuestro país desde que Lenin propuso en 1921 su Nueva Política Económica (NEP)». Reforma que implica un sacrificio del colectivismo forzado. 6) La revolución económica de la perestroika incluye la autogestión y la independencia de las empresas y asociaciones, al tiempo que una progresiva disminución de la dirección centralizada de las actividades productivas, una planificación sin autoritarismo y el paso a la contabilidad de costos y autofinanciamiento de las empresas; así como cambios en el sistema de fijación de precios y nuevos mecanismos financieros y crediticios; estímulo y producción del *trabajo individual* en la agricultura a través de cooperativas o contratos colectivos, familiares y de arriendo o alquiler; dependencia de los ingresos de los empleados y trabajadores del rendimiento personal y del resultado final de la producción. Como dice Gorbachov, «es como si de todo el socialismo estuviera saliendo a la luz todo aquello que permaneció dolorosamente oculto durante largos años de silencio».

Lo de la «libre individualidad» y la «libertad de las conciencias» está tomado directamente del programa diseñado en los *Elementos para la crítica de la economía política* de Marx. Yo estoy seguro de que Mijail Gorbachov tiene que haberse leído ese libro, cuya traducción al ruso, por cierto, nunca fue autorizada por Stalin; sólo se permitió la edición del manuscrito en la MEGA en alemán (1939). En ruso aparecieron cuando el «deshielo» de 1956, iniciado por Nikita Jruschov (y luego seguido

de un «endurecimiento», una vuelta al estalinismo). En su libro, Marx nos dice que la futura sociedad socialista deberá promover el «desarrollo universal» *(allseitige Entwicklung)* de los *individuos*, única manera de acabar con la «alienación universal» *(allseitige Entäusserung)*. Para un poeta, para un artista, esto es fundamental. Yo no niego que en regímenes autoritarios se hayan dado grandes poetas y artistas; pero cuando hay ese fulgor de libertad social, como en el Renacimiento italiano, los artistas y los poetas adquieren un poder especial. Todo esto está muy bien contado en dos libros sabrosísimos de leer: la clásica *Cultura del Renacimiento italiano*, de Iacob Burckhardt, y la *Vita* o autobiografía del más grande orfebre y aventurero multifacético que ha existido: Benvenuto Cellini.

También está dentro del programa de Gorbachov –o, mejor dicho, de su equipo, pues, según vimos *supra*, el líder afirma que las reformas no son una pura idea suya, sino de un nuevo equipo– y una cosa muy importante: la autogestión obrera. No es una casualidad, por ello, la reciente visita amistosa de Gorbachov a Yugoslavia, y nada tendría de raro que, con el correr del tiempo y si las reformas se realizan, Yugoslavia abandone su viejo recelo hacia el Pacto de Varsovia y entre a formar parte del bloque socialista, ya que algo típico del socialismo yugoslavo es la autogestión obrera. Pero de esto hablaré en la segunda parte.

La reestructuración en el campo militar y político también se está dejando ver. En primer término, ahí está la efectiva retirada de las tropas soviéticas de Afganistán, lo que borra de la faz de la URSS todo carácter «imperialista» y toda comparación con la guerra imperialista de los Estados Unidos contra Vietnam, que afortunadamente —y como gran lección histórica— terminó en el más estruendoso fracaso. En el plano que podríamos llamar la guerra diplomática, Gorbachov le dio verdaderas lecciones al gobierno republicano de Ronald Reagan. Gorbachov, con admirable insistencia, ha logrado ya parcialmente el desarme

al ganar la batalla por la eliminación de los misiles atómicos de pequeño alcance. Pero su deseo es mucho mayor: va a la incapacitación de todo el arsenal nuclear del mundo, empezando por el de los Estados Unidos. Se calcula que actualmente hay unas 50.000 ojivas nucleares. Tal vez próximamente, se podrá empezar a hablar del desarme total.

Ya hemos señalado algunos de los aspectos económicos de la reestructuración de Gorbachov y la resurrección de la Nueva Política Económica (NEP) iniciada por Lenin en 1921 y luego brutalmente cortada por Stalin. Lo esencial de esa nueva economía es un regreso a la economía de mercado. Ahora bien, aquí hay que salirle al paso a un ataque por parte de los ideólogos del capitalismo. Ellos, en medio de su simpleza, confunden esa vuelta al mercado con una presunta «vuelta al capitalismo» y también como «una demostración de la derrota de la política económica socialista». Pero esto no es más que una ilusión, un espejismo. Marx había puesto como condición para el surgimiento de un *verdadero* socialismo una superación de la economía de mercado; pero «superación» debe entenderse como un paso, largo o corto, por la economía de mercado, pues sólo así se dan las condiciones objetivas para el nacimiento de la economía *verdaderamente socialista*.

Ahora bien, por no seguir la NEP, la URSS cayó en un falso socialismo, una caricatura, que es lo que caracteriza toda la era estaliniana, con o sin Stalin. Se basó la economía en el poder de la clase burocrática, cuyo poder ideológico fue inmenso, y que sólo ahora, con Gorbachov, lentamente ha comenzado a desaparecer. Ya no existe el *dictamen* del Premier y el *dictamen* subalterno, pero muy efectivo, de la burocracia. Todo esto lo hace convertirse en una verdadera reestructuración material o «perestroika». Gorbachov es un gran diplomático, y está tratando de realizar este cambio fundamental «sin traumas». Como diría Goethe, *ohne Gast, ohne Rast*, «sin prisa y sin pausa». No se trata, pues,

de un regreso al capitalismo, ni mucho menos una derrota del socialismo (aunque sí del viejo «socialismo»), ni mucho menos de un triunfo del capitalismo; se trata, por el contrario, de una profundización del socialismo, o mejor aún: del comienzo de la realización de la utopía concreta diseñada por Marx en sus *Elementos para la crítica de la economía política*. El comienzo es halagador, pues la reestructuración alcanza a todo el aparato productivo y a las relaciones de producción. Se anuncia así en verdad el paso hacia un nuevo modo de producción, el socialista. Ya veremos en un parágrafo posterior qué diferencias hay entre «socialismo» y «comunismo».

Quedan por dilucidar un par de asuntos relacionados con la perestroika. Hay dos tipos de opiniones sobre las reformas estructurales. Ambas tienen sus bemoles. La primera es aquella según la cual este avance socialista no es sino una parte del avance general del mundo entero –el mundo como totalidad, que es algo existente desde que nació el capitalismo, y que hoy se acentúa más con las comunicaciones vía satélite– hacia un tipo de modo de producción superior, del cual participarían tanto el socialismo como el capitalismo. Habría que precisar los términos. Yo pienso que ese nuevo modo de producción consistirá en la realización del verdadero socialismo, y que si el capitalismo entra en esa nueva fase, será a costa de morir como capitalismo. Al menos, así lo preveía Marx. Ahora bien, como también lo dijo Marx, *el socialismo en su fase superior*, para realizarse completamente, tendrá que ser mundial, y convertirse en *comunismo*.

El segundo asunto es el que concierne a la *voluntad* de los hombres y de sus dirigentes para la realización de esas transformaciones; la revolución no va a venir por sí sola: hay que crearla, o mejor dicho, hay que ayudar a la historia a parir. Gorbachov habla de esto en todo su libro y por eso afirma que su idea no es de él sino de un grupo de hombres dotados de voluntad y eficiencia para empeñarse en un cambio revolucionario.

No se trata, pues, como muchos marxistas creen, de que la Historia (en mayúscula), se encargará ella sola, como si fuese una entidad o una deidad personal, de realizarse. Una vez dijo Fidel Castro, en los comienzos de la Revolución Cubana, que «no hay que sentarse en el quicio de las puertas de las casas a esperar a que pase el cadáver del capitalismo». La Historia, por sí sola, no es nada, no es ninguna potencia, y sus reglas sólo pueden ser establecidas *a posteriori*. (La llamada «futurología» no parece tener mucho éxito científico: a lo sumo, es un fantasma hegeliano). Ya Gramsci, que rechazaba el voluntarismo a secas, lo decía. Y Gorbachov insiste todos los días en que la revolución se hará mediante la voluntad de quienes quieren hacerla. Y la cosa ha empezado por una poda: en estos días el que fuera yerno, secretario y Jefe de la Policía secreta de Breznev, Yuri Churbanov, ha sido condenado por corrupto, por recibir dinero y joyas para ejecutar «algunas cosillas». Y la poda ha comenzado también por podar la burocracia antigua y muchos viejos dirigentes, poda que Gorbachov y su equipo van realizando «sin prisa y sin pausa».

Quedan por aclarar algunas cosas relativas a la perestroika. En primer lugar, lo referente a la «vuelta al mercado». Aunque en el parágrafo 5, al final de esta parte, dedico varias páginas a este tema y lo vinculo con el pensamiento de Marx, vale la pena adelantar algo. La economía soviética siempre ha sido una economía mercantil y monetaria. Esto era verdad para la era de Stalin y sigue siendo verdad en la nueva era. Pero hay ahora una diferencia específica, que se refiere al modo de propiedad. Mientras en la era estaliniana el control y la planificación estatales se extendían a todo el ancho campo de la propiedad, en esta nueva «vuelta al mercado» suceden dos cosas: en primer término, una disminución drástica del control estatal, y en segundo término, la reducción del control tan sólo a la pequeña y mediana propiedad. Es una diferencia notoria. La economía tiende a liberarse y a independizarse del antiguo, rígido y omnímodo control del Estado y de un sistema de planificación que no sólo no era el más

conveniente, sino que era aplicado a la fuerza como un dogma. Evocar aquí a Marx tiene el sentido de que éste siempre fue partidario de que la realización de la revolución socialista debía tener como precondición necesaria el paso por una economía capitalista, única forma de superar a ésta: asimilándola. En lo que se equivocó Marx fue en los plazos, porque por un lado no previó que ese paso tardaría en llegar mucho más de lo que él suponía, y en segundo lugar, que el desplome del capitalismo no sería tan fácil ni tan rápido como él anunciaba. Pero no se equivocó en la base de su teoría sobre el surgimiento del socialismo, al menos en lo referente a que éste debería pasar por una etapa capitalista o de liberalización económica como la que ha emprendido ahora la Unión Soviética. En cuanto al capitalismo, éste ha demostrado ser mucho más fuerte y duradero de todo cuanto predijo Marx. Lo cual no significa que este modo de producción sea «eterno» ni pertenezca a la «condición humana», como suelen decir sus ideólogos, tapando con un dedo el hecho evidente de que todo modo de producción es *histórico* por definición y que, por tanto, siempre será *superable*, tal vez no debido a fuerzas externas al sistema sino a tendencias que tarde o temprano se desarrollarán dentro de él y que terminarán por derrumbarlo. El capitalismo es una supervivencia, un estertor; el socialismo es un futuro que *apenas ahora comienza a realizarse*. Por supuesto, el socialismo y su postrera etapa comunista es también un modo de producción y, como tal, habrá de desaparecer como todos los anteriores. Pero en este momento es casi puro futuro. Como insistiré más adelante, este futuro tiene que ver directamente con Marx (véanse las 21 tesis finales).

Ahora bien, la economía soviética actual está pasando por un momento difícil que ha obligado a Gorbachov a tomar decisiones rápidas y drásticas. En primer término, está el déficit presupuestario, que se calcula para 1989 en unos 58 mil millones de dólares (36 mil millones de rublos), cantidad respetable dentro del presupuesto general, que alcanza los 804

mil millones de dólares. El Ministro de Finanzas, Boris Gostev, acaba de reunir a los 1500 miembros del Soviet Supremo para urgirlos a tomar medidas y planificar ese presupuesto y diseñar un plan de desarrollo acorde con él. Así, se ha comenzado por considerar la eliminación de numerosas empresas y granjas que carecen de productividad real. El panorama presentado por el Ministro Gostev fue realmente sombrío, pues también habló de una marcada escasez de viviendas, de alimentos que no llegan en buen estado a los comercios, de trenes repletos durante las vacaciones y de «grandes volúmenes de tecnología» no utilizada o subutilizada. Por otra parte, en la URSS ha sido tradicional el darle prioridad al desarrollo industrial *pesado*, y ahora en cambio se propone darle prioridad al sector del consumidor, que según recientes estimaciones habrá de crecer en 1989 a un ritmo 2,3 veces más rápido que el de la industria pesada. «Tenemos que aprender a vivir de acuerdo a nuestros ingresos», dijo el Ministro, quien añadió que el déficit para 1989 representa un 7% del total del presupuesto.

En este sentido, la perestroika de Gorbachov está tomando diversas medidas tendientes a diversificar la tecnología ya creada y a la importación de ciertas tecnologías existentes en la Europa occidental. Así, el líder soviético ha iniciado fructuosos contactos con diversos gobiernos europeos, no sólo para que éstos le exporten la tecnología ligera que necesita la URSS para acelerar su producción, sino concretamente para que le concedan créditos. Hasta el momento ha logrado concertar créditos por el orden de los 8.000 millones de dólares, procedentes en su mayoría de Europa occidental. Por cierto que esto ha sido visto con ojos maquiavélicos por el tradicionalmente torpe gobierno estadounidense, que ha echado a rodar la especie de que la URSS está pidiendo esos créditos, no para aumentar su productividad económica, sino para aumentar su arsenal nuclear. El Gobierno de EEUU por lo visto cree que todo el mundo actúa por los mismos intereses que guían a los Estados Unidos. Pero la URSS

está bien pertrechada desde el punto de vista del armamento, aunque no gaste tanto en ello como los Estados Unidos. Su preocupación es más bien la contraria: agilizar una diplomacia mediante encuentros-cumbre para desnuclearizar el mundo entero. Pues las cifras son aterradoras. Según leo en el reciente libro de Simón Alberto Consalvi *La paz nuclear: ensayos de historia contemporánea*, Monte Ávila, Caracas, 1988): «Los costos del armamentismo mundial son tan descomunales que ya son casi familiares. Para 1985 los gastos militares totales ascendían a más de 650 mil millones de dólares. Esto representa más que el ingreso total de 1.500 millones de personas en los cincuenta países más pobres (y casi el monto total de la deuda de todos los países del Tercer Mundo; nota de L.S.). Las Naciones Unidas han publicado numerosos estudios sobre las implicaciones de la carrera de armamentos, con énfasis en las armas nucleares, donde se demuestra que la antigua teoría según la cual los gastos militares contribuyen al crecimiento económico del país está más cerca del sofisma que de la verdad» (p.23).

Esta última observación es de primera importancia. Quiere decir que es mentira la famosa eficiencia económica de la llamada «economía de Guerra», tesis ya obsoleta pero muy defendida por los teóricos e ideólogos norteamericanos, todavía hoy. Ninguna guerra, sobre todo en nuestro siglo XX, se puede justificar diciendo que se la realiza en pro del crecimiento económico. El costo humano ha sido espantoso. El ya mencionado Consalvi (p.26) nos recuerda que «desde Waterloo (1815) hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914), no murieron en batalla más que 2.5 millones de soldados, mientras que la población civil resultaba, por lo general, ilesa. El progreso de las ciencias cambió las cosas: cien millones de personas murieron en dos conflictos, en sólo tres décadas del siglo XX, desde 1914 hasta 1945». Y más abajo Consalvi advierte: «Nuestra época se caracteriza, pues, por los peligros más graves para la civilización y, también, por la mayor disponibilidad de medios para prevenirlos, sin capacidad

para conciliar ambas situaciones, excepto por los equilibrios de terror o por la dominación pura y simple». A un hombre que ama y quiere la paz, como Mijaíl Gorbachov, no le queda por eso otro remedio que mantener ese «equilibrio de terror» que es el mismo a que aludía ya hace años Herbert Marcuse en la primera página de su libro *El hombre unidimensional* cuando escribía: «Hoy, la paz se perpetúa sobre el peligro». Y no le quedará otro remedio que seguir la vieja divisa: *si vispacem, para bellum*, mientras sus increíbles gestiones diplomáticas no logren el milagro de convencer a EEUU de la necesidad y la urgencia del desarme nuclear total. Pues, además del riesgo mismo de la confrontación bélica, existe un peligro que actualmente es aún más grave y urgente: el de los accidentes nucleares, que tanto la URSS (caso de Chernobyl) como los EEUU (caso de las «tres millas», etc.) ya han comenzado a sufrir en carne propia. Sobre todo el accidente de Chernobyl demostró el altísimo poder contaminante de lo que debería en principio considerarse como un simple escape de radiación, dada la monstruosa proliferación de plantas nucleares en el mundo.

Yo creo, para finalizar, que Gorbachov es sincero en sus propósitos, y que es falso que desee el aumento canceroso del poderío nuclear de la URSS: simplemente, por el momento, no tiene otra salida para preservar la paz mundial. Este es uno de los aspectos más importantes de la novedosa perestroika, que incluye un gigantesco esfuerzo diplomático pero también, por el momento, un inmenso esfuerzo económico para lograr que, pese al obligado gasto en armamentos, se alcancen la tecnología y el dinero necesarios para mantener o aumentar la productividad de la URSS en lo relativo a todos aquellos bienes o productos que mejoren la calidad de la vida de los individuos, y pueda hacerse realidad el viejo sueño de Marx hoy resucitado por la glasnost: el «desarrollo universal de las individualidades», que sería la definitiva superación de la vieja era, y condición *sine qua non* para la revolución socialista en ciernes.

4. *La importancia de la «Glasnost»*

Si la perestroika tiene importancia vital, no menos la tiene la glasnost. Así como la perestroika significa reestructuración en el plano material, la glasnost es reestructuración en el plano espiritual, el plano de la libre individualidad y las conciencias. La palabra «glasnost» significa literalmente «transparencia», de modo que se trata de una analogía o una metáfora para designar un nuevo tipo de claridad intelectual.

La glasnost se ha desarrollado en la URSS y en algunos otros países socialistas, por ejemplo Hungría, de un modo mucho más rápido que la perestroika. La reestructuración del aparato productivo, así como lo referente al plano político y militar, implican forzosamente una mayor lentitud. En cambio, la glasnost se ha desarrollado rápidamente, aunque, hay que decirlo, no totalmente.

Si observamos el fenómeno libresco lo veremos claramente. En la URSS ahora se puede leer todo lo que antes estaba prohibido leer y circular como no fuese de modo muy clandestino y peligroso. Algunos autores eran prácticamente inencontrables. Para poner sólo dos casos de rehabilitación, podemos citar las obras de Bujarin —fusilado por Stalin en 1938 y luego proscrito— quien ha sido plenamente rehabilitado, y están en todas las librerías. Esto significa un gran paso, porque en obras como el excelente manual *Materialismo histórico*, Bujarin asume la gramsciana posición que sostiene la existencia, en Marx, de un materialismo histórico, pero no de un «materialismo dialéctico», el famoso *Diamat*; Bujarin destruye la idea engelsiana y posteriormente estaliniana, de las famosas «tres leyes de la dialéctica», que convertían en un *sistema* omnicomprensivo de todo el universo

histórico y natural lo que en Marx no era sino un *método*, y que él llamaba «su método dialéctico»: un instrumento o vía para comprender a la *historia* desde el punto de vista de la lucha de clases; con lo cual convertían la doctrina de Marx en una de esos antiguos sistemas *ad usum philosophorum*. Aparte de sus ideas políticas, semejante posición teórica de Bujarin tenía que irritar profundamente a Stalin y sus sucesores, incluidos los del famoso «deshielo» aparentemente antiestaliniano de 1956, cuando el 20avo Congreso del PCUS.

Igual cosa ocurre con León Trotski, mandado a asesinar por Stalin en 1941, en su casa de Coyoacán, México, donde Trotski vivía su destierro. A pesar de haber sido Trotski el creador de ese Ejército Rojo mediante el cual los rusos pudieron vencer a los alemanes en la segunda guerra mundial, no sólo fue desterrado sino que todas sus obras fueron proscritas. Actualmente son plenamente accesibles al público. Recientemente, como creo haber dicho antes, se abrió en Moscú una enorme exposición pública de todos los «libros y documentos secretos» de la era estaliniana. Allí figuran libros sobre Bujarin y sobre Trotski, así como sus propias obras, amén de documentos antes secretos sobre cosas como el antisemitismo en la URSS.

Escribe Gorbachov en su libro: «La democratización de la atmósfera de la sociedad y los cambios sociales y económicos (perestroika) están ganando impulso debido grandemente al desarrollo de la *glasnost*» (ob.cit., p. 72). Esta afirmación es muy importante, y representa un giro de 180 grados con respecto a la era anterior. En la era estaliniana (entendiendo por tal lo que va desde Stalin hasta Chernenko) se daba por «marxista» una teoría que jamás pasó por la mente de Marx. Según esta teoría, la superestructura social —compuesta de dos elementos: la cultura y la ideología, que son antagónicos— no sería sino un mero «reflejo» del desarrollo de la estructura material. Es la famosa y malhadada «teoría del reflejo» introducida por Engels y repetida

por todos los manuales soviéticos de marxismo, esos mismos de los cuales se burlaba Lenin. Por tanto, había que esperar a que se desarrollase el aparato productivo material para «luego» poner atención a cosas como la conciencia, la libertad, el arte, la ciencia; es decir, la *cultura*. Nada más falso ni más ajeno al pensamiento de Marx. En los *Elementos para la crítica de la economía política* dice claramente (véase el próximo parágrafo) que una precondición para el desarrollo de la sociedad es la creación de un *hombre nuevo*, dotado de conciencia e individualidad propias, dotado de libertad interior. (Lo mismo dijo, en época tan lejana como 1964, Ernesto Che Guevara, cuando reprochó amargamente a los intelectuales y artistas que no estuviesen a la altura de la revolución; el Che Guevara también habló por eso de un «hombre nuevo», que él llamaba «el hombre del siglo XXI». (Sobre esto, ver al final el Anexo). Por cierto, que el Che también les reprochaba a los artistas el sometimiento a «las normas congeladas del realismo socialista», lo que no dejaba de ser una «herejía».

Según Gorbachov, la glasnost debe comenzar por un acceso a la información, no sólo por parte del pueblo en general, sino del propio Partido. Dice así: «La nueva atmósfera quizá más vívidamente se manifiesta en la *glasnost* (transparencia informativa). Queremos más apertura en los asuntos públicos en cada esfera de la vida. La gente debe saber qué es bueno y qué es malo, para poder multiplicar lo bueno y combatir lo malo. *Así es como deben hacerse las cosas en el socialismo*. Es importante estar informado de todo lo que es positivo y constructivo, para utilizarlo, para ponerlo en posesión de todo el pueblo, de todo el Partido; para que los retoños de esas nuevas actitudes puedan ser usadas en la *perestroika*. La verdad es lo principal. Lenin dijo: ¡más luz! ¡Dejen que el partido sepa todo! Como nunca antes, necesitamos que no haya rincones oscuros, donde el moho pueda reaparecer y en donde todo aquello contra lo que hemos iniciado una resuelta lucha pueda comenzar a acumularse.

Por eso debe haber más luz» (p.71). Esto es lo contrario de lo que ocurría en la era anterior, cuando el pueblo estaba carente de información y el Partido mismo no conocía el verdadero estado de sufrimiento en que se encontraba gran parte de ese pueblo. Es necesario ahora, es imperativo de la glasnost echar luz e información sobre todos los asuntos de interés público. El equipo de Gorbachov ha comenzado por hacer justicia de todas las corruptelas anteriores. Ya citamos el caso del secretario de Brezhnev, quien aceptó sobornos en dinero de policías que querían ser ascendidos y realizó otros «favores» a cambio de valiosas joyas; ese hombre está siendo hoy sometido a la justicia y seguramente será condenado.

Por cierto que el equipo de Gorbachov, según lo expresa éste mismo en su libro, está empeñado en lograr una de las cosas más difíciles que existen: *un equilibrio entre justicia y legalidad*, hasta ahora casi inexistente en ninguna sociedad, al menos de una forma regular y oficialmente establecida. Ya sabemos que no es lo mismo legalidad que justicia. Se puede llevar a cabo una sentencia legal que en sí misma sea injusta, como cuando el juez tiene que dejar en libertad a un criminal del cual hay evidencias y hasta confesiones firmadas; el abogado defensor se vale de algún tecnicismo «legal», según el cual la evidencia no está totalmente probada y por tanto la confesión carece de valor jurídico: así, al liberar al criminal se procede legalmente, pero se comete una injusticia. O puede ocurrir lo inverso: que se haga justicia ilegalmente, como en el caso de la condena a cadena perpetua del criminal nazi de guerra Klaus Barbi («el carnicero de Lyon»), cuando se hizo justicia, pero ilegal, puesto que Barbi, quien fue secuestrado ilegalmente (por la policía francesa, con pago de dinero) de Bolivia y cuya nacionalidad era boliviana, fue juzgado por un tribunal francés *ad hoc*. Y en fin, hay casos como el del presidente Reagan, sobre el cual no recayó la justicia ni la legalidad a la hora de tenerse en cuenta *evidencias más que probadas* de su participación decisiva y directa en el feo y triste

asunto conocido como *Irangate*. Tanto en el aspecto legal como en el de la justicia, míster Reagan debería estar hoy en la cárcel.

En la glasnost, el deseado equilibrio entre justicia y legalidad no es cosa tan fácil de realizar. «Al respecto, como en todo lo demás, estamos comenzando», dice Gorbachov. Hay todavía que superar viejos intereses de personajes de la antigua era aún enquistados en puestos de poder. Pero no deja de ser una esperanza la voluntad que demuestran los actuales dirigentes de la URSS en realizar ese ideal. Es difícil realizarlo, pero en esto no se diferencia de todos los otros aspectos de la prospección de Marx; es decir, constituyen una utopía concreta, realizable. Sólo el tiempo dirá si el camino a esa realización será largo o corto (yo creo que será largo) y si no se verá manchado de sangre. Y no lo digo por Gorbachov, cuya voluntad de pacifismo es manifiesta, sino por sus enemigos capitalistas, que no parecen parar mientes en eso del desarme total y más bien parecen propicios a realizar, en cualquier momento, un ataque atómico.

La glasnost se presenta también como un control público de las actividades de todos los cuerpos gobernantes, como lo dice Gorbachov (p.72). Este es un signo importante, porque implica un comienzo de autogestión individual y social por parte del pueblo y la efectiva participación democrática de éste en los asuntos públicos. El Kremlin, ahora, no es un recinto cerrado donde una serie de señores muy viejos dicta u ordena todo cuando hay que hacer y cómo hacerlo.

Esto afecta particularmente a los intelectuales, poetas, artistas y gente de teatro, así como a las actividades plásticas. En la plástica, cada cual puede pintar como quiera, con desdén si es necesario hacia el trillado «realismo socialista» y sin el temor de ser enviado a Siberia por «abstracto y alejado del pueblo», como le ocurrió a cierto pintor durante el período de Jruschov. En general, como dice Gorbachov, los *intelectuales* serán libres y ejecutarán sus propias e íntimas direcciones espirituales; se

ha comprendido que la libertad y el desarrollo individual son condiciones fundamentales para lograr una sociedad justa y desarrollada en todos sus aspectos. Sobre los *intelectuales*, Gorbachov hace un interesante recuento, que citaré in extenso: «Los *intelectuales* apoyaron la reestructuración (perestroika y glasnost, L.S.) con entusiasmo.

Me voy a tomar la libertad de hacer una digresión. Dedicada a los valores del socialismo, los *intelectuales*, una parte orgánica de la sociedad soviética (así se expresaba también Gramsci, L.S.) con un profundo sentido de patriotismo, es nuestro gran logro, tal vez único en su género, nuestro inestimable capital espiritual. Nuestros *intelectuales* han tenido una historia difícil. Muchos intelectuales, incluyendo los de ideas democráticas, aquellos que censuraron al régimen zarista e incluso lucharon contra él, se asustaron de la Revolución y fueron arrastrados por la ola de la emigración blanca (término general usado para aquellos que dejaron Rusia después de la Revolución de Octubre de 1917 y durante la guerra civil de 1918-1922. Algunos se hicieron ciudadanos de otros países; algunos, retornaron a Rusia. L.S.) al extranjero, donde dieron su talento y conocimientos a otros pueblos. Fue una gran pérdida para nuestra novata sociedad soviética.

Los *intelectuales*, incluyendo los intelectuales del Partido Bolchevique, sufrieron enormes, a veces irreparables pérdidas, a causa de las violaciones de la legalidad socialista y de las represiones de los años treinta. Esto también fue un formidable golpe para el potencial intelectual del país. A pesar de todo, los intelectuales soviéticos continuaron formándose y creciendo, reflejando las leyes objetivas que gobernaban el desarrollo del socialismo y sus necesidades vitales. (El economista marxista y trotskista Ernest Mandel habló por eso hacia 1960, en su *Tratado de economía marxista*, no de "países socialistas" sino de "países en transición hacia el socialismo". L.S.). La

revolución cultural leninista (sobre todo consistente en la lucha contra el analfabetismo en los años 1920-1930 y el celo por modernizar la cultura del pueblo, L.S.), finalmente, convirtió a nuestro semiletrado o simplemente iletrado país en uno de los países más educados del mundo. Sin embargo, en el período de estancamiento (era estaliniana, L.S.), tomó forma una situación paradojal, en la cual nuestra sociedad era incapaz de usar adecuadamente su enorme potencial cultural y creativo. Nuevamente, la razón fue que el desarrollo de la democracia había sido artificialmente aminorado. Las prohibiciones de toda clase y el temor a las nuevas propuestas creativas no podían dejar de tener su efecto. Recuerdo una reunión de Junio de 1986, con el personal de la maquinaria estatal del Comité Central del PCUS. Se refería a la *perestroika*. Tuve que pedirles que adoptaran un nuevo estilo de trabajo con los *intelectuales*. Ya es tiempo de dejar de dar órdenes, ya que eso es dañino e inadmisible. Los *intelectuales* han aceptado de todo corazón el programa para la renovación democrática de la sociedad. Congresos de sindicatos creativos (sociedades voluntarias de intelectuales que agrupan a escritores, arquitectos, compositores, actores, artistas, periodistas, cineastas, etc. L.S.) se han llevado a cabo. Estuvieron signados por calurosos debates. Todos los congresos apoyaron sinceramente a la *perestroika*. Los participantes se criticaron severamente a sí mismos, muchos ex-funcionarios con altos cargos en el sindicato no fueron elegidos, ni tampoco los turbulentos. En lugar de ellos, se eligió gente eminente y con autoridad para ocupar los puestos dirigentes de los sindicatos» (pp.77-78).

Nos queda ahora investigar uno de los temas más importantes de la glasnost, que es del libre desarrollo de la individualidad humana. Pero es un tema tan decisivo y lleno de matices que le dedicaremos un largo parágrafo aparte.

5. *Desalienación y desarrollo de la libre individualidad*

En este parágrafo utilizaré preferentemente los *Elementos para la crítica de la economía política* de Marx, acompañados de mis propias observaciones –hoy un tanto modificadas– escritas en mi libro *La alienación como sistema* (Caracas, 1983). También utilizaré a los dos o tres autores que han tocado seriamente este tema tratado con largueza en la ya mencionada obra de Marx. (Ellos son: Román Rosdolski, *Génesis y estructura de «El Capital»: estudios sobre los «Grundrisse»*[1*], México, 1978; Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, 1969; y en menor medida, Adam Schaff, *Marxismo e individuo humano*, Madrid, 1968).

El tema del desarrollo de la individualidad humana en la sociedad actual y en la futura es un punto axial que sustenta la osatura entera de la teoría marxista de la alienación. Pocos temas hay, sin embargo, que hayan sido tratados con más descuido e indiferencia desde el punto de vista teórico por la literatura marxológica contemporánea. Se diría que no pasan de una decena los marxistas que realmente han leído el difícil, pero rico manuscrito de los *Elementos para la crítica de la economía política*, obra que sólo vino a ver la luz, en alemán, en 1939, en las ediciones MEGA de Moscú. (Muy significativo resulta el hecho de que sólo tras el deshielo de 1956 se publicase en ruso esa obra capital. La razón es simple: ni a Stalin ni a sus seguidores *post-mortem* les interesaba que una obra tan realmente revolucionaria y tan contraria a los ideales estalinistas fuese del conocimiento del público.) Casi no se ha alzado ninguna voz de protesta por el hecho de descuidarse de esa manera, una obra que contiene lo básico de la teoría marxista de la alienación y la del desarrollo de

1 * N.T.: *Grundrisse: Elementos para la crítica de la economía política*

la libre individualidad como precondición de la desalienación.

En una parte de los *Elementos para la crítica de la economía política* dice Marx que los individuos en la sociedad capitalista (y podríamos leer: en la sociedad «socialista» desde Stalin hasta Brezhnev) se encuentran frente a una «interconexión objetiva» que, aunque ha sido creada por ellos mismos (por eso es un producto histórico, y por tanto superable), se erige frente a los individuos como un poder extraño y autónomo, un *alienum*, que tuvo su comienzo y lógicamente tendrá su fin. Sólo la ideología burguesa –añade– puede establecer la tesis filosófica de que se trata de un rasgo «originario» del ser humano. (*Elementos para la crítica de la economía política*, MEGA, Moscú, 1939, secc. I, vol. 5, p. 537). Ya en su juventud Marx se había planteado el problema con claridad, y había lanzado la pregunta decisiva: «Los individuos han partido siempre de sí mismos, parten siempre de sí. Sus relaciones son relaciones de su verdadero proceso de vida. ¿Cuál es el origen de que sus relaciones se independicen contra ellos, de que los poderes de su propia vida se hagan omnipotentes contra ellos?» (*Manuscritos 1844*, cuaderno III). La respuesta a esta pregunta es difícil, pero no imposible. En primer término, se trata de que las relaciones entre los individuos hasta ahora han sido relaciones *alienadas*. En vez de partir de ellos mismos y de su proceso real de vida, las condiciones materiales los obligan a convertir esas relaciones en entidades independientes, en poderes extraños que se vuelven contra los individuos que las crearon. Es lo mismo que ocurre con la alienación religiosa: como decía ya Feuerbach y glosó Marx tanto en sus famosas *Tesis sobre Feuerbach* como en los *Elementos para la crítica de la economía política*, se trata de la conversión del sujeto en objeto y a la inversa: la conversión del objeto en sujeto. Así, la «sagrada familia» encabezada por Dios, que se compone de creaciones de la mente humana, se convierte en sujeto de la relación, y ésta se aliena, se invierte. Una de las formas que en el siglo XX ha adquirido este fenómeno ha consistido en la fragmentación del

individuo en varios pedazos extraños entre sí. *Atomon*, en griego, era lo indivisible; por eso se tradujo al latín como *individuun*, lo que no se puede dividir. Pues bien, en nuestro siglo no sólo hemos visto la división del átomo físico, sino también la del individuo humano. Esta es una situación que hay que superar para comenzar la desalienación universal. Y es lo que la glasnost se ha propuesto desde un comienzo.

Marx nos habla en los *Elementos para la crítica de la economía política* del «desarrollo universal» de los individuos, como precondición para su desalienación. Esto implica la gestación de un hombre nuevo, omnilateral, opuesto a ese hombre «unidimensional» de que nos hablaba Marcuse, a propósito de la sociedad capitalista. Pero implica también una importante categoría: la de *totalidad*. Decía Lukács en su *Historia y conciencia de clase*, de 1923, que «más que el énfasis en los motivos económicos, lo que diferencia al marxismo de la ciencia burguesa es la categoría de totalidad». Esto implica una relación dialéctica entre individuo y sociedad. El hombre hace a la sociedad, pero también la sociedad hace al hombre. El microcosmos humano se alimenta del macrocosmos social, y también a la inversa. Sólo una sociología funcionalista del tipo *made in USA* puede sostener la absurda tesis de que la sociedad no es responsable de los actos que cometen sus individuos. Por ejemplo, ahí, todavía humeante, el caso de la horrenda matanza de mujeres y niños en la aldea vietnamita de My Lai. ¿Qué hicieron el sistema y su sociología? Pues declarar a los individuos como «disfunciones»; es decir, unos «locos» por los cuales un sistema no podía responsabilizarse. (Aunque el cine actual de EEUU se empeñe absurdamente en «rehabilitar» a esos soldados). No ocurrió así en el caso de Richard Nixon, quien por sus locuras fue obligado a renunciar a la presidencia. Pero sí ocurre así con Ronald Reagan, quien ha sido salvado de toda responsabilidad en el sucio asunto «Irán-Contras», pese a la abrumadora evidencia en su contra. Lo mismo puede decirse de los juicios sumarios y

las condenas arbitrarias a los «disidentes» en la época estaliniana de la URSS. La glasnost intenta superar radicalmente semejante postura ante el hombre y la sociedad.

¿Cómo se puede superar esa situación que hemos descrito antes, en la que las propias relaciones del hombre se alzan como un *alienum* contra él? Es preciso, apunta Marx, ante todo observar microscópica y macroscópicamente las tendencias reales de la sociedad actual en su conjunto. ¿Y qué es lo que vemos? Pues un panorama de alienación universal *(allseitige Entäusserung)*, que afortunadamente ha comenzado a ser atacado de frente en el socialismo, gracias a la acción beneficiosa de la perestroika y la glasnost. Pero al mismo tiempo (tal es la dialéctica de Marx) vemos a una individualidad humana que «está creando las condiciones de su vida social» (*Elementos para la crítica de la economía política*, p.81). Esto lo dice Marx cuando está diseñando su utopía concreta o realizable acerca del futuro del socialismo, el auténtico socialismo. En la segunda parte de este ensayo examinaré con detalle semejante utopía. Esto significa, repitámoslo, que los individuos, hasta ahora y dentro de un régimen mundial dominado por las relaciones capitalistas, al hacer su propia historia han creado en primer lugar un sistema o diorama de relaciones objetivas que luego les resultan extrañas y convertidas en poder objetivo contra ellos mismos.

El entusiasmado hombre de la Ilustración, después de un siglo de voraz producción manufacturera y basado en la Razón entendida como voluntad de transformación (razón práctica), creó un sistema universal de relaciones objetivas —el mercado mundial, la competencia, la maquinaria, la gran industria— que, a su parecer, iba a constituir la definitiva liberación de la humanidad. Pero bien pronto tuvieron aquellos hombres optimistas que percatarse de que ese sistema de relaciones objetivas se convertiría en el peor enemigo de la humanidad (bien lo sabemos en el siglo XX, con la obsesión tecnológica y

el peligro atómico), y que esa humanidad se dividiría entre los que, como clase poderosa, se aprovecharían de tales condiciones para enriquecerse a costa del dolor y el trabajo ajenos, y los que, como clase explotada, sufrirían las iniquidades de un sistema económico mundial en el que ellos no juegan otro papel que «el de bestias de carga», como dice Marx en un pasaje. Ahora bien, lo que Marx nos quiere decir es que el mismo individuo que ha creado semejantes condiciones objetivas alienantes, poco a poco tenderá a superarlas creando, sobre la humeante agonía de la alienación, las verdaderas «condiciones de su vida social»; es decir, la interrelación armoniosa entre individuo y sociedad. Un *socius* es un amigo, un colaborador. Pues bien, los individuos tienen que crear una sociedad compuesta de *socii*, de colaboradores solidarios, para sustituir una sociedad en la que el hombre era un lobo para el hombre: *Homo homini mercator*, como suelo decir, que es algo mucho más terrorífico que el viejo *Homo homini lupus* de Hobbes. Esto es lo que Marx llama la creación, por parte de individuos libremente desarrollados, de la llegada al «desarrollo universal» *(allseitige Entwicklung)* de las nuevas condiciones para su vida social. Y es lo que ahora deseo subrayar como fundamento específico de la glasnost.

Marx nos habla de estos individuos universales «cuyas relaciones sociales han quedado sometidas a su propio control colectivo y que *no son un producto de la naturaleza, sino de la historia*» (Ibíd., p.82). Esta superación de la alienación no se da, hasta el momento, en la sociedad capitalista, donde los individuos son presionados continuamente, desde su exterior y desde su interior por la avasallante propaganda *ideológica* del sistema. (Entiendo aquí por ideología su sentido estricto, que le dio Marx: un sistema de intereses destinados a pervertir y ocultar lo que realmente ocurre en la estructura material de la sociedad).

Poco importa, nos dice Marx, que un individuo *aislado* sea capaz de romper las cadenas que la sociedad le impone. Y nada

de raro tiene que la mayoría de estos individuos sean artistas o pensadores, pues en estos sujetos hay siempre más posibilidades inmediatas de «desarrollo universal», el cual ha de comenzar por una revolución *estética*, en el sentido de la sensibilidad y de la percepción, la *aisthesis*, como lo insinuó el fallecido Herbert Marcuse en dos de sus últimos ensayos (*Un ensayo sobre la liberación*, 1971, y *Contrarrevolución y revuelta*, de 1972. Véase también su ensayo póstumo *La dimensión estética*, que conozco en su edición francesa de 1979). Lo que importa realmente, según Marx, es que esa revolución estética *se extienda a la masa entera del pueblo*, y se produzca así un cambio cualitativo en la humanidad de la gente. Es lo mismo que hoy nos dice Gorbachov en su libro y a propósito de la glasnost, como vimos *supra*.

Volvamos por un momento a la pregunta inicial: ¿Cómo resolver la situación de alienación? ¿Empezando por la revolución del aparato productivo material o por la revolución de la conciencia? Mi respuesta es la misma de Marx: ambas deben realizarse paralelamente; pero si hubiese alguna duda, yo diría, en beneficio de lo dicho por Gorbachov de la glasnost, que debe dársele primacía a la transformación de las conciencias, al desarrollo universal de que nos hablaba Marx. Ahora bien, hay que responder a una pregunta: en el caso de la revolución material, que en este caso debe ser entendida como una nueva política económica de vuelta al mercado (inspirada, ya lo dice Gorbachov, en la NEP de Lenin), no podemos entender esta expresión ni como una prosternación ante la economía del capitalismo ni mucho menos como una presunta evolución natural de la economía estalinista, que al fin y al cabo era mercantil y monetaria. El primer argumento es demasiado simple y necio como para refutarlo. El segundo argumento se cae por su propio peso cuando recordamos que la diferencia específica entre el mercado estaliniano y el iniciado por Gorbachov reside en algo muy importante: mientras en la era anterior el mercado se extendía a todo el ancho campo de la propiedad y requería

de un control autoritario, en el nuevo mercado éste se extiende tan sólo a la pequeña y mediana propiedad, y su control no es autoritario, sino simplemente regulador, no represivo. Valga la digresión para explicar un asunto que tiene confundida a mucha gente, marxista o no, guiada o no por intereses. Como dijo Mandel en 1961, la vieja economía soviética era mercantil y monetaria, pero se constituía como un factor de alienación; nosotros podemos añadir ahora que la nueva economía soviética es un factor de desalienación. Vemos así, cómo se complementan dialécticamente la perestroika y la glasnost. La alienación capitalista hace que los individuos se sientan, como dice Marx, «dominados por abstracciones». Podríamos también decir más propiamente que viven bajo el imperio de la ideología, en el sentido ya señalado del término.

Pero Marx quiso esta vez decir «abstracciones» quizás para lanzarle un dardo a su querido Hegel, quien por esas fechas (1858) todavía no era llamado «perro muerto» en las petulantes universidades alemanas. (Se recordará que años más tarde, en el Prólogo a *El Capital* (1867), la actitud de Marx fue distinta, y defendió a Hegel de semejantes insultos, si bien su defensa se basó tan sólo en «coquetear» *-koketieren-* con algunas de las categorías hegelianas). Marx completa así su idea: «Pero la abstracción, o la idea, no es otra cosa que la expresión (*Ausdntck*, que no es lo mismo que el engelsiano "reflejo") teórica de esas relaciones materiales que los dominan (a los individuos, L.S.); y puesto que una relación no puede no traducirse en la idea, los filósofos han concebido como la característica de los nuevos tiempos el hecho de que las relaciones en cuestión están dominadas por ideas, identificando de esta suerte la génesis de la libre individualidad con la inversión de las ideas». Pero unas líneas más adelante aparece claramente la palabra *ideología*, que es la que verdaderamente calza aquí: «El error era tanto más fácil de cometer desde el punto de vista ideológico, cuanto que ese reino de condiciones (esa dependencia material que, por

lo demás, se transforma de nuevo en relaciones personales de dependencia determinadas, pero despojadas de toda ilusión) aparece en la conciencia de los individuos mismos como el reino de las ideas, y la creencia en la eternidad de esas ideas; es decir, de esas relaciones materiales de dependencia y es, se comprende, afirmada e inculcada en todas las formas posibles por las clases dominantes» (*Obras*, 1965-68, París, pp.216-217). Hoy podemos decir lo mismo de la era estaliniana, y por eso cobra tanta importancia la glasnost, cuyo postulado fundamental consiste en un proceso de desalienación que se fundamenta en la no dominación del hombre por las ideas o la *ideología*, sino al revés: el pleno dominio del hombre sobre las abstracciones que son creación suya.

Marx decía en su *Miseria de la filosofía* (1847), contra Proudhon, que éste actuaba ideológicamente, porque concebía a la historia como un producto de las ideas y no al revés: las ideas como producto de la historia. Es la ya mencionada conversión del sujeto en objeto, y viceversa. En la época de Stalin, el poder ideológico del Estado y de su burocracia eran determinantes e implicaban el autoritarismo, el yugo ideológico sobre los individuos. La glasnost quiere precisamente lo contrario: nada de ideología impuesta desde arriba («ahora el pueblo no se entera de sus intereses "desde arriba"», escribe Gorbachov) y por supuesto nada de Estado autoritario. Para el nuevo equipo, eso es un espectro del pasado, del cual todavía quedan algunos vestigios que hay que eliminar de raíz en los individuos mismos, incluidos los gobernantes, ya que «la raíz del hombre es el hombre mismo», según la conocida frase de Marx.

Hay que partir del individuo y de una adecuada teoría de la ideología para poder comenzar a hablar de desalienación. Desgraciadamente, los pocos autores que han estudiado seriamente el tema del humanismo en Marx, han descuidado este aspecto (véase por ejemplo Rodolfo Mondolfo, *El humanismo*

de Marx, México, 1964; Juan David García Bacca, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, 1965; y E. Grassi, *Humanismo y marxismo*, Berlín, 1973. Mi posición personal está expuesta en mi libro *Humanismo clásico y humanismo marxista*, Caracas, 1983).

Ya desde *La ideología alemana* (1845), Marx se había ocupado del tema del desarrollo de la individualidad. La alienación, dice, es comprensible a la luz de un presupuesto *práctico*. «Se convierte en un poder "insoportable"; es decir, un poder contra el cual hay que rebelarse, lo que implica que ha producido una masa de humanidad "desposeída" y a la vez en contradicción con un mundo existente de la riqueza y de la cultura; ambas cosas suponen un gran ascenso de las fuerzas productivas, un nivel superior de su desarrollo» (*La ideología alemana*, MEGA, Secc. I, vol. 5, pp. 22-24).

A propósito de la cultura, el economista egipcio Samir Amin, en su *Elogio del socialismo* nos ofrece una definición que está basada enteramente en el primer libro de *El Capital*: *Para nosotros, la cultura es el modo de organización de la utilización de los valores de uso*. Ahora bien, si la cultura consiste en el modo de organización de la utilización de los valores de uso, y si la sociedad actual está enteramente basada en los valores de cambio; no puede haber en sentido estricto una cultura capitalista, sino lo que yo he propuesto en un libro: una *contracultura*, nombre que viene de los hippies, un ir culturalmente a contrapelo de los valores sociales y la ideología imperante. Que esto es cierto lo demuestran los numerosísimos casos de artistas y escritores de esta era que han producido sus obras en *contra* de la ideología imperante, tanto la capitalista como la «socialista» de Stalin, con la desventaja para los autores del bloque socialista de que tenían que realizar sus obras clandestinamente, sin acceso alguno a la libre circulación de sus creaciones. Precisamente la glasnost implica la desaparición de este estado de cosas; aunque todavía

existe la ideología, ésta es regulada por el equipo gobernante de tal modo que los creadores puedan crear libremente cultura, y no contracultura (véase mi libro *Contracultura*, Valencia, 1980). En sus *Teorías sobre la plusvalía* decía Marx que «el capitalismo es esencialmente hostil a todo arte». Pero no se trata sólo de la cultura artística, aunque ésta sea como el pináculo de toda la cultura; se trata del universo entero de la cultura humana que, como dice Amin en su opúsculo, tiene que tratar con los valores de uso con la intermediación de los valores de cambio. Dicho en otros términos, un libro o un cuadro, para poder circular, tienen que transformarse en mercancías. Esto ocurre incluso en la propia glasnost, dado que todavía falta tiempo (¿mucho? ¿poco?) para la construcción de una sociedad socialista basada predominantemente en los valores de uso. La nueva sociedad soviética está sustentada, como decíamos antes, sobre el sistema de los valores de cambio. Pero ello es necesario, como es necesaria la vuelta al mercado de la NEP leniniana; y observemos lo que nos dice Marx: «La producción de valores de cambio genera la alienación del individuo con respecto a sí mismo, pero también la generalidad y la universalidad de sus relaciones y capacidades» (*Elementos para la crítica de la economía política*, p. 82). Este es el verdadero sentido de la vuelta al mercado, pero en las condiciones antiestalinianas que arriba hemos señalado. En el fondo se trata, como lo explicaré en la segunda parte de este ensayo, de una recuperación de Lenin y su NEP.

En este sentido, como nos lo explica Gorbachov en su libro, el papel de la glasnost es determinante, pues sólo bajo sus condiciones de libertad intelectual extendida a la masa entera del pueblo puede explicársele a éste el sentido de la nueva política económica. Algo como esto era literalmente imposible en la etapa estaliniana, en la que el Estado y los gobernantes estaban separados del pueblo y lo dominaban autoritariamente con su ideología comisarial.

En otra parte de los *Elementos para la crítica de la economía política*, Marx nos explica que en un sistema poco evolucionado de intercambio, las relaciones de los individuos, por más personales que pudieran parecer, se hacían siempre a través de roles determinados: soberano y vasallo, señor y siervo, en tanto que miembros de una casta. En *El Capital* hay un pasaje donde Marx dice que la República ideal de Platón no era sino la idealización del regañían egipcio de castas. No está de más recordar que esa República constituía en su esencia un Estado autoritario, una «sociedad cerrada», como dice Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, capítulo I. Por el contrario, añade Marx, en un régimen desarrollado de intercambio los lazos de dependencia personal son rotos, lo mismo que las diferencias de sangre, de educación, etc. «Los individuos —escribe— parecen independientes (independencia que es pura ilusión y que se llamaría más exactamente indiferencia); parecen enfrentarse libremente y, en el seno de esa libertad, proceder a los intercambios; pero ellos no aparecen como tales sino a los ojos de aquel que hace abstracción de las condiciones de existencia en las cuales esos individuos entran en contacto, condiciones que a su vez, ellas mismas son también independientes y, aunque creadas por la sociedad, toman la forma de condiciones naturales, es decir, que escapan a su dominio» (*Obras*, II, p. 216). Yo supongo que Gorbachov ha estudiado a fondo los *Elementos para la crítica de la economía política*, porque de otra forma no podríamos explicarnos el hecho de que haga estas mismas afirmaciones al tiempo que propone a la glasnost como el único remedio para solucionarlas. Son demasiadas coincidencias.

Veíamos que Marx afrontaba el caso de la problemática del individuo y su alienación tanto en las sociedades preburguesas como en la capitalista. Él lo explica en un pasaje cuya importancia justificará citarlo *in extenso*: «La determinación que, en el primer caso, aparece como limitación personal de un individuo por otro (soberano y vasallo, señor y siervo, ciudadano

y esclavo, etc.) aparece en el segundo caso completamente como una limitación material del individuo por condiciones que, no dependiendo de él, reposan sobre sí mismas. (Como el individuo aislado no puede deshacerse de sus limitaciones personales aún pudiendo sobrepasar y dominar las condiciones exteriores, su libertad *parece* más grande en el segundo caso. Pero un examen más afinado de esas condiciones, de esas relaciones exteriores, muestra la imposibilidad para los individuos de una clase, etc., de sobrepasarlas en su conjunto sin suprimirlas. Un individuo aislado puede accidentalmente llegar al término de esas condiciones; pero no ocurre así a la gran masa que sufre su dominación, pues la existencia misma de los individuos expresa la subordinación y la necesidad en que se encuentran de sometérsele). Esas relaciones exteriores son en tan escaso grado una supresión de las "relaciones de dependencia", que ellas no son más que la sublimación y generalización de aquéllas; más bien ellas hacen resurgir el fundamento común a todas las relaciones de dependencia personal. En esta fase aún los individuos no entran en relación unos con otros más que en la medida en que son determinados.

Contrariamente a las relaciones personales, estas relaciones materiales de dependencia (que no son otra cosa que relaciones sociales autónomas enfrentadas a los individuos aparentemente independientes, relaciones mutuas de producción de las cuales ellos están aislados) se manifiestan igualmente de manera tal que los individuos en lo adelante son dominados por *abstracciones*, en tanto que antes eran dependientes los unos de los otros. Pero la abstracción, o la idea, no es otra cosa que la expresión teórica de esas relaciones materiales que las dominan y puesto que una relación no puede no traducirse en la idea, los filósofos han concebido como la característica de los nuevos tiempos el hecho de que las relaciones en cuestión son dominadas por las ideas, *identificando de esta suerte la génesis de la individualidad con la inversión de las ideas*. (Subrayado mío, L.S.). El error era tanto

más fácil de cometerse desde el punto de vista *ideológico* cuanto que ese reino de las condiciones (esa dependencia material que, por lo demás, se transforma de nuevo en relaciones personales de dependencia determinadas, pero desprovistas de toda ilusión) aparece *en las conciencias de los individuos mismos* (subrayado mío, L.S.) como el reino de las ideas, y que la creencia en la eternidad de esas ideas; es decir, de esas relaciones materiales de dependencia es, por supuesto, afirmada, mantenida e inculcada de todas las maneras posibles por las clases dominantes». (*Elementos para la crítica de la economía política*, en *Obras*, I, pp. 216-217).

Este importante texto, cuya parte final ya habíamos citado antes (ahora la repetimos deliberadamente) tiene que haber sido tenido muy en cuenta por Gorbachov a la hora de escribir su libro, pues de otro modo —a menos que se trate de una intuición pura— no podríamos explicarnos su afirmación de que la glasnost tiene como una de sus misiones más importantes la destrucción de la idea de que las relaciones entre los individuos están dominadas por abstracciones. Por eso dice con toda propiedad que «la glasnost es una lucha a muerte contra la *ideología* imperante». Pues no otra cosa sino ideología es ese dominio de lo abstracto sobre lo concreto.

El pasaje citado, por lo demás, figura entre los más importantes para el problema que nos ocupa del libre desarrollo de la individualidad en la glasnost. Marx es bastante explícito y no hay por qué glosarlo. Basta tan sólo con subrayar dos cosas. La primera es que los individuos pertenecientes a una clase no pueden rebasar las condiciones materiales de alienación sin suprimirlas por completo. En el caso de la glasnost, puede decirse que esa supresión apenas está empezando, y hay que añadir que, como al fin y al cabo somos humanos y siempre cometeremos errores, la desalienación nunca podrá ser completa: siempre, por más que se avance, quedarán algunos restos, pero eso sí: no ya

como un factor dominante de la sociedad, sino como una especie de antiguo rudimento que pervive de modo subalterno. De otra forma, lo único que se logrará son «paliativos», «reformas», «reivindicaciones» por el estilo de las que piden al Estado los desposeídos y los asalariados en las sociedades capitalistas, especialmente en América Latina con la famosa e hipócrita «democracia representativa», que nunca ha representado realmente al pueblo que eligió a los gobernantes y a los legisladores. Debe tratarse de una verdadera *revolución*.

La segunda cosa que hay que subrayar en el texto marxiano es que las condiciones materiales se le presentan al individuo como poderes abstractos, como ideología sobre la cual el individuo no ejerce su legítimo dominio: el dominio del creador sobre lo creado por él. Ahí está la idea de «libertad» en el capitalismo. El obrero asalariado, a diferencia del siervo feudal, es un obrero libre. Pero hay que decir que esa libertad está tanto más limitada cuanto que consiste tan sólo en la libre escogencia de la empresa donde va a vender su fuerza de trabajo. Además, es una libertad puramente nominal, puesto que, a la hora de las relaciones de producción, el obrero «libre» es explotado como un verdadero esclavo, o casi. Por último, hay que subrayar que el individuo humano no tiene, ni ahora ni antes, una «esencia humana», una *quidditas* inamovible e inalterable, pues su condición es la de animal histórico, o de «animal etimológico», como decía el ingenioso Ortega y Gasset. Nietzsche escribió una vez: «El hombre es algo que hay que superar». Bien entendida, esta frase no se refiere al famoso «superhombre», sino a que lo fundamental del hombre es su posibilidad de superarse a sí mismo, dada su condición de animal histórico.

(Mientras escribo estas líneas —11 de Septiembre de 1988—, oigo por la radio la gran noticia de que los estadounidenses, cediendo a la diplomacia soviética de Gorbachov, acaban de destruir sus misiles de corto alcance en Alemania Occidental.

La comitiva de USA, encabezada por el candidato republicano George Bush —quien para mejorar su «imagen» abrazó y felicitó al representante soviético— fue aplaudida por los azarados alemanes con el saludo siguiente: «Gracias, muchas gracias, y no vuelvan más»).

El fino sentido histórico de Nietzsche le decía al filósofo de la Engadina que en los nuevos tiempos estaba por realizarse una transformación cualitativa de las relaciones humanas. Él previó, como también lo hizo su amigo el gran Jacobo Burckhardt en el Prólogo a su libro sobre el desarrollo de la historia, el advenimiento de una época de sacudimientos y de un nuevo ascenso «de la horrible cabeza del poder absoluto», según reza la expresión de Burckhardt; pero ambos sabían desde ya —y en esto eran más previsores que el propio Marx— que toda esa etapa de sangre, holocaustos y horrores tendría que ser el preludio necesario para el advenimiento de una nueva sociedad. Otro espíritu sensible del siglo XIX, Oscar Wilde, hizo las mismas advertencias en un ensayo poco conocido o estudiado, *El alma del hombre bajo el socialismo* (*Obras completas*, EDAF, Madrid, 1977, p. 1390 y ss. En Venezuela se anuncia una nueva traducción, realizada por el filósofo Juan Nuño, [seguramente precedido de interesantes comentarios de Nuño]). Allí adivina Wilde los peligros de la implantación de un socialismo autoritario, y esto lo decía hacia 1900, 17 años antes de la Revolución Rusa y 25 años antes del comienzo del régimen de Stalin. «El socialismo —dice— en sí mismo tendrá el valor de conducir hacia el individualismo». En esto coincide con los *Elementos para la crítica de la economía política* cuando Marx habla del desarrollo universal del individuo en el socialismo. Pero todos sabemos que ese desarrollo, si salvamos los años de Lenin, sólo ahora es cuando está comenzando con la glasnost. De ahí la advertencia de Wilde: «Para el completo desarrollo de la vida a su más alto grado de perfección algo más es necesario. Es preciso el individualismo. Si el socialismo es autoritario; si hay gobiernos armados de un poder económico como los hay

ahora armados de un poder político; si, en una palabra, vamos a tener tiranías industriales, entonces el último estado del hombre será peor que el primero». Y luego añade con cierta tristeza: «Confieso que muchos de los planes del socialismo con los que me he tropezado me parecen viciados con ideas autoritarias». No se equivocaba el gran poeta. Hay que decir, sin embargo, que el único proyecto socialista no viciado de autoritarismo era el de Marx en sus *Elementos para la crítica de la economía política*; pero Wilde no podía conocer esta obra, que permaneció inédita hasta mucho después de la muerte del autor de *La balada de la cárcel de Reading*.

También hay autores del presente siglo, como Adam Schaff (en *Marxismo e individuo humano*, Madrid, 1970, pp. 160-161), que han insistido, correctamente (a pesar de que él no se refiere a los *Elementos para la crítica de la economía política*, que parece desconocer para esas fechas), en que la supresión de la propiedad privada de los medios de producción no son la única precondición para el desarrollo de una sociedad socialista y la creación de los hombres nuevos. Habría que recordar lo que dice Ernest Mandel (en su obra *La formación del pensamiento económico de Marx*, México, 1972, capítulo sobre la alienación y los manuscritos mándanos de 1844) sobre el fenómeno de la alienación: para que ésta desaparezca, no sólo es necesaria la supresión de la propiedad privada —tanto la material como la de las conciencias— sino también la abolición de la producción mercantil y monetaria y la superación de la división del trabajo. En lo que respecta a la perestroika y la glasnost, apenas se ha logrado, o empezado a lograr, modificar el sentido de la propiedad, al menos con respecto a lo que imponía Stalin; también se está realizando una transformación de las relaciones de mercado, que siempre serán insuficientes, hasta el momento en que el desarrollo del socialismo las hagan innecesarias; y en cuanto a la división del trabajo, no se observa cambio alguno.

Por eso Adam Schaff escribe: «El período de transición constituye toda una época histórica» (loc. cit.). Pero Schaff comete un error de interpretación. Según él, Marx habría propuesto en varias de sus obras «la abolición del trabajo»; pero se trata de una mala traducción de la expresión *Aufhebung der Arbeit*, empleada por Marx en *La ideología alemana*. Se debe traducir «superación del trabajo» entendiendo por tal cosa lo que ya entendía Hegel: la supresión de ciertas condiciones del trabajo (las que lo convierten en el horrendo *tripalium* medieval) y la conservación de otras, positivas. También Schaff deja de lado el problema del tiempo libre. En la sociedad capitalista no existe ningún tiempo realmente libre, pues cuando el trabajador sale de su trabajo se encuentra, como dice Alfred Schmidt en su libro *El concepto de naturaleza en Marx*, con el constante bombardeo ideológico del sistema, más intenso hoy que nunca, lo que por cierto echa por tierra la manida teoría de Daniel Bell, luego repetida hasta el cansancio por otros autores, según la cual estamos en el tiempo de «la desaparición de las ideologías», tesis que en Venezuela ha sido sostenida reiteradamente por un escritor de la talla de Arturo Uslar Pietri, a quien me vi obligado a refutar en mi libro *Teoría y práctica de la ideología*, en el capítulo irónicamente titulado «La ideología del "fin de las ideologías"».

Añadamos que no basta con lo que ya se hacía en tiempos de Stalin: abolir la propiedad privada de los medios de producción, sino que es preciso lograr lo que jamás deseó Stalin: la abolición de la *propiedad privada de las conciencias*, que en tiempos del dictador eran manejadas desde el omnipotente y autoritario Estado como robots al modo del *Hermano mayor* descrito por George Orwell en su «1984».

Dice muy bien Schaff (cuya obra es un admirable conjunto de aciertos y errores), que «aunque este tipo de hombre con individualidad desarrollada sea inalcanzable, como el límite de la serie matemática, se puede y se debe aspirar a ello» (loc. cit.).

La empresa de aspirar y construir al hombre realmente socialista con individuos plenamente desarrollados es, por tanto, *heroica ex definitione*. Lo que caracteriza al comportamiento heroico (el mejor ejemplo: Don Quijote de la Mancha) es ese buscar y anhelar aquello que se presenta como imposible en términos absolutos. En términos absolutos, la serie matemática es infinita y no cabe imaginarle un final. Del mismo modo, la serie de los errores y las debilidades humanas es también infinita, y por eso, como apunté *supra*, es imposible aspirar a una sociedad en la que desaparezca por completo la alienación y en la que todos los individuos sean «hombres totales», como aquel *uomo totale* del Renacimiento italiano. Sin embargo, como ya también lo dije antes, tenemos que aspirar a ello y luchar por ello, porque hay algo que no es imposible, y es el lograr un tipo de sociedad donde no sólo *prevalezcan* los hombres totales y desarrollados, sino también una sociedad donde la alienación, así como la ideología, dejen de ser *factores dominantes* y se conviertan en meros residuos achacables a la imperfectibilidad del ser humano. La sentencia de André Gide en su *Sinfonía pastoral*: «El hombre es un ser perfectible», sin dejar de ser cierta, se vuelve aquí del revés. Por lo demás, como lo decía Marx en su *Sobre la crítica de la economía política* (1859), «La humanidad nunca se propone sino las metas que puede alcanzar».

La empresa es tanto más heroica cuanto que no se trata tan sólo del paso de un modo de producción a otro, sino del paso de la «prehistoria» de la humanidad a su historia. Se trata de superar históricamente una historia de más de 7.000 años de alienación, a lo largo de los cuales los diversos modos de producción que se han sucedido han tenido como factor dominante de su vida social a la alienación, cualquiera sea la forma que ésta haya asumido. Nos dice Marx en *El Capital* que hay que aspirar heroicamente a la construcción de un «hombre total», un individuo plenamente desarrollado, para el cual la alienación no sea otra cosa que un raro fenómeno que se da sólo aisladamente. Es más –añade–, ya esos

casos aislados ni siquiera merecerán el nombre de «alienación», pues ésta se define como un fenómeno de carácter universal. Y en la ya citada *Sobre la crítica*..., dice que lo mismo acontecerá con ese subconjunto que es la alienación ideológica. La superestructura social se compone de dos regiones (analíticamente separables, pero intercomunicadas en la síntesis real) que son la cultural y la ideológica y que funcionan como fuerzas antagónicas: esa superestructura pasará a ser *predominantemente cultural*, o sólo será ideológica en muy escasos momentos, porque ya no habrá clases sociales con intereses contrapuestos que haya que defender ideológicamente.

En este sentido, el maquinismo y la automatización, que actualmente sirven para fragmentar al trabajador, así como para extraerles cantidades más grandes de eso que Marx llamaba «plusvalía relativa», que es la que se obtiene con la reducción de la jornada de trabajo y la sustitución del hombre por la máquina, «despojan al trabajador de todo interés por su trabajo», como se dice en un pasaje de *El Capital*. Pero también, advierte Marx, esto puede transformarse en un hecho revolucionario. La máquina no es mala en sí misma, pero sí lo es su empleo capitalista. Ocurre lo mismo con la contemporánea fisión del átomo, que no es mala en sí misma, sino en su empleo destructor. En los *Elementos para la crítica de la economía política* se insiste mucho en este «aspecto revolucionario» de la tecnología. Hay una faceta poco estudiada de Marx, y es su afirmación de que *la historia de la humanidad podría realizarse como un estudio de la historia de la tecnología*. Recuerdo que cuando le leí este pasaje al gran antropólogo brasileño Darcy Ribeiro quedó literalmente boquiabierto, porque adivinó en seguida, con su habitual perspicacia, la importancia y la novedad de tal afirmación de Marx. La sociedad a que aspira el proyecto o utopía socialista de los *Elementos para la crítica de la economía política* es una sociedad que habrá de contar con la maquinaria y la tecnología como aliados fundamentales para la desalienación del hombre y su conversión en hombre libre y

total. Incluso manifestaciones como las artísticas o culturales en general, así como las manifestaciones científicas, que hoy sufren el yugo del valor de cambio y de los intereses ideológicos, podrán desarrollarse libremente. La tecnología, bien empleada, ahorrará todo el tiempo necesario para que se desarrolle un verdadero tiempo libre o tiempo de ocio, dándole a esta palabra el noble sentido que tenía en la Antigüedad: *scholé*, en Grecia, y *otium* (opuesto al *negotium*) entre los latinos.

Eran los ocios que Virgilio agradecía a los dioses como un don precioso: «Un dios hizo estos ocios para nosotros»:

O Meliboee, deits nobis haec otia fecit

como reza el primer verso de las *Bucólicas*. El artista del futuro tendrá que agradecerle a los dioses de la tecnología la posesión del ocio necesario para la libre creación. Como escribe Marx: «Al libre desarrollo de las individualidades, a la reducción del trabajo necesario (reducción a un mínimo de trabajo social y no su compresión con vistas a producir un nuevo sobre trabajo) (plusvalía relativa, L.S.), corresponde la cultura artística, científica, etc., de los individuos, gracias a los ocios y medios acordados a todos» (*Elementos para la crítica de la economía política*, p. 593). El actual mecanismo convierte al individuo en un átomo fragmentado y aislado, en eso que la hipócrita «ingeniería social» estadounidense llama el «factor humano», que es el mismo factor en «disfunción» que ya nos encontramos con la condena de los asesinos aislados de My Lai en Vietnam, mientras el «sistema» salvaba su responsabilidad. El sociólogo sueco Joachim Israel, emigrado a USA hace muchos años y de temple «radical», escribe: «El hombre se convierte en una parte mecánica de un sistema mecánico. Una de las consecuencias es que los contactos sociales en el proceso de trabajo se disminuyen, como el individuo se transforma en un átomo aislados (*Alienación: de Marx a la sociología moderna*, Boston, 1971, p. 280). Esta es una frase muy grave y radical, sobre

todo dicha en los Estados Unidos, porque ataca la esencia misma del sistema. También Erich Fromm escribió unas palabras que, por venir de quien vienen, resultan decisivas: «La salud mental no se puede definir en términos de "ajuste" del individuo a su sociedad, sino, por el contrario, debe definirse en términos de ajuste de la sociedad a las necesidades del hombre, de su papel en la promoción u obstaculización del desarrollo de la salud mental» (*La sociedad sana*, Londres, 1956, p. 72).

La teoría de la alienación, nos dice Joachim Israel, «se basa en una teoría de las relaciones del hombre con la sociedad» (op.cit., p. 11). En la actual sociedad, el funcionamiento de las instituciones (producción, organización social, mercado, burocracia, etc.) hacen que el hombre aparezca como un objeto y no como un sujeto. «Las instituciones —escribe Israel— son el marco para la producción de objetos vistos como "cosas" por el individuo. Estas instituciones funcionan de tal manera que el hombre también aparece como el objeto. Y esto ocurre así porque en la actual sociedad, en la relación entre el objeto y el individuo hay una tendencia que le permite a éste ser gobernado por juicios cualitativos» (Íbid.). En semejantes apreciaciones, Joachim Israel, aunque sigue de cerca a autores europeos como Lukács o Goldman, resulta ser uno de los pocos «sociólogos radicales» de los Estados Unidos. Tal vez ello se deba a su procedencia sueca, ya que en Suecia el profesor Israel tuvo oportunidad de examinar las diferencias específicas —*sui generis*, en este caso— que identifican a una sociedad altamente socializada, o en todo caso más socialista, para aquellas fechas, que todos los «socialismos» existentes. Tal vez otra cosa diría si pudiese contemplar el fenómeno actual soviético de la perestroika y la glasnost.

Observa Román Rosdolski en su libro ya citado: «Ya en *La ideología alemana* destacan Marx y Engels el carácter contradictorio y dicotómico del progreso social ocurrido hasta el presente: por un lado tuvo como consecuencia la creación

de un individuo social más capaz de desarrollarse y más rico en necesidades, mientras que, por el otro, se convirtió en la más plena "alienación" y "vaciamiento" de ese individuo. Y finalmente se encuentra también allí el razonamiento de que la liberación de los hombres producida por el capitalismo con respecto a las barreras feudales y otras equivaldría a una libertad aparente, y que la libertad plena, el "desarrollo original y libre de los individuos", sólo podría convertirse en realidad en el comunismo» (pp.464-465).

Este tema, como hemos visto en estas páginas, encuentra su desarrollo pleno en los *Elementos para la crítica de la economía política*, en los que el individuo humano aparece colmado de necesidades siempre nuevas (lo que hoy ha desembocado en el mercado consumista) y por tanto colmado de alienación; pero al mismo tiempo se observa que ese colmo humano es la precondición para que se produzca un cambio histórico decisivo.

En los *Elementos para la crítica de la economía política*, Marx desliza una comparación entre el mundo antiguo y el moderno que vale la pena citar in extenso: «Nunca encontraremos entre los antiguos una investigación acerca de cuál forma de la propiedad de la tierra, etc., es más productiva, crea la mayor riqueza. La riqueza no aparece como objetivo de la producción (era una sociedad fundada sobre el valor de uso, L.S.), aunque bien puede Catón investigar qué cultivo del campo es el más lucrativo, o Bruto prestar su dinero al mejor interés. La investigación versa siempre acerca de cuál modo de propiedad crea los *mejores ciudadanos* (...). Pero en el mundo moderno la riqueza aparece en todas sus formas con la configuración de *cosa*, trátese de cosa o de relación por medio de las cosas, que reside fuera del individuo y accidentalmente junto a él. Por eso, la concepción antigua según la cual el hombre, cualquiera que sea la limitada determinación nacional, política o religiosa en que se presente, aparece siempre, igualmente, como objetivo de la producción,

que parece muy excelsa frente al mundo moderno donde la producción aparece como objetivo del hombre y la riqueza como objetivo de la producción. Pero en realidad, si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creada en el intercambio universal? ¿Qué, sino el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto los de la así llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza? ¿Qué, sino la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que conviene en objetivo a esta plenitud total del desarrollo; es decir, al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no medidas con un patrón preestablecido? ¿Qué, sino una elaboración como resultado de la cual el hombre no se reproduce en su carácter determinado sino que produce su plenitud total?» (*Elementos para la crítica de la economía política*, pp. 387-388).

En este pasaje se contrapone la concepción del humanismo antiguo, que Marx conocía muy bien (en sus malos tiempos, «descansaba» leyendo a Esquilo en griego) con la nueva concepción humanista de la cual Marx es el primer abanderado. El hombre antiguo, en efecto, por vivir en una sociedad fundada en los valores de uso, no vivía *para* un mercado omnipotente; por el contrario, la riqueza producida por la sociedad tenía entre sus fines primordiales *el mejoramiento de la calidad de los individuos*. Es cierto que esto produjo una «plenitud humanística» que se refleja en los grandes escritores y artistas de la Antigüedad y que aún hoy es modelo de perfección. Pero aquella sociedad era limitada. Los que tenían acceso a esa educación humanística eran sólo unos pocos, los que en Grecia se llamaban *aristoi*, los que gracias a su condición social y personal (los «ciudadanos» o *politai*, que en Atenas no pasaban de 10.000 hombres) tenían acceso a las enseñanzas de los maestros y a la educación en general. A menudo se olvida que toda aquella

belleza estaba montada sobre un aparato productivo que se llamaba la esclavitud, una gran masa inerme de individuos que Aristóteles, muy ideológicamente, llamaba «esclavos por naturaleza» *(physei)*. En cambio, en la sociedad moderna todos los individuos se han incorporado a la producción, y aunque hasta ahora se ven sometidos a la nueva y disimulada esclavitud de un mercado que es como la cabeza de la Medusa, sin embargo están creando las condiciones para su pleno y universal desarrollo como individuos. ¿No es esto a lo que aspira la glasnost?

* * *

Los temas que deberían incluirse para perfilar bien lo que representan la perestroika y la glasnost son prácticamente infinitos. Especialmente en la glasnost, que nos ha llevado bastante espacio, son innumerables, tantos como los que puede plantearse la mente humana para lograr su definitiva liberación. Sin embargo, creo haber anotado con rigor los temas fundamentales, los puntos nodales sobre los cuales se cimientan todos los demás; como por ejemplo, el tema de la glasnost que acabamos de tocar, a saber, las condiciones para el pleno y universal desarrollo del individuo en una sociedad que pueda realmente llamarse a sí misma socialista, diferente de los falsos socialismos que hasta ahora han aparecido en la historia de los hombres.

SEGUNDA PARTE

Fundamentos para la realización de la utopía de Marx

1. *Socialismo y comunismo*

Creo que se hace preciso comenzar por un deslinde lo más breve y conciso posible entre estos dos términos que hoy se usan con una terrible imprecisión: «socialismo» y «comunismo». Para poder realmente lograr ese deslinde, es necesario acudir a textos de Marx y Lenin en diversas etapas. En lo referente a Marx, podemos *grosso modo* distinguir dos etapas. La primera es la que va desde 1843, cuando Marx abrazó la causa comunista, hasta cinco años más tarde, cuando lanzó a los cuatro vientos el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). La segunda etapa podemos fijarla hacia 1875, cuando redactó su *Crítica del Partido socialdemócrata alemán*, mejor conocido como *Programa de Gotha*. En cuanto a Lenin, utilizaré algunas citas de sus obras, que nos proporciona Teodoro Petkoff en su prólogo de fines de 1979 a mi pequeño libro *Teoría del socialismo* (Caracas, 1981), algunas de cuyas partes, por cierto, habré de utilizar, debidamente modificadas y actualizadas, en la confección de la parte final de este ensayo.

En los tiempos en que Marx abrazó la causa comunista, se planteaba a los comunistas de entonces la necesidad de establecer una clara línea divisoria entre socialismo y comunismo, destinada sobre todo a evitar ser confundidos con los socialistas utópicos, los socialdemócratas, etc., que se autodenominaban «socialistas». En septiembre de 1843, Marx escribe a su amigo Ruge estas palabras: «El comunismo no es en sí mismo otra cosa que la realización particular, unilateral, del principio socialista» (*Marx-Engels Werke* (MEW), Berlín, 1951, vol. I, p. 34. Ver también Marx, *Obras-Economía*, La Pléiade, París, 1965-1968, vol. II, p. XL). Según semejante frase, el comunismo no sería sino una etapa previa, necesaria, para la realización del

principio socialista. El socialismo sería así la fase superior de la humanidad y la superación del comunismo. La frase, aunque hoy en día (no en 1980) me parezca incorrecta —y así me lo señaló Teodoro Petkoff con toda franqueza en su Prólogo a mi librito arriba mencionado— tiene sin embargo su explicación histórica. Por un lado está, como dijimos antes, el deseo de no ser confundidos ellos, comunistas, con los diversos tipos de «socialismo» que había en aquellos tiempos; pero también está la poderosa razón histórica de que el Partido Comunista tenía que ser enaltecido en el rol que desde entonces hasta ahora se le ha dado: avanzada del gran movimiento, el brazo activo para la realización de todos los planes revolucionarios. No otra cosa es el mensaje latente en todas y cada una de las páginas del *Manifiesto del Partido Comunista*. Esta concepción del papel decisivo del Partido Comunista fue recogida por Lenin al inicio de la Revolución de Octubre de 1917, y ha seguido vigente hasta hoy, incluyendo la nueva era de Gorbachov, quien en su libro *Perestroika* nos habla constantemente del «Partido». Sin embargo, tal denominación es en el fondo incorrecta. El criterio aceptado de «corrección lingüística» nos indica como primer factor el uso que hace el pueblo de determinado vocablo. Según ese criterio, sería correcto llamar comunistas a quienes en realidad sólo ahora están empezando a ser socialistas y aspiran a la fase superior del comunismo. Pero, epistemológicamente hablando, la denominación de comunistas resulta incorrecta. Veamos.

En lo que hemos llamado «segunda etapa» del pensamiento de Marx sobre este tema destaca el importante y muy maduro texto de la *Crítica del Programa de Gotha*, escrito en 1875. Ahora bien, en ese texto figuran algunos pasajes donde prácticamente se dice lo contrario al de la carta de 1843, y que tomaré del ya mencionado Prólogo de Teodoro Petkoff a mi librito de 1980. En ese folleto yo tomaba partido por la carta de 1843; pero el Prólogo de Teodoro, que me refutaba esta parte, con el tiempo me hizo

cambiar de opinión. Ahora pienso que el socialismo es una etapa previa para la realización del principio comunista.

Se trataba, en la *Crítica* de 1875, de criticar la posición de Lasalle sobre el programa del partido socialdemócrata alemán. Marx escribe: «Estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento» (p.7). Aquí pareciera insinuarse que en realidad no habrá ninguna etapa «socialista», sino dos fases de una misma sociedad comunista. Pero sigamos leyendo: «En la fase superior de la sociedad comunista (...) podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!» (p.8). Aquí las cosas parecen seguir siendo iguales, aunque resulte de primera importancia en su aspecto jurídico, según el cual el derecho burgués sería el «derecho igual», mientras que su superación en el comunismo desarrollado sería el «derecho desigual», por la sencilla razón de que los hombres no son iguales entre sí, ya que unos tienen más capacidades o necesidades que los otros, o a la inversa. Pero no es ahora el momento de detenernos en este punto.

Petkoff comenta estos textos de un modo tan acertado que bien vale la pena citarlo por extenso: «Si revisáramos otros escritos suyos (quizás a excepción de los *Manuscritos* de su juventud) pudiéramos constatar con relativa facilidad lo que Marx aquí hace evidente: que —desde un punto de vista estrictamente teórico— para él y para Engels las dos fases son momentos del desarrollo de una misma sociedad, la comunista. ¿Dónde está y a qué razones se debe la diferencia? Es bien probable que un mayor y más hondo examen del asunto arroje el resultado de descubrir, a la luz de los hechos de la historia, que mucho del apego de Marx y Engels y, después, de Lenin, a la autocalificación de *comunistas* se deba *a obligaciones de política* (subrayado mío, L.S.) que

pudiéramos llamar de lucha partidista y de clarificación teórica, y de distinción con corrientes socialistas y socialdemócratas del pensamiento europeo de las épocas marcadas por el reformismo. Optar por una revolución social que apuntara hacia el objetivo de extinción del Estado y de las clases tenía que comportar una calificación contraria o, en todo caso, distinta, a la confusa y simple —en ese entonces— de «socialista». Ellos escogieron una, que consideraron la precisa y «científica»: c*omunista* (p.8). Hasta aquí, las cosas no han variado: lo que hay son etapas de un mismo desarrollo «comunista». Pero sigamos leyendo a Petkoff: «Extrañamente, el nuevo siglo comportó un cambio en el lenguaje usado. Lenin escribe en *El Estado y la Revolución*: "...refiriéndose a este orden social (al que se suele dar el nombre de socialismo pero que Marx denomina la primera fase del comunismo)...". Y ya más adelante en 1917, el año de la Revolución, es muchísimo más explícito: "*La denominación de socialdemocracia* es *científicamente* inexacta, como Marx lo ha demostrado más de una vez. (...) El capitalismo no puede pasar directamente al socialismo, es decir, a la propiedad colectiva de los medios de producción y a la repartición de los productos según el trabajo de cada quién. Nuestro Partido va más lejos: *el socialismo debe transformarse poco a poco en comunismo*"» (pp.8-9) (subrayado mío, L.S.).

Vemos así, pues, cómo Lenin tuvo que aceptar la idea de *un socialismo previo al comunismo*. Esto se ve corroborado por numerosos textos de los *Elementos para la crítica de la economía política*, que Lenin no podía conocer. Allí Marx habla de su «proyecto socialista» como condición previa para la realización del comunismo.

Para mí, la cosa está ya clara: el verdadero pensamiento de Marx y Lenin consistía en admitir como base previa el socialismo para el logro de la «fase superior del comunismo».

Falta por decir algo sobre el confusionismo de tales

términos hoy en día, sobre todo en el campo capitalista. Y empecemos por decir que ese confusionismo obedece a intereses ideológicos muy concretos. Los capitalistas prefieren hablar de «los países comunistas» porque saben que, gracias al bombardeo propagandístico que desde comienzos de siglo han venido haciendo, han logrado crear una «imagen» del hombre comunista como si éste fuera un monstruo, algo terrorífico de lo que hay que huir como quien huye del Diablo. En cambio, la palabra «socialista» es para ellos más suave, más complaciente y no asusta tanto. Así, se empeñan en llamar «comunista» a una revolución como la sandinista en Nicaragua, cuando ellos saben que se trata tan sólo de un intento de crear en ese país un socialismo. Ellos, los capitalistas, en especial los belicistas de Estados Unidos que acosan por todas partes a Nicaragua y suministran millones de dólares a los «contras» o rebeldes más o menos somocistas que luchan contra el sandinismo, saben muy bien que no es justo ni correcto llamar comunistas a los sandinistas; pues saben muy bien que en ese país, a raíz de las últimas elecciones, el Partido Comunista —que por lo demás les tiene animadversión a los sandinistas— no obtuvo sino un triste escaño en el Congreso. De modo, pues, que se trata de un confusionismo interesado y astutamente controlado y dirigido.

Cosa parecida ha ocurrido en Venezuela en diversas campañas electorales, donde partidos socialistas como el MAS (Movimiento al Socialismo), a veces unidos con el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de tendencia marxista, hoy fundido en un solo partido con el MAS) han sido objeto de los más feroces ataques por parte de Fedecámaras, esa especie de *holding* empresarial privado que tanto poder social ejerce entre nosotros. ¿En qué consistieron siempre esos ataques? ¡Pues en llamarlos *comunistas*!

Finalmente, en cuanto al PCUS, cada día se hace más evidente la intención de Gorbachov de reducirle sus antes ilimitados

poderes. Podría muy bien ocurrir que su propósito a largo plazo sea algo increíble: la disolución del Partido. Pero eso por ahora no pasa de mera suposición que hay que dejar a la historia, a las décadas. Con respecto a los otros PC del mundo pienso que, salvo algún caso excepcional, se están quedando rezagados frente al avance de los nuevos rumbos que está tomando el PCUS. ¿Dejará al fin de ser éste el emisor eterno del *mandato* que deben seguir a pie juntillas todos los PC?

2. La recuperación o rescate de Lenin

Tanto la perestroika como la glasnost se basan en muchos aspectos del leninismo, como lo declara una y otra vez Gorbachov. ¿Qué es lo que hoy se rescata de Lenin? Pues muchas cosas.

En primer lugar, está la sistematización del Partido como brazo conductor de todos los asuntos públicos. Tomada de Marx, esta concepción del Partido Comunista adquiere en Lenin rasgos notorios que no han sido alterados sino en parte (hasta ahora) por Gorbachov y su equipo. Esta concepción, con la muerte de Lenin en 1924 y el consecuente ascenso de Stalin, aunque continuó vigente, se vio falsificada por el dictador. Ya en su testamento había pedido Lenin que no dejaran a Stalin tomar el poder porque era un hombre «demasiado brutal». El Partido de Lenin era un partido abierto, en directa comunicación con el pueblo. En Stalin, en cambio, se transformó en un monstruo omnipotente y autoritario casi por completo desvinculado y lejano de los justos derechos del pueblo raso. Esta situación se prolongó hasta la llegada de Andropov al poder y su rápida sucesión, por Gorbachov. Al igual que Lenin, Gorbachov propugna una reforma radical de todos aquellos elementos del partido que pudieran convertirse en entes abstractos, en ideología represiva, en autoritarismo alejado del pueblo. Este es uno de los rasgos esenciales de la nueva política que ha comenzado a funcionar en Rusia y que es un legado de Lenin.

En segundo lugar, la glasnost está directamente inspirada en el pensamiento de Lenin. Característica del estalinismo (aunque, en el tiempo, anterior a él) es la proliferación de toda clase de «manuales de marxismo» que no consisten en otra cosa que en un amasijo de dogmas, la mayoría de los cuales fueron

previamente rechazados por el mismo Marx. Son, por ejemplo, los manuales de un Kuusinen o un Konstantinov, gruesos volúmenes que ni siquiera en lo exterior son «manuables», dado su peso; en esos manuales, por ejemplo, se dogmatiza acerca de las famosas «tres leyes de la dialéctica», que jamás pasaron por la mente de Marx y que en todo caso son un invento gratuito de Engels en su *Dialéctica de la naturaleza*, obra escrita después de la muerte de Marx en 1883. En mi libro *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* (Caracas, 1975), yo ataqué con cierta saña esos manuales, lo que me valió el calificativo de «antisoviético» por parte de mis buenos y un tanto marmolizados amigos del Partido Comunista de Venezuela (PCV). Pero yo había dejado escrito en la Introducción a ese libro que éste no implicaba en modo alguno una crítica o un rechazo a la URSS, no sólo porque también ataco allí manuales no soviéticos, sino por la razón más decisiva de que siempre he confiado en la Unión Soviética como la mejor y casi única garantía de defensa frente al fascismo emergente en el mundo occidental. En mi libro puse al frontis una cita de Lenin que ahora adquiere particular importancia: «Las publicaciones agudas y amenas de los viejos ateos del siglo XVIII, escritas con talento, que atacan ingeniosa y abiertamente al oscurantismo clerical dominante, resultarán, a cada paso, mil veces más adecuadas para despertar a las gentes del letargo religioso, que las exposiciones aburridas del marxismo, secas, no ilustradas, exposiciones que prevalecen en forma de manuales en nuestra literatura y que, con frecuencia (hay que confesarlo) tergiversan el marxismo». Ahí tiene, pues, el lector servido en bandeja de plata el desprecio conque el mismísimo Lenin trataba a semejantes mamotretos «marxistas», que luego desgraciadamente fueron tan defendidos y difundidos por Stalin y sus seguidores, hasta la era de Brezhnev. (A pesar de su «deshielo» antiestaliniano, el bueno de Jruschov se hizo la vista gorda ante los manuales y los dejó circular libremente). Pues bien, la glasnost implica la desaparición y destrucción de tales manuales, y la confección de nuevos textos donde se exponga

el marxismo de manera científica, clara, fiel al pensamiento de Marx. Para eso hay *la libertad de hacerlo*. Todo esto se inspira claramente en la posición de Lenin.

Hay que notar que la recuperación de Lenin ha traído casi forzosamente la recuperación del pensamiento de hombres hasta ahora proscritos, como León Trotski. En el libro *Lenin en la era de Gorbachov* (Caracas, 1987), Pedro N. Miranda M. escribe lo siguiente: «Contiene esta edición algunos materiales valiosos de la primera edición en español publicada por revolucionarios amigos de Trotski y el análisis de éste del Testamento (de Lenin, L.S.) que en su época fuera primeramente ocultado, luego eliminado de los textos oficiales de historia de la revolución y hasta negada su existencia. (Como se ve, hasta el mismo Lenin fue proscrito por Stalin, L.S.). Hoy en día la prensa oficial, vale decir la voz de la dirigencia política y del gobierno de la URSS, tiene que reconocer su autenticidad. Pero, además del contenido de la carta testamentaria —breve, como eran los mensajes de Lenin— se le reconoce como la razón que le asistía para alertar al Comité Central y al Partido Comunista de la URSS acerca de Stalin. En los comentarios oficiales sin embargo, no hay una sola palabra sobre la contribución teórico-política de Trotski para alcanzar el poder por los bolcheviques, como tampoco sobre los demás acontecimientos determinantes en que le cupo participar junto a Lenin, o de acuerdo con Lenin, consagrando la victoria» (op.cit., pp. 9-10). Todo esto es verdad, pero lo último ha dejado de ser cierto; pues, como apuntáramos más arriba basándonos en las más recientes informaciones, no sólo esos documentos secretos y proscritos de Trotski están siendo mostrados en una gran exposición abierta a toda clase de público en Moscú, sino que las obras de Trotski se encuentran fácilmente en todas las librerías, así como las de Bujarin y otros autores también proscritos por Stalin, y además asesinados o mandados a asesinar.

Finalmente, hay un aspecto de Lenin que también ha sido

recuperado por Gorbachov. Nos referimos a su tesis sobre el imperialismo capitalista, desarrollada en su conocida obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Esta es una obra que en muchos aspectos resultó profética. Por ejemplo, en ella Lenin no se limita a acusar al imperialismo y a describirlo, sino que adelanta soluciones diplomáticas para calmar o suprimir su efecto destructor. Por supuesto, los tiempos de Lenin eran distintos del tiempo de Gorbachov. Pero éste recoge la posición leninista cuando obliga a los imperialistas a sentarse en la mesa de negociaciones para hablar del desarme. Y a fe mía que en corto tiempo ha logrado bastante, con la anteriormente aludida noticia de que tanto soviéticos como estadounidenses han comenzado a destruir *efectivamente* su arsenal atómico de misiles de alcance corto en Europa. Esto constituye una gran victoria diplomática de Gorbachov, y está directamente inspirada en Lenin.

Digamos, para rematar este parágrafo, que el imperialismo naciente en los tiempos de Lenin no es el mismo de ahora. (Recordemos de paso que el imperialismo de los Estados Unidos es mucho más viejo en América de lo que era para Europa; no se olviden las continuas intervenciones y anexiones de tierras mexicanas desde comienzos del siglo XIX y las continuas invasiones a América Central y al Caribe. El único que los pudo detener fue Augusto César Sandino, quien triunfó sobre los imperialistas; pero para desgracia cayó asesinado en una vil emboscada del viejo Somoza, quien por cierto era considerado por los EEUU como *our son of a bitch «nuestro hijo de perra»*, según expresión del muy ponderado y muy sabio Presidente Franklin Delano Roosevelt).

El imperialismo de los tiempos de Lenin abarcaba poco espacio histórico y geográfico; claro que si lo unimos (al yanqui) a los imperialismos de ingleses, franceses, holandeses, etc., ese espacio se aumenta. De todos modos, la situación actual que tiene que enfrentar el equipo de Gorbachov, es la de vencer

al imperialismo de algún modo en lo posible no sangriento (esto es lo más difícil, dada la agresividad belicista del actual imperialismo y a planes estrafalarios y peligrosísimos como eso que míster Reagan llamó «La guerra de las galaxias» a lo cual respondieron los soviéticos con el lema: «Paz en las estrellas»). Además, el actual imperialismo abarca mucho más espacio histórico y geográfico, que a veces tiene sus sangrientas y vergonzosas derrotas, como la de Vietnam, pero que a pesar de los pesares llega a casi todos los rincones del planeta. Frente a esto, la perestroika y la glasnost han asumido con toda claridad el sistema diplomático de las negociaciones. Sólo falta saber cuán difícil será obligar a los imperialistas a destruir *todo* su arsenal atómico. Todo esto, en lo relativo al combate diplomático con el imperialismo, estaba en parte en Lenin.

También es de inspiración leninista algo tan importante como el control de la corrupción y la represividad ideológica de la clase burocrática. Lenin era partidario, como lo es hoy Gorbachov, de constantes podas a esa burocracia, en busca de una mejor y menos autoritaria calidad de la misma. Igualmente, como todo el mundo sabe, Gorbachov ha comenzado de modo efectivo —como siempre «sin prisa y sin pausa»— esa poda, que no es nada fácil por cierto como tampoco lo era para Lenin, pues aún permanecen enquistados en el aparato burocrático una serie de elementos del antiguo régimen, que sólo pueden ser destituidos o sustituidos por hombres nuevos empleando un máximo de diplomacia y, por decirlo así, de suavidad en los procedimientos. Gorbachov sabe aprovechar cualquier circunstancia: por ejemplo, cuando el joven Matías Rush, atravesando el control de seguridad aérea soviético, llegó a aterrizar en la Plaza Roja, fue detenido durante un tiempo y luego liberado, pero Gorbachov aprovechó la circunstancia para renovar el sistema de seguridad y sus factores humanos incompetentes, que fueron sustituidos por «hombres nuevos».

En fin, el legado de Lenin, en estos y en muchos otros aspectos, tales como los propiamente políticos, constituye hoy uno de los pilares fundamentales de la nueva era socialista. Imposible establecer un paralelo completo en el aspecto diplomático: las condiciones de ayer y de hoy son muy distintas, y por más que busquemos en la obra de Lenin, poco hallaremos que pueda incorporarse a la diplomacia que hoy necesita la nueva revolución socialista de la URSS. Como dijimos en la primera parte a propósito de Polonia, la diplomacia de Gorbachov es la de la persuasión, y ésta tiene actualmente, a corto plazo, una prueba de fuego: los países que hasta ahora han vivido bajo la égida y el *mandato* de Moscú. ¿Qué diplomacia emplear allí? Este difícil asunto se lo ha planteado Gorbachov, y ha decidido adoptar una línea que no se contradiga con los principios de la perestroika y la glasnost; esta línea, hasta el momento, es la de no intervenir directamente en los países socialistas, especialmente los del Pacto de Varsovia, y dejarlos que resuelvan por sí mismos sus problemas, soberanamente, sin la obligación de ocurrir a las «instrucciones» que tradicionalmente han emanado de Moscú. Esta postura de Gorbachov no es la más cómoda. Uno adivina que él quisiera intervenir más directamente en asuntos como los planteados en Checoslovaquia y Polonia. En Checoslovaquia, por la razón de que el país de Ian Jus, lleno de tradiciones libertarias, después de constituirse como nación al separarse del Imperio Austro-húngaro en 1918, se convirtió en el único país del mundo donde un partido comunista llegó al poder mediante una elección popular. Este mismo rasgo de *legitimidad* le sirvió, andando el tiempo, para evolucionar hacia una forma de socialismo *sui generis*, independiente de las «instrucciones» de la URSS y dotado de una serie de características de liberalización económica y espiritual (suerte de anticipo de las futuras perestroika y glasnost) que, en lo económico y político, mereció ser llamado «socialismo de rostro humano», y en lo espiritual, dotó a sus *intelectuales* creadores de los medios necesarios para organizarse como un amplio sector social usuario de libertad de

expresión, de audacia creadora, exento de dogmas estéticos o filosóficos. ¿Cuál fue la «diplomacia» de la URSS? Pues invadirlos en 1968 con tanques y soldados, hollar groseramente las calles de Praga y cortar de raíz toda la revolución económica e intelectual, degradando al *status* de vulgares «disidentes» a todos los dirigentes, y al pueblo que los seguía; que habían conseguido con su propio y legítimo esfuerzo ese nivel de calidad que le valiera el mencionado nombre de «socialismo de rostro humano», expresión que en aquellos tiempos se explicaba por sí sola (y todavía se sigue explicando) cuando se comparaba el socialismo checo, donde no había campos concentracionarios, ni hospitales especiales para los «disidentes», ni lavados de cerebro, con el «socialismo» existente en países como la URSS u otros.

La sobrevivencia de situaciones como éstas, que como hemos visto también se dan en países como Polonia, es un verdadero dolor de cabeza para Gorbachov. No todos los casos son iguales, por supuesto. Así, la tarea en Hungría resulta mucho más fácil, ya que en ese país, de modo espontáneo, desde hace tiempo se vienen realizando cambios en la economía y en el plano espiritual que son muy importantes y que ciertamente se anticiparon a las reformas de Gorbachov en la URSS. Baste decir que en el país de Franz Liszt los obreros tienen acciones en los bancos, son accionistas, hecho que sin duda es altamente novedoso en un país socialista. (En la URSS hay una relativa privatización de la banca, con cooperativas mixtas). Y, en el plano del intelecto, al menos en poesía, prácticamente no hay país de Europa que se le pueda comparar. En una conferencia de hace años pronunciada «A los poetas de Hungría», el muy sabio poeta y filólogo inglés Robert Graves decía que Hungría era el país del mundo que proporcionalmente tenía más poetas, y no sólo se refería a la cantidad, sino a esa cualidad específica que les viene a los bardos húngaros de una larguísima tradición poética que se remonta hasta más allá del siglo XIII; es decir, que es una de las líricas más antiguas de Europa. Por lo demás, en ese país tan especial que

sufrió la intervención soviética en época tan relativamente lejana como 1956, es corriente que el ciudadano común exprese con entera libertad sus opiniones políticas, filosóficas o artísticas.

En cuanto al caso polaco, que es uno de los más difíciles, ya lo hemos tratado con detalle en el parágrafo 2 de la primera parte.

Gorbachov ha optado, dijimos, por una diplomacia persuasiva, nunca autoritaria ni interventora. Pero esto no quiere decir que no incluya en sus planes visitas estratégicas a todos estos países problemáticos. Ha visitado Polonia y hablado con los jefes del gobierno, y al menos ha logrado que se sienten a negociar con los obreros del sindicato de Solidaridad. También ha visitado, en momento muy oportuno, a la hoy convulsionada Yugoslavia. Viajó a Belgrado y a otras ciudades. Pudo constatar dos cosas: primero, que había un evidente aflojamiento de la vieja tensión de los yugoslavos respecto a los soviéticos, tensión que empezó hacia 1949. Esto nada de raro tiene, si pensamos que los yugoslavos, cuyo socialismo siempre se ha distinguido por ser autogestionario e independiente, se están dando cuenta de que la perestroika rusa incluye la adopción de ese tipo de socialismo. Y segundo, porque este es un momento muy difícil para Yugoslavia, ya que por encima o más allá de la bandera del socialismo parece hoy importarles más las posiciones y las prepotencias de cada uno de los diversos grupos étnicos que componen ese país. Los serbios quieren predominar sobre los eslovenos, etc., y cada grupo étnico reclama su primada en las decisiones del Partido Comunista, en cuyo seno se libra la contienda. No es, pues, casual la visita de Gorbachov.

Si he tocado este tema es porque, en cierta forma, es también parte del legado de Lenin, no en lo referente a los casos concretos, sino en el aspecto general del internacionalismo. Lenin era partidario de la vieja idea de Marx de que el socialismo debía tener entre sus fines fundamentales el de internacionalizarse,

incluso el de convertirse a la larga en algo mundial[2]. Esa labor sólo ahora está empezando, hay que decirlo. Primero es necesario superar ciertas pervivencias del viejo régimen para iniciar la revolución económica y espiritual socialista[3]; sólo después podrá pensarse seriamente en su internacionalización, que hoy ofrece muchísimos obstáculos: no sólo los provenientes de los propios países que hasta ahora se han llamado piadosamente de «socialismo real», eufemismo para evitar decir que no son socialistas de verdad y que nunca lo han sido sino en momentos muy fugaces como en los primeros años de la revolución rusa bajo la dirección de Lenin o en el caso ya mencionado de Checoslovaquia.

Habría, finalmente, que hablar del legado económico de Lenin, cuya presencia es indudable y plenamente reconocida por Gorbachov y su equipo. Pero el tema lo hemos abordado ya cuando nos ocupamos del concepto de perestroika, en la primera parte.

---

2 Marx escribió: «El socialismo no es un problema local sino internacional». *Marx-Engels Werke*, vol. XXXIV, p. 511)

3 A este respecto, recuérdese que Lenin en 1917, al hablar del cine lo llamó «el arte más importante» y que propició el surgimiento de una vanguardia compuesta por artistas como Eisenstein, Pudovkin y Dovzhenko. La tradición de esta vanguardia se perdió en la era de Stalin. Aún hoy algunos magníficos realizadores cinematográficos como Tarkovski y Mijalkov se encuentran en el exilio, en occidente.

3. *Socialismo marxista*

El calificativo de «marxista» no quiere significar aquí ninguna tendencia especial derivada del pensamiento de Marx, sino que alude directamente a ese pensamiento. Esto no lo digo movido por ningún «purismo» que pretendería aislar a Marx como en un recinto sagrado; de ser así, tendría que hablar, no de socialismo marxista, sino de socialismo «marxiano». Pero esta última palabra no me gusta, y prefiero la más tradicional de «marxista» aunque comporte más riesgos. De todos es sabido que poco antes de morir (en 1883), Marx se vio obligado a decir que él «no era marxista»; ello se debió al surgimiento en Francia de una suerte de escuela de seguidores de Marx que se autodenominaban «marxistas», pero que tergiversaban de tal modo el pensamiento del autor de *El Capital*, que a éste no lo quedó más remedio que decir que, en medio de todo ese lío conceptual, lo único cierto era que él, Marx, no era marxista. Y para que lo entendieran bien sus seguidores, lo dijo en francés: *Je ne suis pas marxiste* (Yo no soy marxista).

Lo mismo ha ocurrido con el pensamiento de Marx en nuestro siglo XX, especialmente después de la muerte de Lenin. La revolución rusa, inicialmente inspirada en Marx, acabó por desfigurar su pensamiento y tornarlo irreconocible. Los célebres «manuales de marxismo», que habían sido repudiados por Lenin, adquirieron gran auge con Stalin, quien, por cierto, también escribió sus páginas manualescas. Se institucionalizaron y oficializaron así numerosos engendros presuntamente marxistas.

Es cierto, y no hay por qué negarlo, que Engels contribuyó de modo importante al surgimiento del marxismo. En su amplio epistolario con Marx, se observa cómo éste le consultaba

constantemente sobre los más variados aspectos, especialmente económicos: cómo es realmente el manejo de una fábrica, cómo son las relaciones de producción, y demás cosas que Engels conocía bien por su experiencia misma como empresario en Manchester. Marx, además, le debía a Engels una primera y decisiva caracterización del capitalismo, realizada en un pequeño escrito juvenil (los *Esbozos*...) que Marx elogió grandemente y llamó «genial» en 1859, cuando escribió el Prólogo a su *Crítica de la economía política (Zur Kritik der politischen Öekonomie)*. Todo esto es cierto, tan cierto como que Engels ayudó mucho a Marx en medio de la horrenda pobreza de éste y de su familia y, dado el cansancio de Marx (escribía demasiado), a veces incluso escribió artículos que aparecieron en Nueva York firmados por Marx, quien recibía también las ganancias de ese periodismo que él llamaba «trabajo alienado».

Pero también es cierto que Engels, en su vejez, escribió muchas cosas que luego servirían a los falsos intérpretes de Marx. Inventó una «dialéctica de la naturaleza» que jamás estuvo entre los planes de Marx ni hubiera sido aceptada por éste, ya que a Marx jamás le interesó la creación de un «sistema» omnicomprensivo –historia y naturaleza– *ad usum philosophorum*, sino la creación de un *método* para la comprensión de la historia. En Marx este método era materialista, y por eso se le llamó «materialismo histórico» correctamente; como decía Gramsci, este es el único materialismo que existe en Marx, y hablar de «materialismo dialéctico» es hablar de algo jamás pensado ni admitido por Marx. Pero en las obras de Engels los tergiversadores del siglo XX han encontrado cierto asidero para hablar de un «materialismo dialéctico» (el célebre *Diamat*) presuntamente basado en Marx. En ese materialismo dialéctico o «dialéctica materialista» (Althusser) han creído todos los tradicionales partidarios del llamado «socialismo real»; los pocos que se atrevieron a ponerlo en duda para afirmar la existencia de tan sólo un «materialismo histórico» o una de dos: o fueron fusilados, como Bujarin (por

su obra *Materialismo histórico*), declarados «disidentes» y confinados a algún hospital psiquiátrico, o bien piadosamente se les concedió el exilio. Lo mismo le acontecía a quien pusiese en duda la validez científica de las «tres leyes de la dialéctica», inspiradas en Engels y consagradas en un opúsculo de Stalin; leyes que nunca han servido científicamente para nada. Por ejemplo, nada le debe a esas presuntas leyes la desarrollada aeronáutica y la astrofísica soviética. Se habla mucho, valga el caso, del «paso de la cantidad a la calidad»; pero esto es algo que saben mejor que nadie los buenos cocineros, pues ellos saben que si se aumenta la cantidad de sal variará la calidad o cualidad de la sopa.

En tiempos de Marx y Engels, el término «socialismo» indicaba sobre todo, «una ulterior continuación, en apariencia más consecuente, de los principios sentados por los grandes ilustrados franceses del siglo XVIII» (*Marx-Engels Werke*, vol. XX, p. 16). La expresión es de Engels, así como de Engels son invectivas como aquella en que habla de «socialismo de todos los matices, socialismo consciente e inconsciente, socialismo en prosa y verso, socialismo de la clase obrera y de la clase media. Realmente ese horror de horrores, el socialismo, no sólo se ha hecho respetable, también se ha vestido con sus galas de sociedad y haraganea, negligente, en los salones» (MEW, vol. XXII, p. 277). También para ellos, al menos en sus libros *conocidos*, el socialismo era en sí mismo utópico, y sólo con Lenin se habló de un «socialismo científico». Sin embargo, nunca me cansaré de insistir en la necesidad de leer a fondo los casi desconocidos los *Elementos para la crítica de la economía política*, de Marx, ya que en esas difíciles páginas sí hay realmente una teoría del socialismo que entiende a éste como algo *futuro*, y le da el sentido de lo que hoy llamamos «utopía concreta», esto es, utopía realizable.

Ya en la primera parte de este ensayo he dedicado bastantes páginas, con sus obligadas citas a Marx, a demostrar esto que

digo. En el próximo parágrafo también haré lo mismo. Baste por ahora afirmar que la existencia de esas páginas un tanto inaccesibles nos autoriza para hablar de un socialismo marxista. (Los los *Elementos para la crítica de la economía política* son difíciles porque en su estilo literario se refleja el cansancio mortal de aquel hombre que, en Londres, trabajaba durante el día como periodista para mal vivir, y de noche, hasta las cuatro de la mañana y entre innumerables cigarrillos y el estómago vacío trabajaba en los *Elementos para la crítica de la economía política*; así, el manuscrito sufre continuas interrupciones estilísticas, frases que se pierden sin fin, interpolaciones a ratos arbitrarias en otros idiomas, etc.; es decir, todo lo contrario de aquellas obras que como la *Sobre la crítica*... o el primer tomo de *El Capital*, fueron entregados a la imprenta «como un todo artístico»). (Sobre esto, ver mi libro *El estilo literario de Marx*, ed. Siglo XXI, México, 1971).

Ese socialismo marxista es algo hasta ahora inexistente. Si he consagrado bastantes páginas de la primera parte a la perestroika y la glasnost soviéticas es precisamente porque considero que esa reestructuración de la URSS tiene al menos los rasgos iniciales de una revolución socialista marxista. Pero, así como nunca hay que perder la esperanza, también debe conservarse un sano escepticismo, pues podría ocurrir que esa revolución tuviese éxito, pero también que fracasara y no realizara ningún socialismo, mucho menos uno marxista. En todo caso, queda una duda: todas esas brillantes ideas que animan a Gorbachov, ¿se le han ocurrido espontáneamente o se han inspirado en Marx? Sinceramente hablando, no lo sé. Pero tengo derecho a suponer que el líder soviético, además de inspirarse en Lenin, también debe de haberse inspirado en Marx directamente, porque sería demasiada casualidad que la perestroika, y sobre todo la glasnost, que se hallan formuladas claramente en los *Elementos para la crítica de la economía política*, se le hayan ocurrido de la nada a Gorbachov y coincidan en tantas cosas con las formulaciones de

Marx.

De todos modos, y dejando de lado toda esperanza aún no bien fundamentada, nos quedaremos con una idea, que es la central de este libro, a saber, que el socialismo, marxista, que nunca ha existido realmente, es una concreta posibilidad histórica. ¿Cómo serían las grandes líneas de ese socialismo futuro, tanto en el aspecto económico como en el espiritual? Es lo que veremos en las páginas finales de este modesto ensayo. El lector observará un cambio de estilo y de tiempos verbales, pues hablaré situándome en un posible futuro, lejos ya de este año de 1988.

4. *La utopía concreta de Marx: sus principales características como modelo*

Todo modelo, por definición, es modificable, está sujeto a cambios y a perfeccionamientos sucesivos. El modelo de la utopía concreta (ya sabemos por qué la llamo así: porque es realizable) no escapa a esta condición general. De modo que las tesis o características que aquí enumeraré, por un lado consisten en una actualización del modelo presentado en los *Elementos para la crítica de la economía política* en base a los logros de las nuevas ciencias del siglo XX, sino también se trata de una serie de veintiún tesis que bien pueden ser modificadas a medida que se desarrolla el socialismo en el mundo. Advierto que aquí corro el riesgo de ponerme a utopizar de un modo «absoluto» —de lo cual trataré de cuidarme al máximo— y el riesgo de dejar fuera del modelo algún elemento importante. En todo caso, si pecaré de algo será de exclusión y no de inclusión, pues considero que las características que de seguidas enumeraré en forma de tesis pertenecen de modo estructural al modelo socialista previamente diseñado por Marx en su mencionada obra.

1. En la sociedad socialista desarrollada deben desaparecer esos que Marx consideraba como los tres grandes factores histérico-genéticos de la alienación: la propiedad privada, la división del trabajo y la producción mercantil. La propiedad privada debe extinguirse no sólo en su aspecto material relativo a los medios de producción y de distribución, sino también en el terreno espiritual; es decir, debe desaparecer también la propiedad privada de las conciencias, que existía en el socialismo estaliniano y comenzó a desaparecer con la perestroika y la glasnost hacia el año de 1988. Ello implica un total derecho a la crítica y a la disensión, la cual no será vista como el producto

de mentes desviadas, sino de mentes que tienen todo el derecho de disentir de cualquier decisión tomada por los gobernantes o por la sociedad misma. La división del trabajo debe ser superada por lo que Marx llamaba «el desarrollo del hombre total y de sus capacidades» y, por supuesto, tal superación no significará desaparición de la inevitable especialización en las ciencias o en el arte, sino que tal especialización estará fundamentada por la existencia de hombres totales, en el sentido de que posean la suficiente información como para saber lo que ocurre en el ancho campo de la ciencia y la cultura en general. Es decir, que la mayoría de los hombres conozcan lo fundamental de lo que realiza cada cual en una especialidad. En cuanto a la producción mercantil, deberá extinguirse la economía mercantil y monetaria y también la producción de riqueza *para* un mercado: la riqueza tendrá que ser para los productores directos de la misma. La sociedad fundada en el valor de cambio será sustituida por una sociedad cimentada sobre los valores de uso, cosa que por lo demás no es un rasgo de utopía absoluta porque ya se han dado casos en la historia de sociedades fundadas sobre el valor de uso. Mientras el dinero y el valor de cambio sigan existiendo, no tendrá lugar el definitivo surgimiento de este modelo socialista, ya que aquéllos implican forzosamente la existencia de la alienación del hombre.

2. La supresión de la propiedad privada también implica la supresión de la apropiación privada del sobreproducto social. En las antiguas sociedades de transición hacia el socialismo, la socialización de la producción estaba todavía ligada a la apropiación privada del producto necesario en forma de salario, de cambio de venta de la fuerza de trabajo por un salario en dinero. En las sociedades de transición y de economía planificada subsistía una contradicción *social* basada en una contradicción *económica*: como escribe Mandel: (loc. cit., cap. XVII, vol. II) «El "trabajo" considerado como desarrollo integral de todas las posibilidades de cada individuo, y al mismo tiempo como servicio consciente del individuo a la sociedad, resultaba una noción

incompatible a la larga con la noción de "trabajo" como medio de "ganarse la vida", de asegurarse los medios de subsistencia, o llegado el caso, todas las mercancías y servicios que permitían satisfacer las necesidades individuales». En la economía socialista desarrollada esa noción del trabajo tendrá que ser superada por la noción de una labor en provecho de la sociedad, que será retribuida según las necesidades y capacidades de cada individuo, como lo expresó Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* (ver *supra*).

3. El socialismo desarrollado necesitará de hombres *libres y cualitativamente nuevos*, que son los hijos de los revolucionarios que supieron, dentro de la vieja sociedad, formarse de acuerdo a un principio humanista para poder construir el socialismo. Esta idea procede, en el tiempo, de revolucionarios como Marx y Lenin, así como también de visionarios como Ernesto Che Guevara (ver anexo). Sin embargo, la revolución psicológica al nivel de toda la sociedad sólo podrá tener lugar cuando empiece a funcionar efectivamente el principio soviético de la glasnost, iniciado en 1988, y cuando asistamos a la extinción de la economía monetaria gracias a la producción abundante y suficiente de bienes y servicios no sujetos a un salario en dinero. La conciencia socialista, que no debe ser considerada como un simple «reflejo» de la revolución económica sino como *expresión* de la misma, sólo podrá lograrse cuando se supere la realidad cotidiana de una *distribución racionada por el dinero*. Este problema, que nunca fue superado en las sociedades de transición y que comenzó a superarse en 1988 con la perestroika y la glasnost, se debía a «supervivencias» del capitalismo y a motivos estructurales que afectaban a esas sociedades. En el socialismo desarrollado habrá sido superado completamente ese estado de cosas.

4. También tendrá que desaparecer la mentalidad adquisitiva de los individuos como móvil esencial del movimiento económico. El consumismo arbitrario, así como la creación

de «necesidades» artificiales y no realmente necesarias habrá desaparecido, por la misma razón de que el objetivo económico no será la acumulación de riqueza particular, sino la creación de una riqueza *social* necesaria para satisfacer las necesidades reales de los individuos. Este fenómeno tendrá que producirse en todas las zonas de la psique humana desde la inconsciencia hasta la preconsciencia y la consciencia, según el diorama dinámico establecido por Sigmund Freud a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Al nivel de la conciencia, se tomará una actitud permanentemente revolucionaria (la «revolución permanente» de que hablaba el viejo León Trotski) y transformadora, íntimamente ligada al conocimiento del funcionamiento de la sociedad en su conjunto, al revés de lo que ocurría en los niveles medios y bajos de las sociedades de transición, en las que el Estado funcionaba como un ente lejano, inaccesible e incomprensible, definido por su composición de clase. Por eso el Estado, al menos en su vieja composición autoritaria y clasista, tendrá que desaparecer en la medida en que desaparezca todo autoritarismo «desde arriba» y se extingan las clases sociales que componían la esencia de ese Estado. Al nivel de la preconsciencia, serán desterradas todas las representaciones *ideológicas* (sobre este término, ver *supra*) de la antigua sociedad; o, dicho más fuertemente, deberá desaparecer la ideología misma a fin de que sólo quede de ella la necesaria supervivencia que proviene de la imperfectibilidad de los seres humanos; pero ya no será un factor dominante, sino subalterno, a modo de rudimento social. En la vieja sociedad la ideología era la concepción interesada y falsificadora del mundo por parte de las clases dominantes; al desaparecer las clases, desaparecerá la ideología de clase, que será sustituida por una representación del mundo de carácter *cultural*, destinada a comprender y desentrañar al mundo y no a ocultar y justificar un orden de explotación del hombre por el hombre. Al desaparecer la explotación, desaparecerá toda ideología justificadora y encubridora de esa explotación. El viejo Althusser decía que en la sociedad socialista «no puede

no haber ideología»; cosa que aceptamos, pero matizada de la siguiente manera: la representación del mundo no será primordialmente ideológica, sino espiritual, cultural. La vieja contraposición superestructural entre ideología y cultura se inclinará a favor de la cultura, y de la ideología sólo quedará una pequeña supervivencia. Sólo en este sentido aceptamos que en la sociedad socialista «no puede no haber ideología». Finalmente, al nivel de la inconsciencia, al desaparecer los medios de comunicación entendidos como mensaje ideológico y consumista de carácter represivo y dominante creador de falsas necesidades, desaparecerán las represiones oscuras que condicionaban automáticamente al hombre hacia una lealtad inconsciente hacia la sociedad explotadora y hacia el mercado de mercancías. Por ello habrá una transformación cualitativa de los medios de comunicación, que ya no serán ideológicos, sino medios de información y distracción de la gran masa del pueblo. Como dice Mandel en feliz metáfora (que es algo más que una metáfora) la sociedad dejará de ser madrastra para convertirse en madre generosa, y esto incidirá decisivamente en la inconsciencia de los individuos.

5. El nuevo modo de vida sólo podrá nacer de una *integración* de un nuevo modo de producción y de un nuevo modo de distribución, escribe Mandel. Se debe cambiar la noción de propiedad. En las viejas sociedades de transición hacia el socialismo, la propiedad se entendía como propiedad colectiva; pero esto no es un principio socialista. El verdadero principio socialista implica la propiedad de todos los miembros *individuales* de la colectividad. Esto se comenzó a hacer en 1988, con la perestroika y la glasnost.

6. La economía estará orientada hacia la satisfacción de las necesidades de todos los individuos. Esto significa que la economía se basará en la vigencia universal del valor de uso y en la desaparición de los valores de cambio como elemento

dominante de la economía. En las viejas sociedades de transición existía lo que se llamaba el «salario social», que consistía en la socialización de los costos. Este salario social prefigura a la nueva economía orientada hacia la satisfacción de todas las necesidades individuales.

7. Tiene que haber un desarrollo prodigioso de las fuerzas productivas, a fin de satisfacer todas las necesidades de los individuos. Este desarrollo forma parte de la extinción del capitalismo desarrollado, cuyas enormes fuerzas productivas habrán entrado definitivamente en contradicción con las relaciones de producción y el modo privado de apropiación, habiendo estado basadas en la obtención del máximo beneficio privado y la expoliación de la fuerza de trabajo. La riqueza que generarán las fuerzas productivas tendrá que distribuirse según las necesidades de cada individuo y en función de la sociedad en su conjunto, no una parte de ella como ocurría en el capitalismo. Tampoco se exigirá una cantidad de trabajo exactamente medida por largo tiempo, ya que si alguna medida tendrá será la variable cantidad de riqueza social obtenida por las fuerzas productivas.

8. Los servicios sociales también tendrán que regirse de acuerdo a las necesidades de los individuos libre y universalmente desarrollados. En las viejas sociedades se observaba que los pacientes pertenecientes a la clase adinerada eran mejor atendidos, a pesar de la existencia de hospitales gratuitos, en tanto que los pacientes de las clases bajas y medias no eran tratados por los médicos con la misma atención y cuidado. Semejante principio clasista tendrá que desaparecer, ya en el socialismo desarrollado. Aquella preferencia por los ricos no siempre era del todo consciente, y sólo podrá desaparecer con la extinción de las clases mismas; y en cuanto a la conciencia, deberá procurarse organizar un método perfectamente consciente de distribución equitativa en todos los individuos de la sociedad. Así como el individuo será creador de la sociedad, la sociedad se esforzará en prestar esos servicios a cada individuo.

9. La automatización progresiva hará inútil la utilización del trabajo humano vivo, entendido como fuerza de trabajo que crea valor y que requiere de un salario. Con la socialización de las empresas, desaparecerá la necesidad de los cálculos en dinero efectivo, que será reemplazado por la llamada «moneda igual». Del mismo modo, la socialización de los servicios obligará a la antigua economía monetaria a concretarse y limitarse a los «servicios personales»; y aún así, se tendrá que prescindir de las viejas relaciones monetarias derivadas de la desigualdad social. Cosas como la distribución del pan, la leche y los periódicos pasarán a ser servicios públicos gratuitos. Esto desencadenará una revolución psicológica sin precedentes en la historia de la humanidad, que es la historia de más de 7.000 años de explotación y de venta de los servicios públicos como son hoy la electricidad, la luz, el teléfono y otros artefactos que creará la nueva tecnología para aliviar la vida cotidiana. Desaparecerán, aunque no por completo —*errare est humanum*— la inseguridad personal y la inestabilidad de la existencia material. Desaparecerá igualmente el viejo y milenario apego a la propiedad privada, que aparecerá no como una «condición del hombre» sino como lo que ha sido: un producto *histórico y por tanto superable*. El hombre nuevo de este socialismo desarrollado considerará como algo «natural» la solidaridad con sus semejantes, como en la vieja sociedad se consideraba natural el esfuerzo por triunfar individualmente a expensas de los demás.

10. Esa segunda naturaleza que es la cultura, estará integrada de modo natural a la estructura biológica y al sistema perceptivo o estético –*aisthesis*– del ser humano, y a su estructura psicológica. La «cultura» en la vieja sociedad era patrimonio de los hombres pudientes, aunque siempre ha habido casos aislados en que no ocurre así, pero que por lo mismo de ser casos aislados no daban la medida de lo que acontecía en la entera sociedad. Será socializada de tal modo que se haga accesible a cualquier individuo, y por ello mismo

deberá ser promocionada por los gobernantes o conductores, o por hombres cultos capaces de hacerlo por su propia cuenta. Resucitará la antigua figura del preceptor, pero esta vez se elegirán como tales a individuos de cultura universal que sepan formar a los niños y muchachos de modo universalista, tanto en lo científico como en lo humanístico. Es más: desaparecerá la falsa dicotomía u oposición de la cultura científica y la cultura humanística. Las viejas enseñanzas de los humanistas clásicos serán revalorizadas en lo que tienen de examen de la verdadera naturaleza del hombre y su dignificación, como ocurría en los principios del Renacimiento italiano, basado en la creación del *uomo totale*, y despojada de todo carácter clasista. El hombre culto se identificará como ser social, porque habrá aprendido que lo es, no sólo en el aspecto socioeconómico, sino también en el sentido biológico; pues la estructura del cuerpo humano y sus funciones —en especial la psicológica y la sexual— necesitan de modo natural de otros seres humanos para realizarse.

11. La guerra como solución «demasiado humana» a los problemas económicos y políticos tendrá que desaparecer. La vieja interpretación bélica de la historia, según la cual la humanidad «necesita» de guerras periódicas para poder avanzar, será rebatida por una diplomacia afinada, de modo que todos los problemas se resuelvan en la mesa de negociaciones. Esto incluso desaparecerá en la fase superior del comunismo, porque para entonces la humanidad entera será comunista y no habrá necesidad de conflictos. La teoría falsa de que «la guerra es necesaria», que provenía de una psicología ya superada según la cual pertenecería a la «esencia» del ser humano el «instinto de agresión» o el «instinto de destrucción», se extinguirá por su propio peso negativo y por su falta de seriedad científica. Nadie jamás ha podido demostrar que el «instinto de agresión» pertenece a una presunta «naturaleza humana». Sólo los viejos filósofos y ciertos psicólogos han pretendido, sin lograrlo nunca, presentar semejante tesis como «científica». La biología del siglo

XX demostró la falsedad de esa tesis, así como también lo ha demostrado la psicología de finales del siglo XX. La psicóloga Lauretta Bender demostró que la agresión, en lugar de ser «innata» en el niño es el producto de ciertas deficiencias y anormalidades que han existido entre el niño y su medio ambiente, sobre todo si éste se compone de medios de comunicación y de juguetes destinados a fomentar el presunto instinto de destrucción. Por otra parte, como el socialismo por definición será un fenómeno mundial, desaparecerá la vieja división del mundo en bloques de poder y zonas de influencia, con lo cual desaparecerá también el fantasma de la guerra imperialista que más o menos hasta 1988 —año de la glasnost y la perestroika en funciones— desaparecerá al menos en el bloque socialista, ya que pensamos que el capitalismo y su imperialismo consustancial tendrán para esa fecha todavía una vida acaso más larga de lo que suponemos, o al menos de lo que suponía Marx. De igual forma el hasta entonces llamado «tercer mundo» desaparecerá gradualmente como tal, gracias a la ayuda material y moral y militar (en el sentido de una política de defensa estratégica basada sobre todo en la diplomacia y la persuasión) de todos los países socialistas, de modo que ese mundo se integrará paulatinamente al mundo de los países desarrollados.

12. Se extinguirá la sociedad de clases. Tanto la burguesía como el proletariado y otras clases nuevas llegarán a una igualación universal bajo el principio marxiano de: «De cada quien según sus capacidades; a cada quién según sus necesidades». La burguesía habrá cumplido su papel histórico, que en un principio fue revolucionario, pues logró la desintegración de la sociedad feudal, y el proletariado y los marginados se autonegarán históricamente de modo dialéctico. Lo que yo llamo *plusvalía ideológica*, que básicamente consiste en la extracción de trabajo psíquico excedente con fines de aumentar el consumo material de mercancías, se habrá encargado de integrar a las clases marginales al aparato productivo de la

sociedad. Esa plusvalía también habrá de desaparecer con la desaparición de las clases mismas. Tal igualación de las clases estará sustentada jurídicamente según el principio de la desigualdad entre los hombres, y el derecho burgués, que es el «derecho igual» desaparecerá para ser sustituido por un derecho desigual, adaptado a las capacidades de cada individuo, que no son nunca las mismas de los otros individuos. Marx escribió en la *Crítica del Programa de Gotha*: «Paradójicamente, lo que aparece como fin del socialismo es, precisamente, el desarrollo integral de la desigualdad entre los hombres, de la *desigualdad* de sus aspiraciones y capacidades, de la desigualdad de sus personalidades. Pero esta desigualdad personal no significará ya diferencia de poder económico; no implicará ya desigualdad de derechos o privilegios materiales. Sólo podrá extenderse en un clima de igualdad económica y material». Esto implica el establecimiento de una cosa difícil de lograr: un equilibrio entre *legalidad y justicia*, que nunca habrá existido sino hasta ahora, aunque ya en 1988 se inició en la Unión Soviética el experimento para lograr ese difícil equilibrio. Esta es una de las razones por las cuales el marxismo habla de una «prehistoria» y una «historia» de la humanidad. En 1988 todavía no se ha superado definitivamente la «prehistoria».

13. El Estado, que se define por su contenido de clase, desaparecerá con la desaparición de las clases mismas. Marx había previsto una fase de transición, signada por la dictadura del proletariado. Aparte de que esto nunca se dio, de haberse dado hubiera sido también una dictadura de clase, destinada a combatir la dictadura de la burguesía. En las sociedades de transición hacia el socialismo era una contradicción la hipertrofia y la omnipotencia autoritaria del Estado. La autogestión de todas las fuerzas sociales reemplazará al viejo Estado. No significa esto que no habrá gobernantes, o mejor dicho, un equipo de *conductores* compuesto por gente de mediana edad y con suficiente capacidad, sabiduría y equilibrio como para administrar el poder social de

manera equitativa para todos los individuos, que serán quienes elegirán a ese equipo y lo controlarán.

14. Toda la sociedad dispondrá de un tiempo razonado y generoso de ocio o de tiempo libre, lo suficientemente grande como para poder, cada individuo, realizar lo que antes era privilegio de un solo sector a saber, la adquisición de conocimientos tanto humanísticos como científicos, la libre creatividad artística y el tiempo necesario para una sana distracción. De este modo la sociedad podrá asumir su propio control, ejercido por un número cada vez mayor de individuos. Y esto como dice Mandel, será la solución *técnica* para la extinción progresiva del Estado. Y también será la solución para el final de la antigua era, donde todavía los ocios y el tiempo libre estaban comercializados o penetrados de ideología mercantil.

15. Con la automatización, la jornada de trabajo —que por lo demás, como antes dijimos, no será medida nunca de la misma manera sino según las circunstancias— se verá reducida drásticamente y el trabajo mismo no será medido por el rasero del salario. Ya en el siglo XX había comenzado este proceso. En los Estados Unidos, la duración del tiempo semanal de trabajo era de 70 horas en 1850, de 60 horas en 1900, de 44 horas en 1940, de 40 horas en 1950 y de 37.5 en 1960.

16. La valorización del ocio estará íntimamente ligada a la *socialización de los costos*. Es muy fácil y barato satisfacer a millones de personas con programas televisivos de baja calidad y estandarizados, con películas malas o destructivas, con programas radiales de baja categoría. Es mucho más difícil y costoso ofrecer televisión de gran calidad, con sentido paidético y andragógico; producciones teatrales de gran altura; programas radiales que despierten la conciencia en vez de aletargarla ideológicamente. Se pasaría del consumo al disfrute y de la simple información a la formación integral del individuo.

17. Consecuencia de la valorización del ocio será la autogestión de todos lo individuos trabajadores, ya que los impedidos por la edad o por algún accidente o enfermedad serán justamente pensionados. A menudo, en la vieja sociedad, se argüía que «los obreros no tienen muchos deseos de dirigir sus empresas» como dijo Jean Herst. Tal afirmación corresponde tan sólo a experimentos de cogestión en plena economía capitalista y a ciertos experimentos en las antiguas sociedades de transición hacia el socialismo. En ambos casos, cuando el obrero concurría a las «reuniones» donde aparentemente iba a tener un papel ductor, de antemano sabía que su destino estaba sellado y que no hallaría ningún papel decisorio. Sin embargo, en un país como Yugoslavia las empresas le ofrecían (hablamos del siglo XX, después de la revolución autónoma yugoslava en 1940) al obrero la posibilidad real de dirigirlas, se observaba una afluencia cada vez mayor de individuos en los Consejos Obreros. Tal vez por eso el dirigente soviético Mijail Gorbachov comenzó por una visita amistosa a Belgrado y en general al país yugoslavo, tradicionalmente desafecto a la Unión Soviética. Autores tan diversos como Touraine y Dufoi reconocían que los trabajadores buscan en la empresa ocasiones de autodeterminación.

18. El crecimiento económico, la expansión de las fuerzas productivas, no será un fin en sí mismo; es decir, no será un crecimiento *ad infinitum*, sino que se detendrá cada vez que sean colmadas las satisfacciones de todos los individuos, así como se acelerará cuando las circunstancias lo exijan. Al suspenderse la economía de mercado, el problema de las inversiones quedará cualitativamente transformado. Los productores de bienes de producción tendrán los mismos derechos que los productores de bienes de consumo, y los productos de su trabajo no tendrán que venderse en un mercado, sino que servirán para renovar o sustituir la existencia gastada de máquinas, materias primas, productos auxiliares que son necesarios para la renovación de la producción.

19. Dice genialmente Marx en sus *Elementos para la crítica de la economía política*: «Si la masa obrera se adueña de su propio sobre trabajo –y si el *tiempo disponible* deja por ello de tener una existencia *contradictoria*– el tiempo de trabajo necesario será, por una parte, limitado, medido por las necesidades del individuo social, y el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad crecerá; por otra, tan rápidamente que se incrementarán los ocios de todos, a pesar de que la producción se oriente hacia la riqueza de todos. Porque la riqueza no es otra cosa que la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. POR CONSIGUIENTE EL PATRÓN DE LA RIOUEZA NO SERÁ YA EL TIEMPO DE TRABAJO, SINO EL DE OCIO» (pp. 593-596). Estas palabras de Marx no necesitan comentario, pues son bastante elocuentes en lo que se refiere a la desalienación en la sociedad socialista desarrollada.

20. Dos tipos de alienación, que en el fondo son uno, desaparecerán en la sociedad socialista. Por una parte, la alienación de los trabajadores sólo se extinguirá cuando los individuos se sientan conscientes y espontáneamente propietarios de los productos de su trabajo, dueños de las condiciones de trabajo y no separados de los medios de producción. Exige, pues, una autogestión real de los productores, y una abundancia real de bienes y servicios que cubra todas las necesidades. Por otra parte, los intelectuales, no sentirán como una enajenación esa separación entre la teoría y la praxis que sufrían en la antigua sociedad y que los obligaba a ser unos desequilibrados, sometidos al diario desprecio de un sistema que no sabía valorizar su aporte sino en la medida en que ese aporte fortalecía al sistema en todas sus coordenadas de consumo y de ganancia. Desde Kierkegaard hasta los existencialistas, el hombre fue definido como el ser con angustia, el hombre a la deriva. En aquel caso los filósofos tenían razón, porque interpretaban realmente al mundo y preparaban los presupuestos teóricos para transformarlo, como quería Marx. En la sociedad socialista, el intelectual vivirá

una vida en armonía consigo mismo en la que no incidirán las contradicciones de una sociedad en la que el trabajo intelectual era considerado tan sólo como un factor de apoyo del sistema, como una ideología; y vivirá también en armonía con la sociedad en la que él contribuye como fuerza productiva destinada a la clarificación de las conciencias y al desarrollo de la sensibilidad. En 1988 se asumió ese proceso con la glasnost. El artista, por ejemplo, integrará su trabajo a la colectividad, tal como se hacía en los tiempos de la Grecia antigua, cuando bajo el mando de Péneles todos los artistas estaban al servicio de la polis. Tal será el sentido del nuevo humanismo.

21. Por las razones anteriores, en la sociedad socialista se realizará lo que Marx llamaba la «superación del trabajo» *(Aitfliebung der Arbeit)*. Naturalmente, los hombres seguirán trabajando, pues es una necesidad humana la de actuar, la de trabajar el mundo. Pero el trabajo como *tripalium*, como instrumento de tortura que el hombre se veía obligado a realizar a cambio de un salario que lo explotaba, desaparecerá. Además, como ya hemos visto, aumentará el tiempo de ocio. El viejo trabajo quedará relegado a eso que Engels llamó la «prehistoria» humana. Durante mucho tiempo se había presentado al *homo faber*, al hombre que produce instrumentos de trabajo, como el verdadero creador de la civilización y la cultura humanas. Sin embargo, el holandés Huizinga, en hermoso libro *Homo ludens*, demostró que el verdadero creador de las culturas es el hombre que juega, el hombre cuya actividad consiste en la libre creación de formas nuevas. La antropología del siglo XX dio la razón a Marx en lo que respecta a la teoría de que el hombre primitivo era una combinación de *homo faber* y *homo ludens*, y de que con el tiempo y el surgimiento de nuevas formas de alienación unos hombres quedarían relegados a la tarea fabril mientras otros, los menos numerosos pero sí los más poderosos podían dedicarse a ser *homines ludens*, hombres que juegan y que crean libremente cultura. El socialismo desarrollado tendrá que superar esta

división, que era propia de la sociedad de clases, y unir en un solo haz humano la actividad creadora y la actividad fabril. Ciertos intérpretes positivistas del marxismo lanzaron por entonces la idea de que en la sociedad socialista seguirían existiendo las mismas «leyes de bronce» económicas, pero con la diferencia de que en el socialismo el hombre tendría consciencia de ellas y las «utilizaría en su provecho», siguiendo la consigna de Hegel según la cual la libertad no es otra cosa que «tomar consciencia de la necesidad». Sin embargo, Marx fue muy claro cuando dijo que el reino de la libertad comienza *más allá* del de la necesidad. Por eso escribió: «El reino de la libertad sólo comienza, en efecto, allí donde desaparece el trabajo impuesto por el desamparo y por la penalidad exterior; por la naturaleza de las cosas se encuentra más allá de la esfera de la producción propiamente dicha» (*El Capital*, III, 2).

Finalmente, diremos que estas veintiuna tesis se basan en la observación de las tendencias de las actuales sociedades desarrolladas.

5. *Conclusión*

Hemos finalizado un viaje por dos mundos: el mundo real actual y el mundo de la utopía. El examen del mundo actual nos ha revelado que el movimiento iniciado en la Unión Soviética con los nombres de perestroika y de glasnost es un fenómeno al que debemos prestar suma atención. No observo en mi país la necesaria atención que requiere un asunto de tanta trascendencia. Tal vez ello se deba a que escribo en plena campaña electoral, y que la mayoría de los ánimos están caldeados y los dirigentes no tienen tiempo para leer a Gorbachov o sentarse a pensar, simplemente a pensar, en la importancia mundial del nuevo movimiento. Sin embargo, deberían hacerlo cuanto antes, sobre todo los que se llaman socialistas, porque esa tarea los podría ayudar de modo muy efectivo para ofrecer al pueblo una alternativa socialista *claramente definida*. Si algo de esa claridad llega a ser encontrada en este ensayo –que no está hecho para las elecciones, sino para mucho más lejos– me daré por satisfecho. Naturalmente, estoy dispuesto a recibir toda clase de críticas, desde los propios socialistas hasta los descreídos que se burlan y hacen mofa de la virtud de soñar y la virtud de la esperanza. «El ser humano es perfectible», decía André Gide, y tenía mucha razón. Si no tenemos el coraje de aspirar a la realización de una utopía, que en este caso es la socialista, realmente no tenemos razón alguna para qué vivir.

ANEXO[4(*)]

EL HOMBRE DEL SIGLO XXI

4 (*)El texto de este anexo corresponde a una conferencia dictada por mí en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela en 1978, cuando se conmemoraban los 11 años del asesinato de Ernesto Che Guevara. Este texto fue impreso en un libro que por diversos motivos que no vienen ahora al caso, jamás circuló realmente, por lo cual el lector puede considerar la conferencia como casi estrictamente inédita. Por lo demás, el lector tiene que tener en cuenta esa fecha de 1978 para explicarse ciertas expresiones mías, un tanto duras hacia la Unión Soviética, cuya delegación en ese acto decidió retirarse ante lo que consideraba una crítica injusta hacia su país. También tiene el lector que tener en cuenta que en aquellos años aún ni soñaba en Gorbachov, la perestroika o la glasnost. Lo importante son las palabras del Che Guevara, que reparto en cita a lo largo del texto y que no ofrecen dudas acerca de la avanzada posición de aquel hombre en 1964, cuando escribió su largo ensayo sobre *El socialismo y el hombre en Cuba*. Las ideas del Che nos sirven hoy, inesperadamente, para explicarnos algunas cosas que sólo han venido a aclararse con el surgimiento de la perestroika y la glasnost en la Unión Soviética. El Che Guevara fue en esto, como en muchas otras cosas, un hombre profético, un visionario.

El hombre del siglo XXI: La memoria futura del Che Guevara[5(*)]

La figura del Comandante Ernesto Che Guevara es hoy más que nunca para nosotros como un relámpago de oro en la conciencia. Su acción y su pensamiento, su increíble audacia histórica, constituyen una permanente advertencia para todos aquellos que pensamos, con Marx, que no basta con interpretar el mundo, sino que es preciso cambiarlo, transformarlo, alterarlo revolucionariamente. El Che Guevara hablaba constantemente de la necesidad de crear un *hombre nuevo*, que él llamaba «el hombre del Siglo XXI», y advertía que esa era una tarea enormemente dificultosa; nosotros, aquí y ahora, tenemos el deber, al recordar hoy la figura del guerrillero asesinado hace once años, de meditar a fondo sobre ese principio revolucionario que, desgraciadamente, ha sido tomado muy poco en cuenta por los revolucionarios socialistas del presente siglo. Más adelante desarrollaré un poco más este tema central del pensamiento político cultural del Che Guevara; tan sólo quería iniciar estas palabras recordando un principio cuya presencia es indispensable en las mentes y en la acción de todos los que tienen fe y esperanza en la transformación socialista de nuestro país y de América entera. Si estuviera vivo, el Che Guevara habría cumplido recientemente (el 14 de junio) cincuenta años de edad. Y estaría sin duda vivo, de no haber creído su deber, hacia el año de 1965, el irse a combatir por la liberación de Bolivia; es decir, de un país de nuestro continente, porque el Che Guevara, al igual que José Martí y Simón Bolívar, no pensaba en términos nacionales, sino supranacionales. Martí decía que «la patria es América» y la ambición profunda del Che Guevara era de liberar al continente

5 (*) Transcripción de un discurso pronunciado en 1978 en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, con ocasión del onceavo aniversario de la muerte del Che Guevara.

entero, sometido a la tiranía histórica del régimen capitalista, que unas veces se disfraza de gobiernos despóticos y sangrientos y otras veces se disimula a través de gobiernos aparentemente democráticos. Incluso, más que en términos americanos, el Che Guevara pensaba en términos mundiales. Esto está expresado con terrible claridad en un escrito suyo, elaborado poco antes de irse a la guerra boliviana y que se conoce bajo el título de *El socialismo y el hombre en Cuba,* uno de los documentos de pensamiento socialista más importantes que se hayan escrito jamás. A partir del momento en que se fue a pelear con Fidel en las montañas cubanas, el Che fue elaborando periódicamente diversos documentos en los que expresaba sus ideas directrices sobre los problemas de la revolución y del socialismo. De estos documentos dijo una vez Fidel que «no dudamos de que pasarán a la posteridad como documentos clásicos del pensamiento revolucionario». Pues bien, en el documento antes mencionado, el Che Guevara desliza una impresionante premonición, que más que una premonición era el conocimiento exacto de su propio destino. Poco antes de irse a pelear a Bolivia, el Che escribe estas palabras: «El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida del internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo». Semejante claridad premonitoria no puede darse sino en un hombre que, como el Che Guevara, sabía que con la decisión tomada corría el riesgo seguro de la muerte. Cuando habla de la necesidad de no sumirse en la «cómoda modorra» no debemos interpretar, como han hecho algunos, que quedarse en Cuba como dirigente de la revolución

era algo así como dormirse sobre los laureles y disfrutar de los beneficios del triunfo y del poder; por el contrario, quedarse en Cuba hubiera implicado, para un hombre esencialmente inquieto e infatigable como el Che, permanecer en medio de un trabajo continuo, agotador, diario y permanente; pues como se sabe, ya Fidel dijo una vez, admirado, que la oficina del Ministerio de Hacienda, donde trabajaba el Che, tenía las luces encendidas hasta bien entrada la noche. Pero ocurre que el Che Guevara se sintió llamado hacia una tarea mucho más difícil, ambiciosa y alta, que era la de irse a combatir por todos los pueblos de América, para superar el nivel local de la revolución. Por eso él hablaba, en una carta de 1964, de «alguna remota región del mundo donde mis huesos andarines me llevarán». Yo creo que, si dejamos de lado la expresión, históricamente algo ambigua, de «internacionalismo proletario», nos queda una semilla de pensamiento que conserva toda su vigencia. El esquema, válido para el siglo pasado europeo, según el cual es la clase proletaria la única elegida históricamente para derrumbar el capitalismo, debe sustituirse por una formulación más dinámica y amplia, que envuelva a todas las capas sociales con potencialidad de rebelión, entre las cuales figura por supuesto en primer lugar la clase proletaria. Y en cuanto al internacionalismo propiamente dicho, la experiencia nos ha demostrado que no debemos entenderlo como el hecho de sembrar focos guerrilleros en cada nación de América o del mundo, para crear, como decía el Che, «uno, dos, tres Vietnam». El mismo Che Guevara decía que el fenómeno cubano era irrepetible en sí mismo y que cualquier revolución en otro país del continente tendría que tener otras características propias, pues no es lo mismo luchar contra un gorila de cachucha y botas que contra un gobierno democrático «representativo». El enemigo grande, a nivel internacional, es sin duda el mismo, pero no hay que caer en una mitológica lucha abstracta contra el imperialismo capitalista. Los dirigentes socialistas de América Latina, y en particular los de Venezuela, han tenido que comprender que la revolución es una palabra

abstracta que no sirve para nada si no se le dota de un contenido específico y concreto, un contenido que yo no llamaría «nacional», sino *regional*; y lo digo porque si hay una idea específicamente burguesa, es la idea de nación. Los socialistas deben no perder nunca de vista las experiencias históricas, tanto las triunfantes como Cuba, como las fracasadas, al estilo de Chile. Esto no significa que tendremos que quedarnos con los brazos cruzados, pasivamente, a la espera de que se produzcan revoluciones en los otros países. Ahí está el caso doloroso y actual de Nicaragua, donde ciertamente no está planteada una revolución socialista en el estricto sentido, pero sí una lucha de liberación, una guerra popular en la que los socialistas de toda América deberían intervenir con hombres y armas. Tarde o temprano, en muchos de nuestros países se planteará una guerra popular semejante, y los socialistas deberán hacer allí acto de presencia, no para crear «focos» guerrilleros cuya victoria produciría mágicamente la revolución socialista, sino para ayudar a los pueblos a liberarse de tiranías y dinastías, es decir, ayudarlos a quemar y superar etapas históricas, única manera de ponerlos a las puertas de una revolución socialista. Como decía sintéticamente el Che Guevara en una carta de 1964, se trata de «vencer el capitalismo con sus propios fetiches».

El Che Guevara siempre anduvo empeñado en construir un socialismo original, no sólo en el sentido de adaptar la idea general socialista a las condiciones específicas de los pueblos americanos, sino también en el sentido de no cometer los mismos errores que han arrastrado durante décadas los diversos socialismos existentes. Uno de los errores más graves que han cometido casi todas las revoluciones socialistas es el descuidar, o dejar en un segundo plano de importancia, el problema del desarrollo de la conciencia. Se ha creído que bastaba realizar una transformación en el orden material económico, pues de esta transformación se desprendería, como por arte de magia, la transformación de la conciencia. Un materialismo grosero,

por completo distinto del materialismo de Marx, cuando no un burdo economicismo; han creído que la conciencia de los hombres es algo así como un mero agregado; en otras palabras, que la llamada «superestructura» no es sino un reflejo pasivo de la estructura socioeconómica. Por descuidar este aspecto fundamental, las revoluciones socialistas se han encontrado con que, después de décadas de transformaciones económicas, la conciencia de los hombres permanecía casi igual que antes de la revolución, con los mismos criterios capitalistas de antaño y entendiendo la ley del valor desde el punto de vista capitalista de la obtención del máximo beneficio. Es más, se ha creado una nueva forma de capitalismo, que yo llamo *capitalismo ideológico*, que consiste en la acumulación, por parte de la clase dirigente y dominante –que en este caso es la burocracia– del derecho a manejar las ideas revolucionarias como si fuesen una propiedad privada, un derecho exclusivo de quienes controlan el poder. Esto ha tenido que ocurrir así porque sólo mediante el terrorismo ideológico se puede controlar la conciencia de un pueblo al que no se ha dejado crecer mentalmente libre y con capacidad crítica. Semejante postura se explica porque en tales revoluciones se ha sacrificado siempre al individuo humano en beneficio de un mitológico principio colectivo. Pero la experiencia histórica nos demuestra cada día más que no hay manera de encarnar ese principio colectivo abstracto si no es reforzando al máximo el desarrollo de cada uno de los individuos. Por un proceso dialéctico, mientras más se desarrolla el individuo como tal, mayor será su capacidad para consagrarse al bienestar colectivo. Es en la sociedad capitalista donde el desarrollo de la individualidad tiene un sentido egoísta y privativo.

El Che Guevara hizo siempre un gran énfasis en este problema. Su ensayo antes citado, *El socialismo y el hombre en Cuba* es toda una apología crítica sobre la necesidad del desarrollo de la conciencia individual como único medio de integración real a la causa de la revolución socialista. Por eso hablaba tanto de lo

que él llamaba, siguiendo al gran poeta norteamericano Thomas Merton, el «hombre nuevo» (*el New Man* de Merton) o dicho de otra forma, «el hombre del siglo XXI». El Che Guevara partía, en sus reflexiones, de la necesidad de llevar la revolución al plano de las conciencias. Fue él el primero en darse cuenta de que las grandes transformaciones económicas y sociales de la revolución cubana no se acompañaban de un desarrollo paralelo de las conciencias, las cuales seguían espiritualmente en la órbita del capitalismo. Como buen lector del primer tomo de *El Capital* de Marx, el Che razonaba de este modo: «La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia». Estas palabras del Che recuerdan un pasaje de la obra de Marx, un pasaje precioso y poco utilizado, a pesar de que serviría para refutar a ciertos críticos burgueses que han puesto en duda la ley del valor; hablaba allí Marx de que hay cosas, como la conciencia, que sin ser formalmente mercancías pueden tener un precio; el honor no es una mercancía, mas puede mercantilizarse, lo mismo que la conciencia total del hombre. Pero el Che Guevara iba aún más allá. En la sociedad capitalista no es necesario que la conciencia haga un esfuerzo especial de cobardía o egoísmo para convertirse en una mercancía; el mismo sistema nos obliga a todos a pensar en términos mercantiles, a producir eso que yo llamo *plusvalía ideológica*. El capitalismo crea el hombre-mercancía. Contra la supervivencia en Cuba de este hombre mercancía dirigió el Che Guevara todos sus ataques, porque bien pronto comprendió que la conciencia no se desarrolla espontáneamente al simple contacto con el desarrollo material; la conciencia es una órbita autónoma, todo lo dependiente que se quiera del orden material existente, pero en sí misma autónoma. Y lo que se dice de la conciencia se dice del individuo humano. El individuo, escribía el Che, es el «actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de un ser único y miembro de la comunidad». Esta sola proposición representa un avance inmenso en la concepción

de la táctica y la estrategia del socialismo. Yo propondría a los socialistas venezolanos que meditasen a fondo en este problema, porque una de las cosas que más asustan a nuestro electorado, sometido como está al bombardeo de la propaganda capitalista, es precisamente el miedo a darle el voto a una concepción del mundo y de la sociedad en la que supuestamente hay que sacrificar la individualidad en beneficio del principio colectivo. Por eso me ha alegrado mucho comprobar que dirigentes como Américo Martín afirman categóricamente que un socialismo donde se sacrifique al individuo en aras del principio colectivo sería un socialismo «contrario al género humano».

Con respecto al individuo, escribe el Che lo siguiente: «Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las tareas del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas. El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación». Esto último que dice el Che es también muy importante, porque no debemos creer que el desarrollo de la conciencia deba ser simplemente un esfuerzo de unos cuantos dirigentes que, desde el aparato estatal, guían la educación del pueblo; a este esfuerzo debe sumarse el esfuerzo individual, la voluntad de auto superación. Esta voluntad de autoeducación tiene, a su vez, que ser fomentada por el Estado, el cual a su vez está integrado por hombres que han sabido auto superarse; se trata de un circuito dialéctico.

Y prosigue el Che diciendo: «La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no sólo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición, con persistencia de las relaciones

mercantiles». Gran razón tenía el Che Guevara al enfatizar las magnitudes de este problema. Él, con su gran visión, supo tomar tempranamente conciencia de un problema que, bastantes años después de su muerte, sigue aún planteado en Cuba, aunque es justo decir que ha comenzado a resolverse satisfactoriamente, pues el grado de conciencia política ha aumentado notablemente en la población, tanto en las generaciones más viejas como, por supuesto, en la última generación, la que nació dentro del socialismo. En Matanzas, en 1974, se inició una experiencia que se ha llamado el «poder popular»; es decir, un auténtico experimento de autogestión. Dos años después se midieron científicamente los resultados de ese experimento, y se lo encontró tan exitoso que se decidió aplicarlo a toda la población. Recientemente he leído una encuesta sociológica realizada por el venezolano Antonio José Herrera en Cuba, destinada a medir el grado de cultura política de los cubanos. El resultado es realmente alentador. El grado de conciencia ha aumentado. Ya no se sienten tanto los residuos del viejo capitalismo. El Che Guevara tenía, pues, razón al advertir a tiempo el enorme peligro de no prestarle la debida atención al desarrollo del individuo y de su conciencia.

Aquí es donde se inserta la idea, tan persistente en el Che Guevara, de la creación de un hombre nuevo. «Para construir el comunismo —escribe el Che— simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo». Fijémonos bien en lo que dice el Che: «simultáneamente con la base material». Esto quiere decir que el problema de la creación de una nueva conciencia tiene que afrontarse desde el comienzo mismo de la revolución, y yo diría que aún antes; en todo caso, cualquier esfuerzo que se haga para transformar la estructura productiva tiene que acompañarse de un esfuerzo igual para transformar las relaciones de producción. El término «relaciones de producción» tenía en Marx un sentido amplio, no limitado exclusivamente a la órbita de producción económica. Lo grandioso de la obra

económica de Marx reside en esa virtud de generar unas categorías económicas que tienen también una aplicación no económica, porque alcanzan a la totalidad de las relaciones sociales. En las «relaciones de producción» se incluye toda producción humana, incluida la producción artística e intelectual, así como también todos esos tipos de trabajo que Marx llamaba «no productivos» en el sentido de que no generan directamente plusvalía, al menos plusvalía material. Se podría reconstruir la historia de la humanidad teniendo como guía las distintas relaciones de producción que se han dado en la historia. Uno se pregunta si los socialismos actuales han alcanzado un tipo de relaciones de producción que sean realmente socialistas. Por eso el Che Guevara se preocupaba tanto de la formación de una conciencia socialista y la creación de un nuevo hombre; porque sin esos elementos es imposible practicar un vuelco histórico radical en las relaciones de producción.

Como decíamos antes, el desarrollo pleno del individuo es lo único que puede garantizar su participación libre y activa en el trabajo social o empresa colectiva. Observemos lo que escribe el Che a este respecto: «En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aún dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencias a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma». Y más adelante añade el Che: «El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social

es infinitamente mayor». «El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado». Y todas estas cosas pueden decirse, escribe el Che, «basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía».

Ahora fijémonos en un punto que, a mi juicio, es de la mayor importancia y que puede enunciarse con estas palabras del Che: «Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte». De modo, pues, que para el Che Guevara el asunto de la cultura y el arte constituía una prioridad fundamental. Esto no le venía tan sólo de ser, como decía, un «poeta fracasado», sino sobre todo de una clara conciencia del papel revolucionario que puede tener el arte como factor de expansión de la conciencia y la sensibilidad. «Desde hace mucho tiempo –escribe el Che– el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual». Ahora bien, el arte, en el socialismo, no debe verse como una labor que es preciso controlar desde el Estado para ponerla ciegamente a su servicio. El arte es el reino de la libertad, y las formas artísticas, por el hecho mismo de ser bellas, son revolucionarias. Lo son, no por un presunto contenido ideológico socialista, sino simplemente por ser bellas, porque con su belleza amplían la sensibilidad del hombre y, por ende, su conciencia. Y todo lo que tiende a crear conciencia es revolucionario. Por eso una revolución socialista no puede cerrarse al patrimonio cultural y artístico del occidente cristiano y pagano, porque está repleto de obras de creación cuyo sólo conocimiento contribuye a aumentar la conciencia del hombre.

De ahí que el Che Guevara la emprendiera directamente contra formas como el llamado «realismo socialista», que en lugar de ser el producto de la libre imaginación, pretende calcar la realidad a fin de hacer apología del régimen existente. Por el contrario, el Che propone «hacer del arte un arma de denuncia». He aquí las palabras exactas con que el Che hace su diagnóstico histórico de este fenómeno: «Cuando la revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un campo nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia. En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en tabú y se proclamó el *summum* de la aspiración cultural, una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear». Y añade luego el Che: «Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista...».

Y también se preguntaba el Che lo siguiente: «¿Por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida?». Por otra parte, el Che Guevara mantenía una actitud sumamente crítica y severa con respecto a los poetas y artistas cubanos del momento. Le parecía que estaban mentalmente en retraso frente a la revolución. Lo expresaba con estas palabras: «La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son

auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras; pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles ni "becarios" que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo».

Esta visión de la misión del artista está entroncada con su visión totalizadora del hombre nuevo. «El hombre del siglo XXI es el que debemos crear –afirma el Che– aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad». Y ciertamente es un aporte al marxismo esta idea del Che del hombre nuevo. Viene a ser el desarrollo actual de aquella vieja proposición de Marx en sus *Elementos para la crítica de la economía política* de 1858, según la cual la alienación universal *(allseitige Entäusserung)* sólo podía superarse mediante el desarrollo universal de los individuos. Se trata, decía el Che, «de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad».

He querido centrar estas reflexiones en aquella parte del pensamiento del Che Guevara que considero de mayor actualidad

y utilidad; es decir, sus pensamientos sobre la importancia del desarrollo pleno del individuo y de su conciencia en un proceso socialista. Creo que el mejor homenaje que podemos hoy tributar a este gran hombre americano es rescatar, para nuestro uso actual y urgente, un pensamiento que sigue y seguirá siendo una advertencia permanente para todos los revolucionarios. Cualquiera que sea la forma que adopte cada cual para luchar por la transformación de nuestra sociedad, tiene que comenzar desde ahora por emprender en sí mismo la dura batalla necesaria para convertirse en un hombre nuevo, en un hombre con mentalidad realmente revolucionaria. Por eso creo que si el Che Guevara estuviera aquí presente, él, que era un universitario y que toda su vida estudió intensamente, nos pediría a todos que nos dedicásemos profundamente al estudio, como un medio de apoderarnos de la realidad y para desarrollar nuestra conciencia.

No hubo pensamiento del Che Guevara que se quedara en la fase puramente intelectual; él realizó en sí mismo, en su propia persona, todos los postulados de su severa y ascética moral. Él consideraba que su deber era ser guerrillero, y así lo hizo y lo cumplió hasta la muerte. Si nosotros, hoy, consideramos que nuestro deber reside en otro tipo de lucha más adaptado a las circunstancias históricas, así tenemos que hacerlo y cumplirlo. En una ocasión, en 1964, una señora llamada María Rosario Guevara le escribió al Che desde Marruecos para decirle que era su pariente. El Che Guevara le contestó con estas palabras: «No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es más importante».

En otra carta del mismo año, el Che trazó un impresionante y poético retrato de sí mismo, al decir: «un poco más avanzado

que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y, a veces, se organizan».

Así era este hombre excepcional, este héroe de nuestro tiempo que ha sido idealizado incluso hasta por sus enemigos, esos mismos que todavía hoy llevan su imagen en franelas deportivas, en collares, en bolígrafos y demás objetos de la sociedad de consumo. Ni siquiera la comercialización del Che ha podido matarlo.

Los asesinos del Che, aquellos miserables guiados por un yanqui no menos miserable, llegaron a sentir verdadero terror ante el cadáver del guerrillero. Sabían que él no podía ya hacerles nada en ese momento, y sin embargo, le tenían un miedo profundo. Parecía que sus ojos cristalinos emitían aún relámpagos de valor y fuerza. Sintiéndose acusados y conminados en lo más profundo de sus conciencias, los asesinos tomaron la resolución desesperada y demencial de amputarle la mano derecha y después enterrarla. Desenterremos, amigos, esa mano gloriosa y escribamos una vez más: PATRIA O MUERTE. VENCEREMOS.

BIBLIOGRAFÍA DE LUDOVICO SILVA

A. OBRAS PUBLICADAS

1. *Tenebra*, ed. El Corno Emplumado, México, 1964.
2. *Boom*, con prólogo de Thomas Merton y dibujos de Mercedes Pardo, Cromotip, Caracas, 1965.
3. *La Plusvalía Ideológica*, UCV, Caracas, 1970 (5ª ed. 1985).
4. *Sobre el socialismo y los intelectuales*, Bárbara, Caracas, 1970.
5. *El estilo literario de Marx*, Siglo XXI, México, 1971, (5ª ed. 1986).
6. *Teoría y práctica de la ideología*, Nuestro Tiempo, México, 1971 (17ª ed. 1986).
7. *De lo uno a lo otro*, UCV, Caracas, 1974.
8. *Vicente Gerbasi y la modernidad poética*, Universidad de Carabobo, 1974.
9. *Marx y la alienación*, Monte Ávila, Caracas, 1974.
10. *Anti-Manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Monte Ávila, Caracas, 1975 (5ª ed. 1985).
11. *In vino veritas*, Contexto, Caracas, 1977.
12. *Contracultura*, Vadell Hnos., Caracas, 1979.
13. *Belleza y Revolución*, Vadell Hnos., Caracas, 1979.
14. *Piedras y Campanas*, Bogotá, 1979.
15. *Cuaderno de la noche*, Arte, Caracas, 1979.
16. *Teoría del socialismo*, Ateneo de Caracas, 1979.
17. *Teoría de la ideología*, Ateneo de Caracas, 1980.
18. *La soledad de Orfeo*, Caracas, 1980.

19. *La alienación en el joven Marx*, Nuestro Tiempo, México, 1980.

20. *Cadáveres de circunstancias*. Fundarte, Caracas, 1980.

21. *Humanismo clásico y humanismo marxista*, Monte Ávila, Caracas, 1983.

22. *La alienación como sistema*, Alfadil, Caracas-Barcelona, 1983.

23. *Ensayos temporales*, El libro menor, 1983.

24. *Ensayos sobre Vicente Gerbasi*, Fundarte, Caracas, 1985.

25. *Los otros esperan (Interpretación de un poema eleusino)*, Alfadil, Caracas-Barcelona, 1985.

26. *El ángel devorado*, poema, La Draga y el Dragón, Ateneo de Caracas, 1986.

27. *La interpretación femenina de la historia*, Centauro, Caracas, 1987.

28. *Opera poética*, (Edic. de la Presidencia de la República), 1988.

B. OBRAS EN PRENSA

1. *La torre de los ángeles*, (ensayos), Monte Ávila Editores.

2. *En busca del socialismo perdido*, Edic. Pomaire.

3. *Clavimandora*, (ensayo), Edic. Academia de la Historia.

C. OBRAS INÉDITAS

1. *El combate por el nuevo mundo*, (ensayo).

2. *La crucifixión del vino*, (poesía).

Índice

Presentación 7

Prólogo 17

Prólogo de Héctor Silva Michelena 25

Adventencia 29

Primera parte

Las bases de la perestroika y la glasnot

1. *Introducción al tema. Ojeada a Venezuela* *33*
2. *Los moviemientos sindicales objetivamente socialistas.* *53*
3. *«Perestroika» y «Glasnot»* *63*
4. *La importancia de la «Glasnot»* *76*
5. *Desalienación y desarrollo de la libre individualidad* *83*

Segunda parte

Fundamentos para la realización de la utopía de Marx

1. *Socialismo y comunismo* *109*
2. *La recuperación o rescate de Lenin* *115*
3. *Socialismo marxista* *124*
4. *La utopía concreta de Marx: sus principales características como modelo* *129*
5. *Conclusión* *144*

Anexos:

El hombre del siglo XXI 147

Bibliografía 161

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de julio de 2017

Caracas-Venezuela